

# MEMORIA HISTÓRICA

DE LA INUNDACION

# DE LA RIBERA

**DE VALENCIA**

en los días 4 y 5 de Noviembre de 1864;

POR

**DON VICENTE BOIX,**

**CRONISTA DE LA MISMA CIUDAD.**

---

**VALENCIA: 1865.**

Imprenta de **LA OPINION**, á cargo de **José Domenec**  
calle de las Avellanas, núms. 11 y 13.









**EXCMO. SR. D. CELESTINO MAS Y ABAD,**  
GOBERNADOR DE LA PROVINCIA.

*Lit. V. ALEGRE, P.<sup>22</sup> Constitucion, 9, VALENCIA.*







## INTRODUCCION.

---

**M**UCHOS y graves son los acontecimientos, que la historia contemporánea de Valencia registra en sus anales. Arrastrada por el rápido movimiento, que el siglo **XIX** imprime á la vida de las generaciones, que aparecen y desaparecen bajo su influencia fascinadora, vió salir de los turbillones del tiempo el siglo actual, al rumor de los tronos que se derrumbaban y de las naciones despavoridas por el violento paso del gigante, que dejaba sobre sus ruinas la inmensa revolucion francesa. Brava, pero herida y des-



armada, abrió Valencia sus puertas á las legiones del gigante; cuando su poder era barrido en Waterloo, se presentó la ciudad del Túrria en el grande estadio, donde hijos de una misma fé, de una misma lengua y de una misma patria se disputaron el triunfo: los que defendian la tradicion, siquier no contase con respetable antigüedad, y los que, evocando memorias de otras leyes y de otros tiempos, venian á sostener la idea de la libertad foral y la idea de la revolucion presente.

La mano del Rey arrojó en medio su manopla feudal, y dividió á los peleadores, á espensas de sangre, de lágrimas y de martirios. Valencia, desde entonces, armada unas veces, resignada otras, se lanzó á la lucha de los tres años; se encerró dentro de su espléndido manto errante dos lustros y sacudió de nuevo el manto, para postrarse á los pies de una régia cuna, y jurar su fidelidad sobre el sueño de un ángel. ¡Cuánto sacrificio! ¡cuánta sangre ofrecida á torrentes, en medio de una peste desola-



dora! Desde entonces, y aun despues de depositar las armas de batalla á los pies del trono y de sus instituciones, no ha recobrado ya el sueño tranquilo de otros tiempos. Los acontecimientos políticos, las fiestas seculares, las visitas de los reyes, el paso de príncipes, la aparicion de un califa, en este pais, que dominaron sus mayores, y tres veces el hálito emponzoñado de la peste, han perturbado de continuo la apacible serenidad de este suelo, abrumado por las flores, y la tersura de este cielo embalsamado por las brisas de una region privilegiada. Pero en medio de esta pesadumbre de sucesos ha seguido el paso de la civilizacion moderna y se ha engalanado con las conquistas del génio.

El cronista de Valencia, testigo de la mayor parte de estas grandes trasformaciones políticas y sociales, y testigo tambien de catástrofes pasadas, estaba muy lejos de esperar que despues de haber levantado todas las ruinas de la patria, despues de haber evocado los nom-



bres de todos sus héroes y de todos sus sábios, y despues de haber consignado grandes alegrías y lágrimas infinitas, entrando en estas vias de recuerdos con la cabellera rubia para terminar su peregrinacion, decorado con las canas, hubiera de exhalar su mas doloroso gemido, al escuchar los ecos de una inmensa calamidad, como nunca habia afligido la Providencia á este pais, favorecido siempre por Dios.

A torrentes se ha vertido en él la sangre desde el inimitable sacrificio de Sagunto; han pasado sobre él generaciones devastadoras; en medio de sus flores ha sorprendido su perpétua alegría mas de un diluvio de lágrimas: pero jamás habia contemplado á los elementos adunados y embravecidos para arrojarse súbita y desesperadamente sobre un pais, que se gozaba en su eterna primavera, bajo un cielo que inspira amor, que inspira apaciguamiento.

Valencia siente todavia dentro de su corazon los ecos de una horrible y prolongada agonía, y fijo está en su memoria el recuerdo de los dias 4



y 5 de **Noviembre** de **1864**. Vestida está de luto, la que exhalaba raudales de contento; yace por el lodo el manto espléndido que la decoraba en el centro de sus jardines..... Valencia del siglo **XIX** deja á la posteridad un cuadro sombrío, ante cuyas figuras quedará aterrada esa posteridad. Ese cuadro contiene una grande epopeya, digna de ser delineada por un génio: el cronista de Valencia, sin vigor en su alma, no podrá trazar los detalles horribles de ese cuadro, que seria espantoso y desconso-lador, si sobre un cielo nebuloso, triste y ame-nazador, sobre un vasto lago de agua sucia, cenagosa y rápida, sobre pueblos devorados, sobre campos barridos y deshechos, sobre el árido desierto que ha reemplazado á jardines tan poéticos como voluptuosos, sobre piras de cadáveres y sobre el lamento universal de tantos pueblos, no brillase, ceñida de luz, con la sonrisa de los ángeles en los lábios y con la ternura de Dios en los ojos, la dulce y religiosa caridad.



¿Cómo podré describir la noche tenebrosa y fatal del 4 de Noviembre? ¿Cómo dibujar el cuadro de ese inesperado cataclismo? ¿Cómo dar vida con palabras á las figuras del cuadro y á las escenas de la caridad? Triste deber del cronista, que siente los ecos de tantas amarguras y no le es dado dar vida al cuadro, porque hay escenas que no admiten descripción, hay dolores que no se prestan á las palabras.

Seamos, pues, historiadores, teniendo á la vista los datos oficiales, las correspondencias y las noticias de los periódicos, las relaciones de los pobres testigos oculares y el aspecto material de la desolación. Créame la posteridad: la historia breve que vamos á reseñar, lejos de ponerse en pugna con la verdad, está muy distante de responder al exacto colorido que exige la realidad.

Consignemos una página mas en la historia de los grandes infortunios; y al besar la mano benéfica de la caridad, bendigamos los inescrutables juicios de Dios.



# LA RIBERA.

---

SE dá en Valencia el nombre de Ribera á una extensa zona , acaso la mas bella , pero desde luego la mas productiva de la provincia, que comprende ocho leguas de Norte á Sur desde Catarroja hasta las inmediaciones de Játiva , y muy cerca de siete de Este á Oeste , ó sea desde el mar Mediterráneo hasta el valle de Cárcer ó de Valfarta. Angosta en su parte septentrional, donde tiene poco mas de dos leguas, se



ensancha muy pronto en Almusafes, continuando por Algemesí y Alberique, hasta su mayor anchura, que se halla en el paralelo de Cárcer.

El mar Mediterráneo baña esta zona en su límite oriental, por donde se precipitan los vientos que corren sin obstáculo hasta los cerros y montes opuestos: desde estos hasta el mar el suelo desciende gradualmente. El agua que al pie de aquellos montes se halla á veinte y mas pies de profundidad, se encuentra á tres ó cuatro en muchos lugares habitados. Los árboles crecen y fructifican en cualquier parte, á escepcion de aquellos en donde lo impiden la abundancia de las aguas y el suelo cenagoso. Los montes son calizos y el suelo de marga arcillosa, mas ó menos compacta de un color rojizo. En las inmediaciones del mar dominan las arenas y en las de la Albufera un cieno oscuro que descansa sobre greda. Muchos campos que hoy rebosan de agua ó la ocultan á poca profundidad, eran secanos en el siglo XIII, sin mas riego que las lluvias.

Las aguas que descienden de los montes se esparcen por esta espléndida llanura, y cuando no afluyen al Júcar se sumen en la tierra y corren ocultas hasta encontrar salida en las inmediaciones del mar ó de la Albufera. Ocupa este lago tres leguas de Norte á Sur entre la capital y Cullera, y sobre poco



mas de una de ancho: está separado del mar por una lengua de arena cubierta de bosque, pero se comunica con aquel por un canal angosto que se abre ó cierra con facilidad; su suelo es mas profundo que el de la próxima orilla del mar, y por lo mismo conserva siempre una enorme cantidad de aguas. Crecen estas al paso que las lluvias son mas abundantes y menor la evaporacion; de modo que en algunos inviernos cubren mas superficie de tierra que en verano. Experimentantase en este lago respetables tempestades; y las aguas entonces invadiendo las tierras limítrofes dejan, al retirarse, un suelo pantanoso, que hace poco salubres sus inmediaciones. Sus aguas no tienen otro movimiento que el que imprimen los vientos en cualquier lago de alguna estension y cierto flujo y reflujo, por decirlo así, que en algunas épocas del año producen las lluvias, los calores y la salida ó la incomunicacion repentina de las aguas con el mar.

Este lago, tan ameno y tan poético, recibe parte de las aguas que, estraidas del caudaloso Júcar, discurren por mil canales para dar á la Ribera ese aspecto oriental que la caracteriza.

La Ribera se llama alta ó baja, segun que sus tierras distan mas ó menos del mar y de las playas de la Albufera. Aunque la naturaleza primitiva de su suelo se ha alterado de una manera muy notable,



borrando casi por completo todos los caracteres, quedan sin embargo los bastantes para que el observador imparcial pueda dividirla en dos secciones muy distintas: una que comprende los terrenos naturalmente pantanosos, y otra los que deben al arte esta circunstancia. Los primeros se hallan en las inmediaciones de la Albufera y en los marjales de Catarroja, Albal, Silla, Almusafes, Sollana, Sueca, Cullera; de la misma naturaleza son los campos que se extienden entre los montes de Corvera y Cullera y la mayor parte de los términos de Riòla, Poliñá, Fortaleny y Corvera. En lo restante de la Ribera, que es la parte mas alta, los pantanos y lagunas son artificiales y los campos quedan secos cuando los dueños lo desean.

A pesar de los inconvenientes considerables asaz, que ofrecen para conservar la salubridad de todos los pueblos de esta zona, las lagunas artificiales, en que nace, crece y se desarrolla en poco tiempo el arroz, principal riqueza del pais, no hay sin embargo un solo viagero que no admire ese inmenso mar de verdura, que se extiende desde los pies de la antigua Játiva hasta la misma ciudad del Túria. Pueblos numerosos, muchos de ellos considerables por su riqueza y bienestar, levantan sus edificios y sus bellas torres, parecidas á los minaretos de Oriente, entre bosques de naranjos y de variados árboles frutales,



sentados sobre campos llenos de ricos frutos y sumidos los pies en los canales que los fertilizan. Por todas partes se pueden seguir las huellas de sus activos y entendidos agricultores: las cosechas se suceden unas á otras: el trabajo agrícola es incesante; y una poblacion muy respetable se agita é imprime una vida extraordinaria á este magnífico trozo de la provincia, decorado con un sol espléndido y un suelo privilegiado. La industria, la agricultura, la historia, la poesía, las tradiciones, y sobre todo el sello que ha dejado impreso en este vasto territorio la larga dominacion de los árabes, levantan en la mente del observador recuerdos bellísimos; mientras la vista se estiende por un panorama que solo puede encontrarse en las grandes regiones de algunas comarcas del Asia. La via férrea, los caminos provinciales y los vecinales cruzan sin cesar y se abren paso á través de una alfombra de perpétua vegetacion y entre bosques de árboles de frutos delicados y sabrosos.

Para fertilizar esta zona tan rica como envidiada, concurren varios rios, que vienen á confundirse con el mas caudaloso de todos, el magestuoso y profundo Júcar.

Para comprender, pues, toda la estension del gran cataclismo del 4 de Noviembre, y conocida ya la naturaleza del terreno que ha sufrido sus espanto-



sos efectos , creo conveniente delinear la marcha del Júcar desde su nacimiento hasta el mar , afluentes que aumentan su caudal y barrancos que en circunstancias dadas se precipitan en el gran río , para hacerle saltar sus orillas , estenderse por una y otra ribera como los grandes ríos de la América y el Asia y arrrollar cuanto se opone á su impetuosa corriente, para poder de este modo trazar el boceto del gran cuadro de la pasada inundacion , única que registra la historia patria , por las circunstancias que la han acompañado.



## EL JÚCAR (1).

---

**E**N la orología de España, dice el sábio y ma-  
logrado escritor y catedrático, cuyo nombre citamos  
con respeto al pie de estas líneas, ocupará siempre  
un lugar muy distinguido ese grupo inmenso de ca-  
denas montañosas, que Mr. Bruguiere ha clasificado  
bajo el nombre de grupo celtibérico; y cuya parte

---

(1) Tomamos los siguientes datos de la «Descripción geográfico-estadística del río Júcar. Resultado de los reconocimientos practicados en dicho río en Junio de 1845 y en Abril de 1846, por D. José Moros y Morellon, visitador del mismo por la Junta de representantes de sus acequias, etc. Valencia, 1847.»



superior y mas elevada, conocida ya de los romanos con los nombres de *Saltus Manlianus* y *Montes Orosipedani*, lleva en el dia las denominaciones de Sierras de Molina, de Albarracin y de Cuenca, con arreglo á las divisiones administrativas que atraviesa.

Sea cual fuere el punto de vista bajo que se consideren estas serranías, siempre escitan la admiracion del observador. Su elevacion es de tres á seis mil pies sobre el nivel del Mediterráneo, con una extension en longitud que no baja de cuarenta leguas y una anchura variable entre siete y tres leguas, cuando menos. En ellas se encuentra la separacion de las aguas que por el Tajo se dirigen al Océano, de las que por los diversos afluentes del Ebro, por el Guadalaviar y por el Júcar van á parar al estanque del Mediterráneo. Estudiando su posicion se halla la esplicacion de los fenómenos climatológicos, que se presentan con tanta variedad en las provincias limítrofes de Zaragoza, Teruel, Cuenca y Guadalajara. En su estructura geológica se notan con fruto las frecuentes discordancias en la estratificacion de las rocas de transicion que alli dominan, y el trabajo lento de la naturaleza en la formacion de las estalactitas y estalagmitas que embellecen sus cuevas, cimas y cavernas. En los barrancos se observan las huellas indestructibles de la fuerza eerosiva de las



aguas; entre los aluviones antiguos los restos fósiles de una creación que ya no existe, y en todas partes los rastros indelebles de catástrofes y revoluciones horrorosas, que agitaron violentamente el país en épocas anteriores en muchos siglos á la nuestra. En las regiones aéreas de estas eminencias se admiran las diferencias características que un simple cambio de esposición, de elevación ó del carácter geopónico del terreno imprime en su lozana vegetación. Encuéntranse enormes depósitos de hierro, indicios bien marcados de plomo argentífero, cobre, plata y otros metales, y minas de antrácita y carbon de piedra, y en medio de este conjunto de riquezas, bellísimas praderas, que entrecortan sus elevados flancos, que encierran jaspes, mármoles, almendrados y preciosas canteras de piedra blanca con betas verdes, último capricho de la naturaleza en esta clase de formaciones. Hay fuentes medicinales de grandes propiedades terapéuticas, y sobre todo los llamados Baños Arabes á cuatro leguas de Cuenca, en los que se admira la maravillosa propiedad de blanquear casi instantáneamente las telas de lienzo.

Estas elevadas regiones ofrecen además de los grandes trabajos de la naturaleza, montes enteros de escombros y escorias de minerales; restos de antiguos martinets y hornos de fundición; presas y molinos



arruinados; indicios de fortalezas antiguas; trozos de construcciones macizas, especie de mojones ó columnas miliarias, que los romanos llamaban *fines termini*; pozos y cisternas abiertas en peña viva; estribos de puentes en parajes que hacen su fin inconcebible; monedas fenicias, romanas y árabes y otras antigüedades que la ignorancia de los habitantes deja pasar desapercibidas.

Como el Rhin, como el Támesis, como el Elba y como el Danubio, las orillas del Júcar merecían una completa descripción pintoresca, desde su nacimiento en el grupo celtibérico, hasta que se pierde en el seno sucronense, en las inmediaciones de Cullera.

El río Júcar, así llamado de su nombre latino *Sucro* ó del epíteto de *Vad-el-Xucar* (río de plata), con que solían designarlo los árabes, en atención al color blanquecino de sus aguas, ó como pretenden otros, á la fertilidad y riqueza de sus orillas, no nace en ninguna parte, si se ha de hablar con propiedad. Se forma de la reunión de dos riachuelos que bajan de la sierra ó cordilleras fronterizas de Aragón y Castilla la Nueva; y en esta confluencia es donde adquiere definitivamente el nombre, que conserva hasta su desagüe en el Mediterráneo.

El primero y más oriental de estos dos riachuelos, que bien pudiera considerarse como el principal,



atendida su longitud, su direccion y el volúmen de sus aguas, nace en el término de Zafrilla (provincia de Teruel), en la llamada Hoya del Rio, al pie de los elevados Cerros de la Tea, que arroja unas tres filas de agua por entre las quebraduras de las peñas. Desde luego se dirige al S. S. O. y recibiendo abundantes veneros, numerosas fuentes y varios barrancos, se introduce en la pintoresca quebradura formada por la Sierra Somera á la derecha, y la Umbría del Cinorrio, célebre por la cueva de las Grajas, á la izquierda, y un poco mas abajo del puente de los Chorros, se reune con el segundo riachuelo.

Este brazo designado por todos los geógrafos con el nombre ya del Júcar, nace al pie de los encumbrados picos de San Felipe, la Mogorrita y Muela de San Julian, de una pequeña fuente que apenas arroja una y media muelas de agua. Recoge las aguas de muchas vertientes y viene á confundirse con el primero un cuarto de legua mas arriba de Huélamo.

Verificada esta confluencia, toma ya el rio definitivamente el nombre de Júcar; y uno y otro brazo antes de su reunion tienen poco mas de dos leguas de longitud.

Hasta Huélamo, además de los afluentes que cada brazo recibe, se le reune el rio Valdemeca.

El brazo oriental corre por un barranco profundo



y de vertientes ásperas y escabrosas, cubiertas de pinos y de cantos y fragmentos de rocas quebrantadas por los agentes atmosféricos: y el brazo occidental ó de la Chorrera se desliza al principio por una vega ancha y despejada, hasta que se precipita entre cerros de bastante elevacion.

Desde Huélamo hasta Uña engruesan sus aguas varias fuentes, barrancos y arroyos hasta el número de diez y siete por un terreno áspero, quebrado y abrupto.

Hasta Villalba de la Sierra aumentan su raudal varios arroyos, y entre otros el que se desprende de la laguna de Uña, pequeño estanque de 480 varas de longitud, 130 de latitud y 6 de profundidad, donde en otro tiempo se admiraba una isla flotante, adherida ya á sus orillas actuales. Tambien se le une el rio Villavilla. Uno de los puntos mas curiosos que ofrece el cauce del Júcar en estos puntos es el célebre Paso del Tranco, donde estrechado el rio entre dos enormes rocas, las salva y se precipita con un salto de nueve á doce pies en una cima llamada Pozo del Sombrero, por su figura circular y que sin duda tiene comunicacion con alguna inmensa concavidad subterránea; puesto que toda viga que al pasar el Tranco cae de punta en este abismo, se pierde y no vuelve á aparecer.



Al salir el Júcar de la sierra por el estrecho de los Callejones ó la Hoz de Villalba, dos paredes absolutamente verticales de 80 á 100 pies de elevacion y distantes apenas seis varas una de otra, lo encajonan por ambos lados, haciéndole dar continuas vueltas hasta sacarlo á una especie de plazuela, al pie de la Cueva del Romeral y Peñas de la Butera, donde comienzan los llanos de Cuenca. Cerca del Tranco se encuentran los famosos Baños Arabes.

Hasta Cuenca afluyen á su cauce varios arroyos y el rio Bonilla, siguiendo el Júcar por un terreno despejado.

De Cuenca á Usilla se aumentan las vertientes y varios riachuelos sobre un terreno bastante accidentado; asi como de Usilla al Molino del Castellar se engruesa con otros barrancos, por un terreno ancho; y antes de llegar á Villaverde aumentan su caudal otros rios y manantiales. Desde Villaverde hasta Talayuelas cruza una vega bastante ondulada y la anchurosa vega que circunda la ciudad de Alarcon. Desde este punto hasta el Picazo no se encuentra afluente alguno. Al llegar al pie de aquella antigua poblacion rueda el Júcar entre peñascos horrorosos y á una profundidad de 300 y 400 pies.

Hasta Villargordo no hay afluente alguno, pero cruza una espaciosa vega, ofreciendo casi el mismo



carácter hasta Molina del Concejo. Antes de llegar á Valdeganga, sin aumento alguno en su caudal, se interna en la Hoz del Batan, angosto y pintoresco barranco, formado por dos escarpas peñascosas, coronadas á ambos lados por una meseta, que se estiende hasta perderse en el horizonte. Continúa estrechado hasta Jorquera por una barranca áspera, pero admirable, formada de bargas horrorosas, cortadas casi perpendicularmente, elevadas de 160 á 200 pies, y socavadas en surcos y cavernas horizontales, profundamente descarnadas y corroidas por la fuerza erosiva de las aguas, que formaron los antiguos lechos del rio. Atónito el espectador, contempla una serie no interrumpida de graderías y cuevas horizontales, mas ó menos profundas, de las cuales las inferiores han sido aprovechadas para habitaciones, simplemente cerradas con tapias y cañizos; formando, bajo el nombre de Virgen de Cubas, una curiosa aldea ó poblacion desparramada á lo largo y á ambos lados de la Hoz. Centenares de escaleras de cuerda se ven pendientes por aquellos peñascos, facilitando el acceso á otras cavernas mas elevadas, que sirven á aquellos pobres habitantes de almacenes y depósitos, que con tanta abundancia les suministran los feraces huertecillos que se prolongan por ambas márgenes del rio. Hay allí un risco perpendicular, llamado la Partida



de Sal-si-puedes, donde hay parages á quienes dice muy bien Moros, pudiera aplicarse aquel enigma de las Geórgicas de Virgilio: *Dic quibus in terris.... tres pateat cæli spatium non amplius ulnas*; y ante cuyo espectáculo se anonada el admirado observador.

Desde Jorquera hasta Alcalá del Rio continúa el rio por una barranca mas ó menos angosta, mas ó menos tortuosa, pero siempre pintoresca y siempre admirable por los peñascales que la circundan, por los derrubios que la obstruyen, por las caprichosas erosiones del cauce antiguo que la socavó y sobre todo, por el contraste que ofrece el aspecto salvaje de sus bargas con las dos feracísimas zonas de huertecillos, que se prolongan á lo largo de las dos riberas.

El mismo carácter presenta el valle, que se estiende desde Alcalá hasta Bes; y al penetrar en la provincia de Valencia por el término de Jalance y mas arriba del puente de este nombre, despeñado el Júcar entre derrubios y precipicios horrorosos, sale por fin á un terreno mas despejado, para recibir el dilatado rio Cabriel que baja de la serranía de Albarracin, y que en tiempos ordinarios recoge 243 filas de agua, en un curso de mas de 45 leguas. El Júcar, unido al Cabriel, en su estado normal, conduce ya 628 filas de agua.



La villa de Cofrentes, cabeza del valle de este nombre, está asentada sobre un elevado cerro, aislado casi enteramente entre el Júcar y el Cabriel, que se reúnen casi á un tiro de bala de la población. Sus casas se hallan hacinadas contra los flancos y la cima del cerro, de modo que hay varias que, por la diferente esposición de sus aleros, arrojan á un mismo tiempo sus aguas hácia dos rios diferentes. Hasta Millares el único afluente notable es el barranco de Córtes, que se precipita al rio desde un peñasco de 82 pies de elevacion.

Millares está situada á la derecha y á corta distancia del rio, entre las ondulaciones que ferman el estribo y bargas de la muela del mismo nombre. Hasta Antella el único afluente del Júcar es el rio Escalona, discurriendo encajonado en una profunda barranca, entre peñascales y cortes perpendiculares de 200 y 300 pies de elevacion, ofreciendo por todas partes derrubios inmensos, desprendimientos imponentes, rocas enormes socavadas por sus cimientos y prontas al parecer á precipitarse en el abismo. A la izquierda del rio, y en la falda oriental del Cerro de la Crehueta, último estribo del barranco que conduce al Júcar desde Cofrentes, se halla situado el pueblo de Antella, cabeza de la antigua baronía de su nombre, formado de los restos del antiguo pueblo,



llamado la Charquía, cuyas ruinas se descubren aun.

Antes de llegar á Antella y al salir el Júcar del valle de Cárcer ó de Vallfarta, y á un tiro de bala del citado pueblo de Antella, se encuentra la magnífica presa de la acequia Real, que corre cerca de 7 leguas, y beneficia con sus raudales mas de 150,000 hane-gadas de tierra.

Aumentado el Júcar con los rios de Sellent y de Albaida, rios temibles en sus avenidas, como lo prueba la destruccion de los antiguos pueblos de Alcocer y Paixarella, corre desembarazado enteramente de riesgos y montañas, saliendo á una vega despejada y deliciosa, principio de la fértil llanura que los árabes designaban con el nombre de Metidja de Al-Djezirch, y que nosotros conocemos con el nombre general de Ribera. Las colinas de Gabarda ó de la Bateria, último estribo, que se prolonga desde las faldas orientales del Caballon, son las únicas ondulaciones del terreno que interrumpen la uniformidad de la llanura, sorprendiendo la vista esas grandes zonas que limitan ambas orillas del rio, con los nombres de el Chacs, partidas de Cárcer, de Alcántara, de Mascará, de Mascarella, de Pons y de Arboliza; rincones de Materna, del Toro, de Carcagente, de Rumbau, de Alborchi, de Almunia y otros muchos.

Mas abajo de Alcira se unen al Júcar el rio de



los Ojos y el furioso barranco de Algemesí, por otro nombre, Rio Juanes.

Desde Alcira hasta el Mediterráneo discurre el Júcar mansamente, por el vasto surco que él mismo se ha abierto en la llanura, con una profundidad de 13 á 22 pies y una anchura variable entre 100 y 174. En las avenidas ordinarias, su álveo es bastante capaz para contener la cantidad de aguas que arrastra; pero en las extraordinarias, como la que ha causado los destrozos, que muy pronto vamos á describir, salva su álveo hasta la altura de 8 á 12 pies, y en esta última inundacion mucho mas sobre los campos contiguos á sus márgenes, que tienen ya por término medio una altura de 18 pies sobre el thalweg actual.

Al desaguar en el mar, no siempre ha seguido un mismo cauce, notándose estas variaciones hasta en las faldas de los montes de Llaurí y de Favara, situados á bastante distancia del cauce actual; y no faltan señales que atestiguan, que alguna vez se dirigió el Júcar hácia el lago de la Albufera, dejando á su derecha el monte de Cullera, que hoy dia baña la parte contraria.

De esta descripcion dedujo Moros, que la elevacion de las fuentes del Júcar sobre el nivel del mar es de 6,097 pies castellanos; la longitud de su cauce desarrollado de 92 leguas de 20, su pendiente gene-



ral de  $\frac{1}{501}$ , su anchura media de 76 pies; el número de sus afluentes de caudal perene 69; el de los barrancos y ramblas de avenida 77; la cantidad de agua que conduciría al mar sin la disminucion que sufre por los canales de riego, por las filtraciones y la evaporizacion, 3,600 filas; la superficie de su region hidrográfica, por aproximacion, 696 leguas cuadradas: atraviesa los términos de 67 pueblos, mueve 332 piedras de molinos, 31 batanes y 4 herrerías. Tiene 11 puentes de sillería, 12 de madera y cantería, 14 de madera y 1 de barcas. Tiene 55 vados practicables en todo ó parte del año, alimenta 25 acequias y riega 270,000 hanegadas valencianas de tierra.







## LA TEMPESTAD EN VALENCIA.

---

VALENCIA , celebrada por la riqueza de su suelo, por la abundancia de sus aguas , por la profusion de sus flores y por la transparencia de su cielo sin nubes, cruzó el mes de Octubre de 1864, contemplando oscurecida frecuentemente la tersura de su límpido horizonte, por frecuentes chubascos, que hacian dudar de la bondad de este clima al extranjero, que por vez primera venia á admirar las bellezas de la reina del



Túria. Estas variaciones atmosféricas, que en cualquier otro país serian los anuncios fatales de grandes cambios en la temperatura, estaban muy lejos de hacer temer á los valencianos, que se aproximaba con tanta rapidez un verdadero cataclismo.

Espiraba el mes de Octubre, cuando arrojado sobre nosotros desde el fondo de los turbillones del tiempo el 3 de Noviembre, brilló su aurora sobre una atmósfera despejada y con un viento N. O. que siguió así hasta poco mas de las nueve de la mañana. A medida que avanzaba el día fue arreciando el viento, cambiando en N. E. y acumulándose grandes masas de vapores entre lejanos truenos y una lluvia desigual. Cerró oscura la noche del 3 y era fácil ya anunciar la inminencia de una furiosa tempestad. Estalló esta sobre media noche, con tal aparato de truenos, de relámpagos y un rumor continuo, estridente, que parecia abrazar los ecos de todo el horizonte, que llenó de espanto á los habitantes de la dormida capital.

Envuelto en nieblas, acompañado de abundante lluvia y de un viento tan sumamente borrascoso, que afectaba toda la velocidad del huracan, amaneció el día 4, día funesto en nuestros anales, día que los contemporáneos llevaremos perpétuamente grabado en nuestra memoria, y día cuyos horrores creerá



apenas nuestra posteridad. Hasta las nueve de la mañana se media la lluvia en milímetros hasta 24,0 mientras el viento dejaba las huellas de su paso en los árboles arrancados, troncos robustos desgajados, barridos los campos de flores, espuestos á su soplo, y levantado el mar, cuyos rugidos se percibían á larga distancia.

No había un solo valenciano, que al amanecer el funesto día 4 no recordára en seguida el aspecto imponente que debía ofrecer el Mediterráneo, en el peligroso golfo que baña las playas de la capital. Muchas personas se trasladaron al puerto, para contemplar el cuadro aterrador que presentaba el mar.

Habían ocurrido ya desgracias.

El laúd *Atrevido*, su patron Julian Saez, que no pudo tomar el puerto, dió al través junto á la iglesia del pueblo de Lazareto.

Aumentábase la cerrazón: las olas escalaban, rugiendo, el muelle de Levante, haciendo saltar el agua por encima, entre capas de alga, hasta las tranquilas aguas del puerto. Era tal la niebla y la lluvia que cubría el horizonte, que impidió descubrir la boca del puerto al laúd *Santo Cristo*, patron Victoriano Boscá, que venía en lastre de Barcelona, encontrándose de repente sobre la escollera y falto de velas, se estrelló contra el muelle junto á la batería, salvándose la tri-



pulacion, auxiliada por los marineros intrépidos del Grao.

Durante muchos días permanecieron clavados entre las rocas los restos de este buque náufrago.

Otros dos laudes, llamados el *Antonieta* y el *Activo*, quedaron fondeados por de pronto á sotavento del puerto. La tripulacion del uno se vino á tierra y por disposicion del patron y consignatario salió una lancha, tripulada por catorce hombres decididos, con el objeto de tender otra áncora al barco y salvar los papeles; pero al aproximarse al laud, solo pudieron subir á bordo tres hombres, porque la lancha principió á inundarse. En este conflicto, sus tripulantes se vieron precisados á volver á tierra, sin poder recoger á sus compañeros, los cuales se encontraron en la dura necesidad de embarrancar el laud en la playa del Lazareto.

El otro buque, mandado por el patron Jover, no pudiendo tomar tampoco puerto, fue á embarrancar á las siete de la tarde junto á la embocadura del rio Túria, que ya venia crecido y cerca de la escollera del contramuelle. El golpe determinó alguna ligera via de agua, que los marinos dominaban fácilmente; y no creyendo grave el peligro, el patron pudo llegar á tierra para tomar las disposiciones de salvamento, que exigia la situacion del buque.



La tripulacion se componia de cinco hombres y un niño, que se ocuparon toda la noche en descargar el casco del agua; pero al amanecer del dia siguiente, el Túria saltando su cauce natural é inundando los campos contiguos, levantó el laud y lo arrastró en su torbellino hundiéndolo en las olas. Los cinco hombres y el niño, buscando su última salvacion, lograron asirse al palo y cuerdas de la antena, quedando suspendidos sobre el proceloso mar que rugia debajo de sus pies, haciendo crugir el casco y estremecer el palo en que se apoyaban. Aquellos infelices, inundados de agua y con la mirada fija en el contramuelle, donde les contemplaba una multitud poseida de terror, sentian que les faltaban las fuerzas y que iban á perecer. Su muerte era segura, y lo era tambien sin duda para los que intentáran socorrerles. A pesar de la poca confianza en su salvacion, á pesar de los peligros estremos que debian correr los que osáran auxiliarles, y á pesar del aspecto amenazador del mar y del rio, hubo seis hombres, llenos de abnegacion, dotados de un verdadero valor é impulsados por uno de esos arranques del corazon, que solo conocen los hombres de gran temple de ánimo, que se ofrecieron espontáneamente á salvar á los náufragos. Un grito de gratitud y de terror al mismo tiempo se escapó de los lábios de los espectadores, que dudaban del buen éxito



de tan generoso sacrificio. Estos hombres bravos llamábanse Francisco Sanchez y Maiquez, su hermano José, José Antonio Ferrandis, José Antonio Martí, Felipe Pedrós y José Llobet. Bien pronto se puso á su disposicion una embarcacion de la propiedad de D. Manuel Cubells, bellísima, como barca de recreo, pero débil á los ojos de la muchedumbre, para la empresa á que se la destinaba.

Embárcanse los intrépidos salvadores; y el entendido Francisco Sanchez, puesta la mano sobre el timon, hace rumbo á la embocadura del puerto y entran en las rompientes, en medio de las cuales se hallaba el buque náufrago. La multitud palpitante, silenciosa, seguia con la vista á la débil embarcacion, que al salir del puerto ya se la veia flotar sobre lo alto de una ola, con casi toda la quilla descubierta, ya sumergida entre dos montes de agua y de espuma, que salpicaba á los osados tripulantes. Estos, seguros en los bancos, bien agarrados á los remos y obedeciendo á la voz del inteligente Sanchez, como el ojo á la voluntad, doblan el contramuelle entre torrentes de agua y espuma que se precipitaban sobre ellos. Un grito de la muchedumbre, lanzado sobre las olas, hace redoblar los esfuerzos de aquellos intrépidos marinos, que arrojan entonces un cable á tierra, y presentando la popa á la impetuosa corriente del Túria, se acercan



bordeando al náufrago laud. Era llegada la hora de la prueba. Para salvar su frágil barca, les era necesario mantenerse á alguna distancia del buque, para que no se estrellára contra su casco; debiendo, para evitar una doble desgracia, sostenerse de costado al viento y resistir el oleaje del mar y del rio. En medio de esta angustiosa situacion, que debia abreviarse con calma y serenidad, lógrase por fin establecer un cable de comunicacion entre los náufragos y sus salvadores. Se amarra el cable, y los desgraciados náufragos, un momento antes fluctuando entre el horror de la muerte y la esperanza de salvacion, consiguen trasbordarse, á través de las olas, á la barca salvadora en un estado verdaderamente deplorable. Cuatro hombres y el niño pasaron felizmente; pero el quinto, jóven y vigoroso, no pudo ó no quiso aguardar mas y se arroja al mar, nadando hácia la barca; pero al ir á cojerla, una ola tras otra le separan de su costado, le arrolla y lo envuelve en un torbellino de espuma. ¡Cómo socorrerle! La barca se hallaba cuajada de gente, falta el vigor consumido por la fatiga, la vuelta era mas peligrosa; pero ninguno flaquea, y Francisco Sanchez con sus compañeros redoblan sus esfuerzos, luchan con las olas y con la muerte, que tenian delante, y consiguen salvar á aquel desventurado.

La multitud casi esperanzada, casi tranquila, no



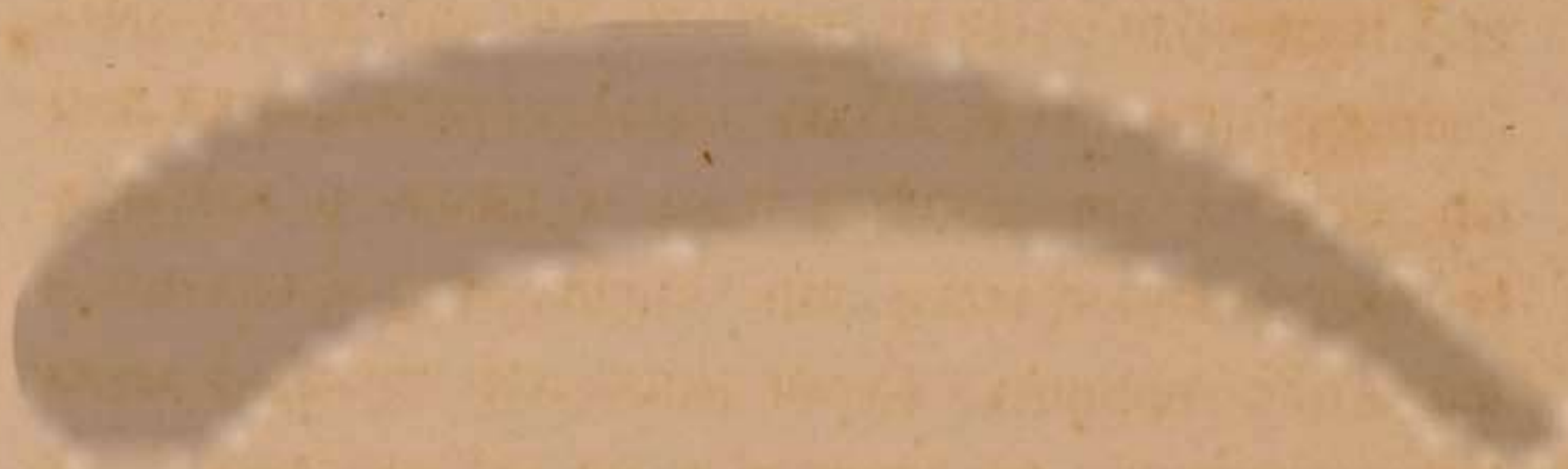
apartaba la vista de aquel grupo de hombres, confiados á un débil y pequeño buque, y para quienes no se habian acabado todavía los peligros. Ahora se luchaba contra el mar y contra el viento y contra la violenta corriente que era necesario cortar, para entrar en el puerto. Hubo un momento en que todo parecia perdido; pero Sanchez haciendo contrastar su bravura con la fria serenidad de sus compañeros, dirige, habla poco, lucha y entra por fin en aguas tranquilas, ostentando en su semblante la calma del valor verdadero y la apacible sonrisa del heroismo. Gritos de júbilo, lágrimas y bendiciones forman el hermoso coro de la gratitud cristiana, enviando á los oidos de aquellos valientes la satisfaccion con que recompensan estas acciones heróicas, no los honores humanos, concedidos muchas veces al que no los merece, sino la caridad, hija de Dios.

Mientras Valencia escuchaba con horror la relacion de los estragos que la tempestad causaba casi á su vista, comenzó á cundir de boca en boca el triste rumor, de que por la parte de la Ribera se estaba verificando un espantoso cataclismo; y en un momento la atencion pública se fijó en la suerte de aquellos pueblos, cuya desgracia aseguraba el aspecto silencioso y solitario de la capital, envuelta todo el dia 4 en densas nubes y chubascos violentos.



Valencia se sintió estremecida y al anuncio de las primeras desgracias, se incorporó, vertió lágrimas y en seguida levantó su frente y ensanchó su corazón; porque al estremecerse y al llorar sintió la inspiración de su caridad. Antes de saberlo, ya tendía su mano: cuando lo supo todo, ofreció su corazón.







## LA INUNDACION.



**A**MANECIÓ por fin la primera luz del funesto día 4 entre revueltas y espesas nubes, violentos aguaceros y un viento huracanado, que hacía presentir las más terribles desgracias. Escuchábase los rugidos del mar embravecido; veíase crecer la corriente del apacible Túria, que iba salvando su álveo ordinario; y la ciudad recogida, casi silenciosa, esperaba con ansia el término de aquella furiosa tempestad.

Por la tarde y cuando el tiempo parecía anunciar



un cambio de temperatura en la capital, corrieron con la velocidad eléctrica las noticias mas alarmantes de los estragos, que en pocas horas habia causado la tempestad en los pueblos de la Ribera.

Desde Catarroja hasta Vallada, y desde Jalance hasta Cullera, las avenidas del Júcar, del Cabriel, del Sellent, del Cañolas, del Montesa, del Albaida y de los Ojos, habian convertido en tristes y áridos pedregales los términos de la mayor parte de los cincuenta y un pueblos, el dia antes ricos, espléndidos y orgullosos por la feracidad, la belleza y la vida de sus campos: cubriendo su magnífica vegetacion, casi tropical, inmensos lagos de agua turbia y cenagosa, que se precipitaba en violentas corrientes, parte hácia la Albufera y parte arrastrada por la impetuosidad del Júcar hácia su desembocadura en Cullera. La mayor parte de los pueblos fueron invadidos en las altas horas de la noche, entre el estampido de los truenos, al brillo de los continuos relámpagos y entre el rumor de la lluvia que caia á torrentes sobre los edificios, por la súbita acometida de las aguas desbordadas, que se lanzaron, rugiendo, en las oscuras y solitarias calles, y penetraron en las casas, cuyos dueños despertaban del profundo sueño para encontrarse de frente con la muerte, que les amagaba por doquiera.



Al amanecer del día 4 los afligidos habitantes lanzaron un grito de horror al descubrir desde lo alto de las azoteas y de los tejados, donde se hallaban refugiados, el vasto lago que les circundaba: el cielo estaba encapotado; la lluvia era continua, y el viento frío precipitaba tan repetidos chubascos, que impedían distinguir los extremos del horizonte. Aquel lago, sobre el que parecían flotar los pueblos, se extendía, hasta bañar las faldas de las colinas y montes contiguos; y sobre aquella superficie agitada, sucia, y que reflejaba el fondo oscuro del cielo, se veían aquí y allí dobladas las cabezas de los árboles, envueltas en confusas y tronchadas haces de paja de arroz; las torres y las cúpulas de las iglesias y puntos más culminantes de lejanos pueblos; cadáveres de hombres y de animales; objetos de labranza; muebles de todas clases; y en torno, el silencio, el rugido del viento, el murmullo del agua, el estrépito ahogado de los edificios que se derrumbaban, gritos que pedían socorro, voces que invocaban la misericordia de Dios, el llanto de los niños, los ayes del terror y el aspecto de la muerte, que batía sus alas invisibles sobre la aparición de aquel mar, que acababa de arrastrar en sus ondas la fortuna y el porvenir de millares de desgraciados.

Un lago era el pintoresco y accidentado valle que



se prolonga desde las faldas de Vallada hasta los alrededores del Puig, que se levanta abrupto delante de la vieja Sætabis; las aguas rodaban en varias direcciones por el término de Manuel y dejando el monte de sus salinas, como una isla coronada de pinos, se estendian, para confundirse con las del Júcar hasta cerca de Benifayó, en una estension de mas de veinte kilómetros. Otro lago era el valle de Cárcer, que se ensanchaba al desembocar en las tierras llanas de la Ribera, no pudiendo señalar los cauces del Sellent, del Cañolas, del Montesa, del Albaida, de los Ojos y del Júcar, porque sus masas se confundian y se precipitaban en estrañas direcciones, formando una sola avenida, cuyas olas se estrellaban unas contra otras, para descender violentamente hasta el lago de la Albufera y tierras mas bajas de Cullera. Se unian á estas corrientes las que arrastraban los numerosos barrancos y la rambla de Algemesí, que habia salvado los elevados márgenes de su profundo cauce, para aumentar la inmensa mole de aguas, que formaban lagos estensos, hasta los apartados límites del horizonte en muchos puntos.

¿Qué causas meteorológicas habian determinado la caida de aquella inmensa masa de agua? Secretos son que abandonamos á las investigaciones de la ciencia, en cuyo campo no podemos penetrar; porque



nuestra mision es la de bosquejar los grandes cuadros, reproducir las escenas sombrías, hacer destacar sus principales figuras, recoger todos los suspiros de las desgracias, y anotar las huellas de la caridad, para enseñanza de nuestros hijos, consignando un eterno testimonio de gratitud.

Demos, pues, comienzo á la galería de cuadros, y á la serie de lúgubres episodios de la grande inundacion, partiendo del pueblo de Catarroja para seguir la via férrea de Madrid, y antes de llegar á Alcira, visitar los destrozos que presentan los pueblos de esta banda del Júcar, cruzarlo despues de su entrada en nuestra provincia y contemplar las ruinas de los pueblos de la otra banda, seguir las corrientes del Albaida, del Montesa y del Cañolas, delinear las sombrías escenas, ocurridas en los pueblos asentados en una y otra orilla de estos rios, descender hasta Cullera; y despues de recoger los lamentos de otros pueblos situados entre todas estas impetuosas corrientes, exhalar el gemido mas lúgubre, sobre la grande isla del Júcar, que encierra recuerdos de todos los siglos y las huellas de los conquistadores desde Aníbal, Pompeyo, Sertorio y Julio César, hasta las sangrientas tragedias de la Germania.







# CATARROJA,

ALBAL, BENIPARRELL, ALCÁCER, SOLLANA Y ALCUDIA.

---

**E**L primer pueblo de quien se tuvieron las primeras noticias de los estragos producidos por la horrible tempestad, como mas inmediato á la capital, fue Catarroja, cuya fundacion se remonta á la dominacion de los reyes godos de Toledo. Llamábase *Cariambra* en tiempo de los árabes. Su huerta es fértil y hermosa, regada todavia con las aguas del Túria y por parte de las de la fuente de la Rambleta.



Su proximidad á la Albufera ofrece medios de subsistencia á un gran número de familias, que se mantienen de la pesca y del producto de los juncos, carrizos y enneas que crecen en el lago y sirven para camas de los ganados y para abonos del campo. Una familia que posea una barraca ó choza y una barca se cree suficientemente feliz. En el extremo de la poblacion, y contiguo al ferro-carril, se levanta el barrio de los pescadores, formado de barracas de pobre y miserable aspecto, donde habitan aquellos infelices, que han sucedido á los célebres Almugavares, establecidos por Jaime I el Conquistador en las orillas de la Albufera.

Estos desgraciados habitantes fueron las primeras víctimas de la espantosa tempestad del dia 4. El barranco llamado de Masanasa, desbordándose en el silencio de la madrugada del 3, invadió violenta é inesperadamente el pueblo, llenando sus calles, mientras la lluvia azotaba rudamente los edificios y penetró rugiendo en el barrio mas bajo, poblado de chozas. Sus paredes, formadas de barro y paja, apoyadas en débiles puntales y sosteniendo un techo en forma de ángulo, cubierto de paja, y toda la construcción generalmente miserable y mala, se deshicieron con facilidad, cediendo á la impetuosa corriente que desmoronando estas frágiles moradas,



determinó la caída de mas de ochenta. Los gritos, los lamentos y los ayes del mas profundo estupor, exhalados por aquellos infelices, que perdian en un momento su única propiedad y el mísero ajuar que formaba su riqueza, anunciaron á los demás vecinos el horror de un gran peligro. Y todos conmovidos por la desgracia, y á pesar de los rios que llenaban las calles, volaron al socorro de aquellos desventurados, salvándolos milagrosamente y evitando con sus eficaces ausilios la muerte de muchos, que sin ellos hubieran perecido.

Sino con tantos estragos de edificios, con grandes destrozos al menos en los campos, cruzó la inundacion el pueblo de Albal, no lejos de Catarroja, pueblo de origen morisco, situado en un terreno sano, fértil y ligeramente accidentado. La inundacion barrió mucha parte de su término, dejando impresas donde quiera las huellas de su paso devastador.

Iguals desgracias tuvo que lamentar el pueblo de Beniparrell ó de los Beniparrell, pueblo de origen tambien morisco, que á fines del siglo XVII se conservaba todavía despoblado, despues de la espulsion de la raza musulmana, quedando solo la casa feudal del señor.

El pueblo de Alcácer, de origen tambien morisco, sufrió una pérdida todavía mas notable, porque



además de los daños causados por el barranco, sus aguas derribaron el acueducto, que conducía las que sirven para el riego de sus huertas, dejándolas por mucho tiempo en el mas completo abandono.

Sollana, situada en el punto mas hondo sin duda de la provincia, y que es por consiguiente el receptáculo de infinitas aguas, que crecen al paso que las de la Albufera, y en un terreno pantanoso contaba en 1730 con una poblacion de sesenta y tres vecinos, que ha aumentado extraordinariamente por el producto del cultivo del arroz, que es su riqueza principal. Esta villa, levantada ya en la llanura que deja el Júcar á la izquierda, se encontró circundada de un ancho lago, que inundó sus campos hasta la altura de metro y medio en muchos de ellos. Por la parte de Sueca, que es la mas baja, las aguas penetraron en la poblacion, amagando destruir cuanto se opusiera á su curso. En estos momentos de conflicto y cuando la autoridad local adoptaba todas las medidas que en su actividad y su celo creia convenientes para salvar las personas y los edificios, llegó providencialmente una barca arrocera, con la cual se consiguió salvar á una familia, que habitaba una de las casas de las afueras y que se creia perdida sin remedio. Por la parte del Norte las corrientes impetuosas que formaban el lago de Sollana, llegaron á



arrojar sus olas y estrellarlas contra las paredes del pueblo; pero afortunadamente las corrientes se precipitaban con violencia hácia la Albufera, quedando la poblacion, como una isla flotante sobre el lago. Igual peligro corrió el pontazgo situado á un tiro de bala de la poblacion, amenazado por las furiosas oleadas que rodaban al rededor de las paredes. A pesar del peligro, á pesar de la muerte que se presentaba mas inminente á cada momento, los empleados tuvieron bastante valor para permanecer en aquel sitio que peligraba desplomarse. Al bajar las aguas y descubrir el fondo de aquel lago desaparecido, se presentaron los campos en el estado mas deplorable, no siendo pocos los daños que ocasionó en la carretera.

Antes de llegar á la zona mas próxima á las riberas del Júcar, y circundado á derecha é izquierda por la rambla de Algemesí, hizo escuchar tambien su grito de luto el pueblo de Alcudia, de origen morisco, que el rey D. Jaime I donó á la familia de Montagud. Las aguas de la rambla, desbordándose, maltrataron los viñedos, dejando, al retirarse, montones de arena y piedra; invadieron la calle del arrabal del convento, ocasionando ruinas parciales en algunas casas, y rompiendo el azud de la acequia comun así como el de la de Carlet; aunque merced á las disposiciones de la autoridad local, ausiliados por



los vecinos, se repararon bien pronto aquellos sensibles deterioros. Comprendiendo, no obstante, aquellos honrados habitantes, la estension de las desgracias, que afligian á la poderosa villa de Alcira, encontraron una persona generosa y valiente, que luchando con multiplicados obstáculos penetró en la atribulada isla, y ofreció á sus autoridades los auxilios de sus hermanos de Alcudia. Con efecto, se apresuraron estos á remitirles en los dias 7 y 8 raciones de pan y otros artículos de primera necesidad y de no escaso valor, y doce pares de caballerías de tiro, para sacar las que existian muertas en la angustiada poblacion. Noble ejemplo de fraternidad cristiana, que hará recomendable la memoria de Alcudia en los recuerdos de los hijos de Alcira.



## ALBALAT DE LA RIBERA.--ALGEMESÍ.

---

**A**L aproximarnos en este lúgubre itinerario á la region hidrográfica del Júcar y á la vista de su profundo cauce, se alza desolada ya casi del todo la villa de Albalat de Pardines ó Albalat de la Ribera, que ostenta todavía su cuna musulímica.

Eran las once de la noche del dia 3, cuando acumulados en mayores masas los vapores, que desde el crepúsculo de la tarde habian empezado á oscurecer



el horizonte, arrojaron á torrentes una lluvia violenta, acompañada de truenos y relámpagos; continuando sin interrupcion esta tormenta hasta las diez de la mañana del 4. Respiraban sus aterrados habitantes del profundo estupor, en que habian contado once horas de ansiedad, cuando á las dos de la tarde se anunciaba con terror universal, que el Júcar comenzaba á crecer y por consecuencia á amagar con un desbordamiento. El alcalde D. José Hernández Montagud se apresuró á publicar un bando, previniendo á los vecinos, que cerráran los albañales, que desaguan en el rio, para evitar la invasion. A las seis, empero, descendian ya sobre el pueblo algunas corrientes perdidas del Júcar, arrojándose en las calles, que en otras ocasiones habia ya cruzado. En aquel supremo momento, muchas familias se apresuraron á trasladarse con sus caballerías al interior de la villa, como el único punto mas elevado, que ofrecia alguna seguridad. Llegó la noche y el Júcar aumentaba en crecimiento: estalla otra tempestad; el rio lanzaba sus olas cenagosas, estrellándolas contra los ángulos de los edificios; óyese un grito general: el Júcar acaba de invadir todas las calles y las casas de la poblacion. Vacilan los edificios; en aquellas horas de espanto y de tinieblas, derrúmbase uno, cubriendo entre sus escombros á un pobre padre de familia,



á quien se pudo salvar, aunque lleno de contusiones y de heridas. Por todas partes y arrojados desde el seno de las tinieblas, se escuchan los gritos mas desconsoladores: una familia, cuya casa se inundó hasta el techo, hubo de guarecerse en el tejado, y espuesta á las sacudidas del viento y de los chubascos, abrazados los hijos pequeñuelos á las madres, todos gritaban con voz desfallecida: ¡socorro! ¡socorro! El alcalde, con el corazon lacerado, pero con el valor que las circunstancias exigian, se embarcó en una lancha, y auxiliado por dos hombres, navegó por todas las calles, con el fin de prestar auxilio á los que necesitaban de él. A ejemplo suyo, y embarcados tambien en canoas de su propiedad, acudieron al socorro de los vecinos, Vicente Mulet y March, Francisco Badía y Vicente Badía, salvando á muchos, que debieron la vida al arrojo de estos honrados patricios y á la cooperacion mútua de todos los habitantes, que se prestaban generosamente los medios de salvacion, entre el horror de la tempestad y los peligros que ofrecian las calles, que eran otros tantos canales, por donde se precipitaba el agua con inaudita violencia. Su altura llegó á los diez y doce palmos y á cuatro en la iglesia parroquial y contigua casa abadía.

Si lúgubre fue, durante la noche, el aspecto de la poblacion, mas funesto era el que ofrecian los cam-



pos. El Júcar había devastado los trigos, apenas sembrados y la alfalfa y zanahorias, que los habitantes destinan para pasto de las caballerías: rotos, descompuestos y trastornados los canales de riego, cuya reparacion será costosísima: y en un huerto, cerca de la villa, perecieron sobre cuatrocientos carneros y ovejas.

A las seis de la tarde del día 5, continuaba aun el Júcar desbordado, como en otras avenidas anteriores; habiendo derribado siete casas: ahogado caballerías, cerdos y otros animales; y arrebatado la escasa provision de maiz, que los pobres jornaleros conservan para el invierno. A las once de la noche no había amenguado el rio; quedaban invadidos los arrabales; y cayeron de nuevo furiosos aguaceros, haciendo presagiar á los atribulados habitantes otra mayor avenida del Júcar. El día 6 se conservó en la misma altura; y dentro de una lancha era conducido al cementerio el cadáver de un pobre niño, en estado ya de descomposicion. Encontráronle encerrado dentro de un cofrecillo, que dejaron flotar á merced de las aguas. ¡Qué misterio contenia la muerte de aquella inocente criatura! Nacido entre los horrores de tanta devastacion, ¡qué dolor sentiria la madre al saber que las aguas debian servir de tumba á aquel pedazo de su corazon!



Tampoco fue posible suministrar el agua del bautismo á otros tres niños recién nacidos, por hallarse la iglesia parroquial invadida. ¡Cuán variado era el martirio de las madres en aquellos días de dolores!

En pos de este séquito de la muerte, llegaban á la villa algunas lanchas y en una de ellas venían dos hombres, que habían pasado dos días encaramados en un árbol de las marjales, estenuados, ateridos, casi moribundos.... No se puede describir la amargura del alma en estos momentos de agonía.

Al retirarse el Júcar el día 7 se descubrieron por completo los estragos, ocasionados por su paso devastador.

Las corrientes abrieron profundos surcos en unos campos, depositando en otros inmensas cantidades de piedras y montes de arena: ¡qué soledad! ¡qué tristeza! ¡qué devastación! La piedra, la arena y el fango ocupaban el lugar, donde el día 3 era hermosa la vegetación!

¡Arcanos de la Providencia! Mientras Vicente Mulet acudía al socorro de los desgraciados, la avenida del Júcar convertía en un espantoso desierto un magnífico huerto de treinta hanegadas, que poseía en el término de Poliñá, arrebatando un bosque de bellísimos árboles frutales y dejando solo en pie la casa, que contenía el huerto. ¡Bendito aquel hombre be-



néfico, si al sentir la desgracia sobre su cabeza, escuchó la voz de la caridad, que dejaba satisfecha y tranquila su conciencia (1)!

Asentada en las orillas del ancho y profundo cauce del rio Juanes, á quien vulgarmente se dá el nombre de rambla, se levanta la villa de Algemesí, ó mejor dicho *Algemecez*, como se escribía en otros tiempos. Natural de esta villa y fundador de su antiguo convento de Dominicos fue el célebre padre Jaime Bleda, dominico tambien, escritor, y uno de los mas principales instigadores para la famosa espulsion de los moriscos del reino. Rica, floreciente y cercada de magníficas huertas, hacia gala esta villa de su envidiable posicion en el mismo dia 3, en cuya tarde saludaron los labradores el arco iris, que dejaba ver un segmento á través de apiñadas nubes: unos anunciaban el término de las pasadas lluvias, y otros veian las señales de la *cabreta*, bien conocida por los estragos que produce. Y estos últimos tenían razon.

A las diez de la noche principió un violento aguacero, que arreciado por el furioso vendabal, se precipitó sobre los edificios, matando el alumbrado público y envolviendo á la poblacion en una completa lóbreguez. Pasada la noche en la mas angustiosa an-

---

(1) Hemos extractado una sentida y bellísima correspondencia de Don José Puchades Alcreu.



siedad, amaneció el día 4, corriendo la voz de que el vecino Júcar principiaba á salir de su cauce; mientras la rambla, ó río seco, ó río Juanes arrojó poco despues sus primeras oleadas. Los vecinos de Algemés pasaron el día esperando á cada momento la inundacion, no tanto por el temor de un peligro en la poblacion, cuanto por las abundantísimas cosechas de cacahuete y habichuelas, que se hallaban, las primeras arrancadas de la tierra para secarlas y las segundas llevadas á las eras del río para trillarlas. La noche avanzaba sombría y amenazadora; crecia el volúmen de las aguas de la rambla; y las gentes acudían, alumbrándose con linternas, á la puerta del pueblo llamada del Molino, para observar el movimiento de la rambla y conocer el momento de la desaparicion de las cosechas, depositadas en su álveo. El brillo de los relámpagos les hizo descubrir por fin que todo habia desaparecido.

En medio de su desesperacion y á las doce de la noche, se escuchó una voz, que repetida por otras mil, gritaba con terror: ¡el río entra! al mismo tiempo que la campana, tocando á vuelo, anunciaba la invasion del Júcar. Y escepto muy contadas calles, quedó inundada en seguida la poblacion. El agua entró por tres puntos diferentes, por la puerta del Molino, por casi todas las casas de la calle de la Capilla, lindantes



con la acequia Real, cuyo cauce se habia destruido, y por los barrios de San Benito y San Miguel. Era tan furiosa su acometida, que arrebató en su ímpetu del centro de las casas, piedras, ladrillos, tinajas, mesas, sillas, las cosechas guardadas, y lo que fue mas sensible, á alguna que otra persona que, como el presbítero D. Miguel Cabanes, habia sido arrebatado por la corriente en su mismo hogar, salvándole despues de prontos y eficaces ausilios. Resonaban por todas partes gritos desgarradores, lamentos continuos, voces pidiendo socorro, presentando la imágen del cuadro, que oportunamente cita la correspondencia que tenemos á la vista (1) sacado de Virgilio: *Namque crudelis, ubique luctus, ubique pavor, ubique plurima mortis imago.*

Muchas calles, como las de San Benito, San Miguel, de los Santos de la Piedra y otras contenian mas de una vara de agua de furiosa corriente; haciendo resentir con su choque gran número de casas de las calles citadas y de las de La Capilla y Acequia, siendo mucho mas considerables los daños causados en la propiedad rústica.

No habia que lamentar afortunadamente desgracia alguna en la poblacion; pero á dos horas de distancia

---

(1) D. Benito Ballester.



ocurría una escena, no menos terrible, que estraña por su milagroso resultado. Cuatro jóvenes, sumamente aficionados á la caza y la pesca, les sorprendió la inundacion en la Marjal; y acosados por el peligro, se encaramaron dos á dos en otras tantas chozas ó barracas de las que existen en las eras. Allí pasaron la noche entre las mayores angustias, temiendo á cada momento sentir desaparecer el frágil asilo, que habian escogido y ser arrebatados por las corrientes. A la luz del nuevo dia comprendieron mucho mejor la estension y la inminencia del peligro en que se hallaban; contemplaron con horror el vasto lago que les circundaba, el triste espectáculo de algun cadáver que pasaba cerca de ellos, flotando sobre las aguas, y toda la debilidad de las chozas que no podian resistir la inundacion. Dos de ellos, percibiendo sin duda que vacilaba la choza, se asieron á las ramas de un joven sauce que tenian cerca, y apenas se habian asegurado en su tronco, la barraca, derrumbándose, fue arrebatada violentamente por la corriente. Tierno todavia el sauce se doblaba bajo el peso de los dos náufragos, por las acometidas de las corrientes y por la fuerza del viento, sacudiéndoles, ora hasta tocar la superficie del agua, ora dejándoles suspensos de las ramas, agotándoles rápidamente sus fuerzas. A la vista de la muerte que se cernia sobre ellos, se ata-



ron con las fajas á las ramas, y permanecieron en este estado hasta que al descender las aguas, abandonaron aquel pobre árbol hospitalario, y unas veces nadando y otras vadeando alcanzaron una altura inmediata. Los otros dos, merced á la mayor solidez de la barraca, se salvaron tambien.

Durante estas terribles circunstancias, el alcalde D. José Sanchis, á pesar de su habitual enfermedad del pecho y con un herpes crónico en las estremidades inferiores, auxiliado por todas las demás autoridades, acudió á todas partes con la mayor solicitud.

Pasado el peligro, el pueblo todo recordó con amargura el estado en que se hallarian sus hermanos de Alcira y de Albalat, y les envió abundantes socorros, como tendremos ocasion de celebrar en otra parte.



# GUADASUAR, ALBERIQUE Y BENIMUSLEM.

**G**UADASUAR, ó Guadazuar, como se ha escrito en otros tiempos, se convirtió en una isla, confundiéndose en su término y al derredor suyo, y sobre todo por la parte de Mediodía, por la corriente del Júcar y río de los Ojos, y en la parte opuesta por las de la rambla de Algemesí. Desde lo alto del pueblo se descubria el estado deplorable de la desgraciada villa de



Alcira, en la imposibilidad de poder prestarle socorro alguno. El día 6, á las nueve de la mañana, supieron los de Guadasuar que sobre el tejado del molino, situado junto al camino y próximo al río de los Ojos, se hallaban sus habitantes, pidiendo socorro con voces lamentables. Respondiendo á estos gritos de agonía, dos mozos tan generosos como bravos, ataron dos piezas de madera de las que la corriente habia abandonado en el camino, y provistos de víveres se encaramaron sobre ellas y ofrecieron pan y bacalao á aquellos infelices, que durante dos dias habian estado luchando con el hambre y la muerte.

Otros cuatro jóvenes, noticiosos de que un pobre labrador pedia socorro desde los troncos de un olivo, con voces plañideras, se despojaron de sus vestidos y venciendo dificultades y corriendo graves peligros, se dirigieron al punto de donde salian los lamentos. Llegados allí, gritan, llaman; no contesta á estos gritos una sola voz: registraron entonces y se encontraron desnudo el cadáver del pobre labrador, que sin duda intentó en su desesperacion llegar á nado hasta el molino referido. A ejemplo de estos generosos jóvenes, la poblacion entera con su alcalde y ayuntamiento á la cabeza, envió abundantes socorros á los moradores de Alcira, privándose tal vez muchos de ellos del pan destinado para sus hijos, y



sin parar mientes en los destrozos, que la inundacion habia causado en sus campos.

Alberique, ó mejor Alberich, con los pueblos de Alcocer, Gabarda y el desaparecido pueblo de Alazquer, célebre por el histórico morisco Alamí, constituyen las llamadas Baronías, siendo Alberique uno de los pueblos mas ricos y mas importantes de la provincia por su estensa agricultura. El Júcar, que en sus mayores inundaciones jamás habia invadido sus calles, llegó esta vez á inundar la parte baja de la poblacion, penetrando en el cuartel de la Guardia civil, en el juzgado de primera instancia y en las cárceles del partido, en que se custodiaban presos por causas muy graves. El agua, al penetrar en estos encierros, inundaba ya á los presos hasta las rodillas, en cuyo estado pedian socorro desesperadamente aquellos infelices. Ausente por asuntos de servicio el juez D. Francisco Puig y el promotor fiscal, el alcalde, D. Francisco Cervelló, que se multiplicaba por todas partes acompañado de D. José Sastre, registrador de la propiedad, y de D. Jacinto Gomez, sustituto del promotor fiscal, sacó á los presos de tan funesto encierro, trasladándolos á la casa de la villa.

El agua, inundando el Casino y las Escuelas, dejó á ambos edificios en un estado completo de ruina,



desplomó otras casas y obligó á apuntalar algunas mas.

Cinco lonjas, que contendrian doce mil arrobas de arroz blanco, pertenecientes á la clase mas pobre, que se disponia á pagar sus arrendamientos, fueron inundadas tambien, perdiéndose aquel grano por completo.

Mucho mas desolador era el cuadro que ofrecia el bellissimo campo de Alberique. El rio, desbordándose, y el canal del Júcar rompiéndose por varios puntos, convirtieron en torrentes y lagunas las mejores zonas de la huerta y de los arrozares, arrancando sus magníficos árboles, diseminando aqui y allá respetables cantidades de madera, destruyendo totalmente los canales de riego y dejando donde quiera en vez de mantillo ó humus vegetal, montañas de arena que inutilizarán las tierras por muchos años en una estension de siete mil hanegadas próximamente.

Iguales efectos dejó la inundacion en el término de Gabarda.

No lejos de Alberique se halla un pequeño pueblo sobre la misma Ribera del Júcar, llamado antes Benimullen y ahora Benimuslem. Colocado sobre un terreno ya socavado por el rio, parecia inevitable su completa desaparicion en esta inundacion horrible,



como así lo temían los vecinos de Alberique. Afortunadamente, las corrientes, chocándose entre sí, se abrieron en dos grandes cauces en forma de ángulo, á cuya circunstancia se debe la salvación del pueblo. En la mañana del día 4 fue tan brusca y tan súbita la acometida del Júcar, que muchos hombres á quienes sorprendió en la orilla, se salvaron milagrosamente huyendo y nadando. Uno, empero, fatigado ya, consiguió trepar á una morera, y allí permaneció desde las nueve de la mañana del día 4 hasta la misma hora del día siguiente.

En este estado, el alcalde con tres niños y algunas caballerías intentó trasladarse á Alberique; pero detenido por una vasta laguna, volvió sobre sus pasos con el objeto de regresar á la población. Cortado por otra gran corriente, buscó su salvación en una pequeña casa llamada del Tauladet, punto que el río no había invadido nunca, y á donde se habían refugiado también otras personas. Casi seguros se creían todos, cuando avanzando las aguas invadieron de repente la casa, hasta la altura de cuatro palmos. Apurados entonces, dejan sueltas las caballerías y se suben al tejado, desde donde se descubría un lago que limitaba el horizonte por todas partes. Acosados por la lluvia que les azotaba horrorosamente, levantaron las tejas, perforaron el techo y se refugiaron en



un pesebre con agua á la cintura , y en este estado de angustia y el alcalde sosteniendo un niño en sus brazos, pasaron aquellas pobres gentes toda la noche.

La poblacion no sufrió daño alguno , pero al dia siguiente el hambre puso en conflicto á aquellos míseros habitantes, que fueron socorridos prontamente por el generoso alcalde de Alberique.



## ANTELLA Y TOUS.

---

A la izquierda del Júcar y en la falda oriental del cerro de la Crehueta, último estribo del barranco que conduce al río desde Cofrentes, se halla el pueblo de Antella, como hemos indicado en otra parte; y su término, que es de una legua, se forma de montes, llanuras y campos de riego. Muchos de estos se destinan al cultivo del arroz, los demás á las producciones de huertas. Hay bosques de moreras; el secano



produce aceite, vino y algarrobos, y en la parte inculta se dá el esparto en abundancia.

Muy cerca de Antella se halla la presa y principio de la acequia del Rey, donde se levantaba hasta el dia 3 el famoso azud, de sólida é imponente construcción, que contenia el gran depósito de aguas que llevan la vida á veintitres pueblos. Largas y prolijas descripciones se han hecho ya de esta obra de gigantes, que desde el tiempo del rey D. Jaime ha sido casi el objeto de un culto para millares de agricultores, cuyo bienestar depende de la acequia Real. No entra en nuestro plan la descripción de este monumento, que se creia eterno como el lago de Moeris: basta indicar únicamente que era el azud uno de los puntos á donde se dirigian las miradas de todos los regantes, que se conservaba con una especial predilección y que se atendia de continuo á sus reparos y aun á su embellecimiento, sin esquivar medio alguno para conseguirlo. Sus anchos y sólidos muros estaban cubiertos de enormes piedras sillares, que recordaban la época Ciclópea, unidas por robustas barras de hierro; y á la vista parecia destinada esta construcción á desafiar las violentas acometidas del Júcar, como otras veces habia resistido.

Pero en la inundación del dia 4, engruesado el Júcar por las aguas del rio Escalona, y por los bar-



rancos del Falou, de las Devanaderas, del Molet y de la Mañana, que afluyen al Júcar por la izquierda, y los de Bellota y del Llop por la derecha, no solo salvó la presa del azud, sino que descoyuntando, destrozando y arrojando á largas distancias aquellos muros que parecian inmortales, el Júcar se abrió un ancho paso, semejante á las perforaciones que durante muchos siglos han practicado las corrientes á través de las grandes montañas. Las aguas del Júcar, arrojando aquellos enormes sillares que quedaron en medio de la corriente á guisa de escollos, saltaba entre montes de espuma, arrojándose fuera de su álveo y fuera del cauce de la acequia, determinando de este modo la inundacion del término de Antella. Sus huertas fueron arrasadas é inundadas de piedra y arena, para convertirlo en un páramo de larga y costosa reparacion.

El pequeño pueblo de Tous, que con el antiguo y ya desaparecido de Terrabona, parecia dar nombre á una gran porcion de personajes que figuran en la historia militar de Valencia foral, se halla situado entre las faldas de elevados y ásperos cerros y cerca del Júcar, que en aquel punto corre encajonado entre barrancas, derrubios y desprendimientos imponentes. Acometido á la vez por la espantosa lluvia que afectaba el aspecto de un diluvio, por las aguas



que se lanzaban por aquellas laderas y por la corriente del violento Júcar, ofreció el día 4 el espectáculo mas horrible de desolacion. Acaso sea Tous el pueblo que mas ha sufrido en la espantosa catástrofe; acaso sus habitantes sean los que mas deben temer el porvenir que se les prepara. Rápida en aquellos terrenos quebrados la corriente del Júcar, se precipitó sobre el pueblo devorando la pequeña huerta que tiene en la parte mas baja, penetró en la poblacion inundando las calles y las casas con tanta furia, que sus habitantes se vieron precisados á abandonarlas precipitadamente, debiendo su salvacion á la fuga. Rugiendo y arrollando obstáculos destruyó el agua el cementerio y la casa abadía con el archivo de la parroquia. Igual suerte sufrió la casa consistorial y el archivo del ayuntamiento que desaparecieron por completo. En su impetuosidad penetró en la iglesia, llegando hasta la altura de la cornisa, arrebatando las imágenes y los objetos del culto y dejando tan resentida la bóveda que no ofrece seguridad alguna.

Consignaremos un suceso, que verdaderamente llamó mucho la atencion. Al tiempo de verificarse la inundacion, se hallaban los jóvenes de Tous disponiendo la procesion-rosario de la Aurora: la imagen de la Virgen, sobre sus andas, estaba ya iluminada





Vista general de Tous.

Bergon







por los cuatro faroles, clavados en la misma peana de la imagen. En aquellos momentos invade la inundacion, penetra en la iglesia y arrebatada las andas, con las luces encendidas. Conducidas por las aguas al centro de la corriente del Júcar, vogaron flotando y sin apagarse, mas que uno de los faroles, hasta el puente de hierro de Alcira, donde se encontraron. Aquellas luces en la oscuridad de la noche tenian algo de fantástico, que escitó la admiracion de los pueblos que las observaron.

Mientras se derrumbaban de este modo los edificios públicos, caian tambien desplomados, perdiéndose cuanto en ellos se contenian, ciento siete edificios particulares, catástrofe inmensa en una poblacion de cuatrocientos vecinos. El primer contribuyente perdió toda su riqueza rústica y urbana: otro vió arrebatada por la corriente su casa, ropas, dinero y hasta los instrumentos de labranza..... le quedan nueve hijos y le queda la miseria para proporcionarles un pedazo de pan. Los pobres que habitan la parte alta de la poblacion sufrieron menos: hoy son mas ricos que los que lo han perdido todo.

Cuando el alcalde, el médico, el juez de paz y dos labradores del pueblo se presentaron al señor gobernador de la provincia el dia 9, se reflejaba en sus semblantes todavia la imagen de la desolacion á



que habian asistido : su relacion conmovia las entrañas. La autoridad superior se apresuró á entregarles diez mil reales , para atender á las primeras necesidades, disponiendo además que se pusiera en servicio inmediatamente la barca de aquel pueblo que habia quedado del todo arruinada.

El pequeño pueblo de Tous es un monton de escombros : casi ha desaparecido completamente, como otros muchos pueblos , devorados por el Júcar en otros tiempos.

Como instrumentos de la Providencia acudieron en socorro del pueblo el sargento 2.º del puesto de Alcudia de Carlet D. Manuel Peris y Royo , con los guardias civiles Salvador Royo y José Delgado. Los hechos de los individuos de este cuerpo benemérito honran la institucion á que pertenecen, y honran á la nacion española , que debe tener orgullo de contar entre sus soldados estos nobles modelos de abnegacion , de valor y de disciplina.



# COFRENTES,

JALANCE, JARAFUEL Y ZARRA.



**S**IGUIENDO la corriente del Júcar hasta su confluencia con el Cabriel, se halla situada entre los dos la villa de Cofrentes ó Conflentes, como escribían nuestros mayores, que como hemos indicado en otra parte, está sentada sobre un elevado cerro, á un tiro de bala de la citada confluencia.

El día 4 al amanecer, cubierto el valle estrecho por donde corre el Júcar, lo mismo que el que sirve



de lecho al Caudiel, de grandes masas de vapores, comenzó á llover con una violencia no conocida jamás por la generacion actual, lluvia que continuó hasta la misma hora del dia 5. Mientras de aquellos cerros se precipitaban inmensos torrentes de agua, que arrancaban y hacian rodar los peñascos, el Júcar y el Cabriel, reuniendo sus impetuosas corrientes, se desbordaron en su violento curso, inundando el valle hasta la altura de cincuenta y nueve pies, y penetrando en la poblacion derribaron cuatro casas. La triple avenida de los dos rios y de la gran vertiente de los cerros rodaba por aquellas calles estrechas con un fragor espantoso, que el ruido de la lluvia, el bramido del huracan, la oscuridad de la noche y el estampido de los truenos hacian mucho mas horrible. Las familias buscaron su salvacion en los edificios mas sólidos, y fueron tristes y angustiosas las horas de la noche fatal del 4. A las cuatro de la tarde del 5 el Júcar aumentaba su avenida, y entonces el valle presentaba un proceloso brazo de mar. Uno y otro rio habian arrancado sus puentes, devastado las huertas de sus orillas, arrebatado los olivares, los viñedos y hasta los seculares y gigantescos nogales, álamos y fresnos, que sombreaban las márgenes de uno y otro rio.

Al disiparse la tormenta, y descender las aguas



á sus primitivos cauces , los consternados habitantes contemplaron con dolor la horrenda devastacion, que acababa de arrebatárles aquellos campos queridos que constituian su única riqueza. En su lugar se veian estensos pedregales y playas de arena , que dejaron el pueblo rodeado de un árido desierto.

A pesar de su situacion sumamente escabrosa, la inundacion del Júcar penetró tambien en el término de Cortes de Pallás, llenando sus cañadas , destruyendo las calzadas y ribazos que sostienen sus campos escalonados, y penetrando en las cuevas ahogó dentro de ellas al ganado que se habia refugiado en ellas. Unida la corriente del Júcar, á la del barranco ó riachuelo de Cortes, devastó los pocos terrenos laborables, que llevan el nombre de antiguas huertas de Roque y al arrebatárles tambien el bonito puente de madera, que cruza en aquel punto el Júcar, dejó á aquellos habitantes en el mas profundo aislamiento y desolacion, porque las que poseen se hallan á la otra banda del rio.

Al llegar al puente de Jalance el rio Júcar rueda entre riscos y peñascales de asombrosa elevacion formados á derecha é izquierda por las bargas de encumbrados cerros , estrechándose el barranco de tal modo, á corta distancia del molino de D. Benito, que hay puntos en que seria temerario y peligroso se-



guir el curso de su corriente. Situada la villa de Jalance ó Xalance, de origen morisco, entre el Júcar y el Cautaban ó rio de Jarafuel, se vió inundada á la vez por ambas corrientes y por la caída de las aguas de las sierras inmediatas. El Júcar no solo arrebató las plantaciones de las huertas, sino que destruyó el puente de silleria, á pesar de su mucha elevacion; desplomó dos molinos, los otros tres quedaron inservibles; convirtió en barrancos los caminos; arrancó y trasportó á largas distancias sus magníficos olivares y quedaron reducidos á la mendicidad mas de doscientos vecinos, que el dia 3 se creian felices, porque poseian mas de dos mil reales de renta.

La inundacion en aquel terreno quebrado presentaba un panorama sumamente siniestro, porque las aguas saltando sobre las bargas producian un estrépito aterrador.

Internándose en las sierras, aunque algo separada de la corriente del Cautaban, se levanta la villa de Jarafuel ó Xarafuel, de cuna morisca.

Sorprendida por la furiosa tempestad del dia 4 se sintió oprimida por espacio de veinte horas por el horror del huracan, los torrentes de los montes y la extraordinaria y espantosa avenida de la Cañada de Arriba y el desbordamiento del Zarra, que unido al

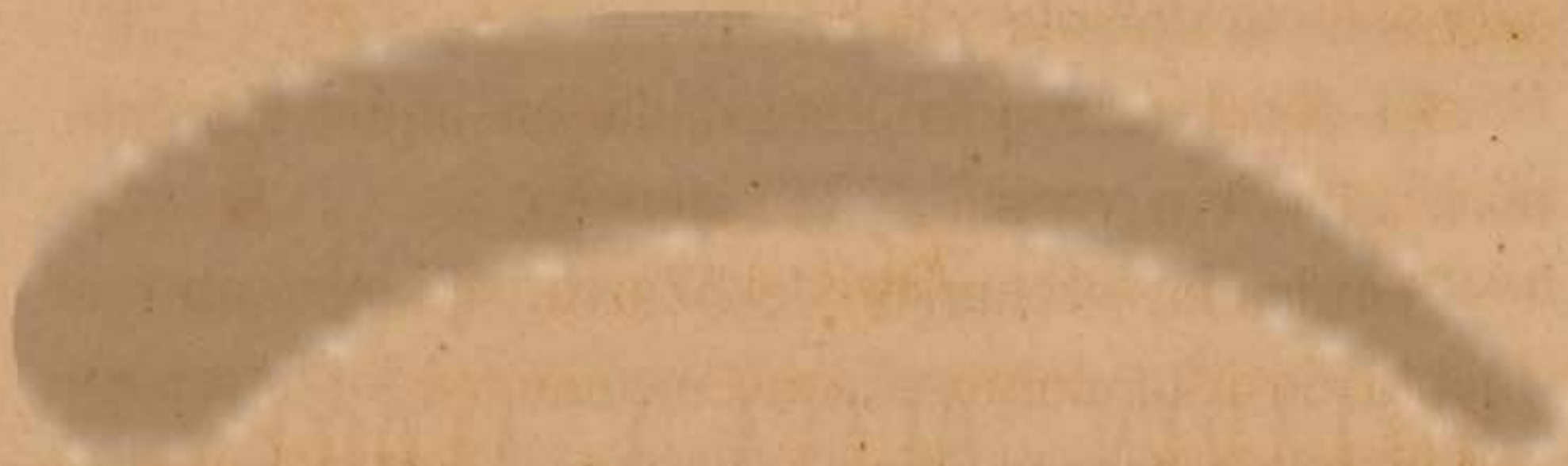


Cautaban, va á morir en el Júcar, cerca de Jalance. Pasadas aquellas horribles veinte horas, los habitantes de Jarafuel se llenaron de horror al contemplar desaparecidos hasta sus cimientos los puentes, los molinos, los batanes y las pintorescas huertas de las orillas de la Cañada y del Zarra.

La desolacion quedó señalada en aquel término, poco antes tan variado y tan risueño. ✕

Siguiendo el curso del Zarra se encuentra el pueblo de este nombre, que reconoce á los moriscos por fundadores. El dia 3 amaneció ya sobre este valle cubierto de nubes y derramando una lluvia violenta, que continuó hasta las doce de la noche en que estalló la tempestad. Aquella masa de agua aumentada con extraordinaria rapidez por la avenida del riachuelo de la Hoz, inundó los campos hasta una altura fabulosa y arrebató en su corriente multitud de árboles gigantescos y robustos almeces venerables por su antigüedad. Las corrientes arrancaron hasta los cimientos, tres de los cinco molinos harineros que se contaban en el término, derramando con esta catástrofe la consternacion y el espanto. Afortunadamente no hubo que lamentar desgracia alguna, merced á las acertadas medidas que dictó la autoridad local.







## MILLARES, QUESA Y AYORA.

---

**S**IGUIENDO la corriente del Júcar hácia su nacimiento, el último pueblo que de esta banda ha sufrido los estragos de la inundacion ha sido el de Millares, situado á la derecha y á corta distancia del rio, como hemos insinuado en otro punto, entre las ondulaciones que forman el estribo y bargas de la Muela del mismo nombre. Hasta este pueblo y desde Cofrentes, hemos dicho tambien que el Júcar



corre por la garganta llamada los Embarcadores, en una hoz ó barranca angostísima de aspecto monótono y sombrío, con bargas de doscientos y cuatrocientos pies de altura y obstruido por los derrubios y desprendimientos de sus laderas y picachos. Antes de llegar á Millares engruesan el volúmen de las aguas del Júcar, desde Cofrentes, el barranco de Cortes y además el de la Particion, el arroyo de Agua caliente, el barranco del Nacimiento, la rambla del Real y el barranco de Fuente-bufete. Para cruzar el rio tenia Millares el dia 3 un puente de madera de construccion moderna y atrevida.

En la madrugada del 4 comenzó á inundarse la poblacion, llenando todas sus calles hasta las cinco del dia siguiente. Las aguas invadieron tambien, destruyendo, los lindos huertecitos del pueblo, y aunque no hubo que lamentar mayores desgracias, fue sin embargo desconsoladora la desaparicion del puente, que dejaba completamente incomunicados á sus habitantes. Necesitando en aquel conflicto socorros y dar al mismo tiempo el parte de su situacion, fue preciso tender una maroma de una á otra orilla del Júcar, y un hombre atrevido se ofreció y llevó á cabo la osada empresa de pasar á la otra parte, agarrado á la maroma, sin desvanecerse á la vista de la impetuosa corriente, que rodaba bajo de sus pies.



El pueblo de Quesa, situado á orillas de uno de los brazos que poco mas adelante del pueblo forma el rio Escalona, es conocido tambien por el nombre del Castellá, que con el título de Condado, concedió Felipe III á D. Luis Castellá de Villanova en 1604. Pobláronle los moros del linage de *Idris*. La tempestad comenzó á descargar sobre este pueblo y su término á las ocho de la noche del dia 3, acompañada de truenos y relámpagos y empujada por un viento huracanado, que continuó por espacio de veintiocho horas. Sus estragos fueron espantosos: árboles, viñas y huertas quedaron arrasadas: los diversos riachuelos del término, desbordándose furiosamente, dejaron grandes depósitos de arena y piedra, hasta la altura de tres y cuatro palmos en algunos puntos. Las aguas invadieron algunos corrales de ganados y molinos harineros, causando considerables deterioros, y quedó derribada una parte de la torre de la iglesia.

La tempestad alcanzaba tambien los confines de la provincia, estallando casi á una misma hora en todos los puntos mas distantes. La antiquísima villa de Ayora fue sorprendida á la una de la mañana del dia 4 por el furioso huracan, que continuó todo el dia con la misma intensidad, hasta las siete de la tarde. Arrojáronse sobre la afligida poblacion torrentes de



agua, que se precipitaban de las montañas vecinas, inundándola por completo, penetrando en las casas y arrebatando de ellas los muebles, los enseres y hasta la ropa de sus amedrentados pobladores. La rambla, que cruza el pueblo, arrastrando una inmensa mole de agua, llenó toda la calle de su nombre, invadió los edificios y una en pos de otra derrumbó todas sus casas y parte de otra, salvándose sus dueños por milagro. En medio de aquel espantoso cataclismo, el médico titular D. José Belda intentó vadear la impetuosa corriente de la rambla, deseoso de acudir á su casa, situada en la orilla misma del cauce; pero apenas habia dado algunos pasos, á través de aquella masa de agua, fue arrebatado por la corriente, entre el horror de los espectadores. Envuelto en las oleadas, ora sepultado por ellas, ora procurando agarrarse á las piedras y á los árboles que encontraba en su paso, logró por fin asirse de una morera, como el náufrago á la roca adonde puede llegar. Abrazado á aquel tronco hospitalario permaneció cuatro horas, que debieron parecerle una eternidad. A fuerza de repetidos auxilios, pudo salvar el médico su vida, conservando indeleble en su memoria aquella lucha desesperada y el horror de aquel dia fatal.

Se arriesgaron para salvarle un jóven de Cofren-



tes, y los vecinos José Royo, José Julve, Tomás Martínez, Francisco Cheleta, y un Guardia civil llamado José Vila, según así lo creía una correspondencia de aquel pueblo.

Las corrientes arrastraron enormes peñascos, trasportándolos á largas distancias; y en varios puntos de la montaña se abrieron profundas grietas, por donde salían, aun muchos días después, masas considerables de agua; observándose que los pisos de rodano de los patios de alguna casa sólida asaz, fueron levantados por el agua, que salía á la superficie en cantidad respetable.

Si el aspecto de la población, henchida de escombros, si los lamentos de multitud de familias que acababan de ser reducidas á la última miseria, llenaban el ánimo de un profundo terror; no era menos desgarrador el cuadro que ofrecían los campos, pocas horas antes tan risueños, en un término que ofrece magníficos paisajes. Las aguas no solo arrebataron árboles de robusta corpulencia, sino que derribando los ribazos, acumulando piedras en las cañadas y terrenos bajos, y arrasando las tierras mas llanas, dejaron los alrededores tan devastados, tan confundidos, tan soliviantados, que no era fácil distinguir los puntos, ni los límites de la propiedad de cada uno. El espíritu de la desolación acababa de pasar por



allí: las lágrimas, la miseria, y un recuerdo doloroso y eterno, perpetuarán por muchos años en Ayora el funesto día 4 de Noviembre.



# ENGUERA,

ESTUVENY, ANNA, BOLBAITE, NAVARRÉS, SUMACÁRCEL  
Y SELLENT.

**L**A villa de Enguera, que poblaron los cristianos inmediatamente despues de la conquista, situada en un valle fértil, aunque ligeramente accidentado, fue sorprendida en la funesta madrugada del 4 por un impetuoso chubasco, que continuó sin interrupcion alguna por espacio de veinte horas. Sus habitantes, seguros en la situacion topográfica del pueblo, dirigieron sus miradas hácia los molinos y fábricas



situadas en los puntos bajos del valle. Y no era infundado su temor. Los campos quedaron arrasados, y arruinadas las fábricas y artefactos en los pueblos de Anna y Estuveny, cuyos propietarios eran en su mayor parte de Enguera, y las de D. Jaime Aparicio, D. Manuel Marin, D. Salvador Sanz, D. Miguel Juan y del señor cura de Anna.

En la sierra destruyó la tempestad el caserío de Navalon, ahogando entre escombros y agua á uno de los alcaldes pedáneos y otras diez personas. Doquiera la imágen de la desolacion y la muerte. Descendiendo de las alturas de Enguera hácia las orillas del Sellent, la tempestad del dia 4 descargó sobre el pequeño pueblo de Estuveny. Inundados sus terrenos bajos, las aguas talaron las tierras de la huerta, y para colmo de la calamidad y desconsuelo de la mayor parte de los habitantes, las corrientes acometieron, inundaron y destruyeron, desplomándolas, las fábricas de paños de los señores Aparicio, la de los señores Fillol, la de D. Jaime Aparicio y el molino harinero de D. Silverio Perez, sepultando en sus olas la subsistencia de multitud de familias, que trabajaban en ellas.

No lejos del pueblo de Estuveny y situado en una pequeña y escalonada eminencia, se levanta la villa de Anna, en la misma orilla del rio Sellent, que



en aquel punto corre por un cauce profundo y tortuoso al pie de unos ribazos de aspecto salvaje, pero sumamente poético y variado. Las acequias que, nacidas de un pequeño lago situado á corta distancia del pueblo, daban movimiento y vida á las magníficas fábricas y batanes, construidos sobre los márgenes del Sellent ó que fertilizaban una vega magnífica y bellísima, al precipitarse en el rio forman altísimas cascadas, á través de una hermosa vegetacion. Estas caidas de agua, que en algunos puntos han cavado la tierra hasta una profundidad considerable, dan al cauce del Sellent un colorido extraordinariamente agradable, donde el poeta, el artista, el filósofo y el geólogo hallarian objetos de inspiracion y de estudio.

Aun estaba reciente la espantosa catástrofe de 1855, cuando la tempestad del 4, acumulando sobre Anna las aguas del valle de Enguera, las arrojó sobre el pueblo, acometido á la vez por el desbordamiento del Sellent y las corrientes encontradas del valle. Desaparecieron las tierras huertas; pero el mayor estrago se produjo en los vastos edificios, que servian de fábricas y batanes, destruyendo los saltos del agua que les daban movimiento. La consternada poblacion contempló aquellos centros de su trabajo, y por consiguiente de su subsistencia, arrancados



horriblemente para desaparecer por completo. Así han perecido la fábrica de tinte y filatura y el batan de D. Antonio Fuster, la de filatura de D. Francisco Juan y Aparicio, las perchadoras y batanes de Don Agustín Valls y compañía, el batan de D. José Ramón Lluch, el de D. Domingo Martínez, el de Don Fernando Marí y la de filatura de D. José Martínez y compañía: otros artefactos han quedado también deteriorados. Unas horas de tempestad han disipado la fortuna de aquellos propietarios, y privado, acaso para siempre, de la subsistencia á multitud de personas, que dependían de aquellos focos de la industria. En medio de aquel horrible cataclismo fueron arrebatados cuatro desgraciados operarios, que perecieron miserablemente á pesar de los desesperados esfuerzos que hicieron, para salvarles la pareja de guardia civil del puesto de Enguera y el sargento D. Vicente Llorca.

Al retirarse las aguas de aquel campo de devastación, levantó la cabeza la miseria con todas sus funestas consecuencias.

En la misma orilla del Sellent sufrió también los estragos de su desbordamiento el pueblo de Bolbayte, que por la rotura del puente quedó incomunicado con los pueblos de Navarrés, Quesa, Bicorp y Ayora, haciendo imposible el trabajo de las tierras, que están al otro lado del río.



No lejos de Bolbayte y en el término de Navarrés, y en una cueva llamada del Babado, término de Quesa, inmediata al río Escalona, una corriente impetuosa hizo desaparecer á José Esplugues, casado, de oficio carbonero, dos hijos de éste, solteros, el primero de veintiuno y el segundo de trece años, y el yerno de aquel de veintiocho años. Los huérfanos y la hija de Esplugues, en estado interesante, han quedado reducidos á la mendicidad. Ojalá les sonría la caridad.

El río continuó creciendo, y destruyó dos casas y un molino, que en 1855 fue ya arrasado por otra inundacion, reduciendo al dueño á la mas espantosa miseria. Las paredes de las casas contiguas al río fueron arrebatadas tambien y con ellas una bodega con once botas de vino, y otra con cuatro, y no pocas quedaron inhabitables por ahora. Los campos contiguos al río, inundados de piedra y arena, están inservibles, y en todas partes se marcaron los estragos del huracan y de la lluvia, que alcanzó hasta los primeros pisos.

Casi á la entrada del valle de Cárcer, y no lejos del Júcar, el pueblo de Sumacárcel fue invadido por este río con un ímpetu y tal altura que ni en 1805 esperimentó otra igual. Invadiendo de súbito la parte baja de la poblacion, midiendo once palmos de



altura, produjo una confusion espantosa de lágrimas, de lamentos y de desesperacion. La barca del Júcar, propiedad del señor conde de Orgaz, que facilita la comunicacion al pueblo, fue arrebatada del cauce del rio y trasportada por las corrientes hasta la plaza del pueblo. Destruyendo casas é inundándolas todas, el agua se llevó en varias direcciones las botas de vino, las tinajas de aceite y los restos dispersos de las cosechas, formando en la parte exterior del pueblo un inmenso mar, que al retirarse dejaba hacinadas las piedras y las arenas, sin que en tanta calamidad hubiera que lamentar ninguna desgracia, por los esfuerzos del alcalde D. Saturnino Alós y el cura D. Antonio Araixa.

La inundacion, que comprendia toda la zona situada entre el rio Escalona, el Júcar y el Sellent, no podia dejar de comprender en sus corrientes al pueblo que da el nombre á este último rio, cuyas aguas, á pesar de su profundidad, junto con el inmenso aguacero de los dias 4 y 5, destruyeron los campos de la huerta y los secanos de su término. Fue tal la devastacion, tan furiosas las avenidas de encontradas corrientes y tanta la violencia del huracan, que aquellos infelices habitantes se verán por mucho tiempo reducidos á la mas deplorable miseria.



## VALLE DE CÁRCER.

---

A la derecha del Júcar y al Mediodía de Gbarda y Antella, se estiende el valle de Cárcer, llamado por algunos Vall-farta. Su estension es de una hora de Oriente á Poniente, entre los términos de Alberique y Sumacárcel y media de latitud, sirviéndole de límites el Júcar. Por todas partes le circuyen elevados cerros; y el rio Sellent le cruza de Norte á Sur. Hay en este valle cuatro pueblos, á saber: Co-



tes, Cárcer, Alcántara y Benegida. El territorio puede dividirse en tres zonas, paralelas al Júcar; la mas honda y próxima al rio sirve para el cultivo del arroz; la segunda, donde se asientan los pueblos, está dedicada á las huertas, y la tercera, que es la mas alta, contiene las viñas, olivos, algarrobos y sembrados. Antes del cultivo del arroz este valle debió ser sumamente pintoresco.

Por el Mediodía del valle corren las dos acequias de Castelló y Carcagente. Esta que es la mas septentrional empieza á la derecha del Júcar, entre Sumacárcel y Antella, en el sitio llamado Molinet vell. Sus aguas corren unas veces á descubierto y otras ocultas bajo tierra, como entre Cotes y Cárcer, donde el rio Sellent pasa por encima; atraviesan despues el camino Real y últimamente el rio de Albaida. Este canal de irrigacion, de inmenso coste, llevaba la vida á los campos de Carcagente.

La acequia de Castelló empieza en el punto, donde el rio Escalona desagua en el Júcar y sigue por las raices de los montes, trazando las mismas curvas que el rio. Segun un impreso de 1628 sus obras ascendieron á ochenta mil pesos y las de la de Carcagente á cien mil.

A estos canales se une la corriente del Sellent, que nace entre Navarrés y Bolbayte, aumentada con



las aguas de Chella y las abundantes de Anna y Fuente de Marzo.

Al estallar, pues, la tormenta del día 4, los habitantes de la calle de San Roque del pueblo de Cárcer dieron el fatídico grito de alarma, anunciando la inundación. Encontrábase allí, por asuntos del servicio, el juez de primera instancia de Alberique á que pertenece el pueblo, D. Francisco de Paula Puig, el promotor fiscal D. Francisco Maria Alonso, el escribano D. Ramon Ortizá, el teniente de la guardia civil D. Nicolás Keyser, el cabo Luciano Ibañez Pallarés y los guardias Isidoro Naranjo Guerra, Francisco Gonzalez Tormo, Francisco Puig Vallés y Juan Perez Redondo.

Al escuchar el primer grito de alarma, acudieron todos al sitio donde principiaba la catástrofe; y los guardias se apresuraron á salvar en hombros á los ancianos, las mugeres y los niños de la calle de San Roque, cuando ya las aguas comenzaban á inundar la población. Bien pronto el pueblo ofreció el aspecto de un lago cenagoso, en que las casas parecían flotar como islas, mientras los alrededores del pueblo afectaban la continuación del mismo lago, limitado por los cerros del valle. El juez y su comitiva, montados á caballo, por la imposibilidad de cruzar las calles á pie, consolaban, como podían, á los po-



bres habitantes, que asomados en los puntos mas altos de las habitaciones, mostraban en sus semblantes la expresion del mas profundo terror y desaliento. Desde el amanecer caia la lluvia á torrentes; el viento rugia con furia, envolviendo en sus turbillones á los tres pueblos del valle: solo el pueblo de Alcántara, por su situacion mas elevada, vió sus calles libres de la inundacion.

A las diez de la mañana parecia esparcirse el tiempo, alentando la muerta esperanza de los habitantes del valle. Pero á las dos de la tarde, oscurecido de nuevo el horizonte, se precipitaron nuevos torrentes de lluvia, y otra segunda inundacion del Sellent elevó sus aguas en la parte alta de Cárcer hasta la altura de nueve palmos, penetrando del mismo modo en las calles de Benegida. En vano se cerraron las puertas: el ímpetu de las corrientes las abria con violencia, obligando á los moradores de ambos pueblos á buscar primero su salvacion en los pisos altos y perforar despues los techos, para refugiarse en los tejados. De todas las casas se exhalaban gritos de dolor y de angustia, pidiendo socorro con voces desesperadas: el juzgado y la guardia civil llevaban los socorros hasta donde podian llegar, y hubo momentos en que se creyó todo perdido para siempre.



A las cinco de la tarde se observó ya el descenso de las aguas y pudo el juzgado retirarse á Alcántara, acompañado de varios vecinos de Cárcer. Latian de esperanza aquellos corazones afligidos, cuando por tercera vez se repitió la misma inundacion, que continuó así toda la noche. Noche horrible, cuyas horas se contaban como siglos y en que la angustia no permitia un momento de reposo.

Al dia siguiente 5, volvió el juzgado á Cárcer, para ponerse en comunicacion con el alcalde de Cotes, recogiendo de paso un cadáver, que flotaba sobre las aguas y otro que se encontró en el término de Cárcer. Aprovechando los momentos del descenso de las aguas, fueron trasportados á Alcántara los ancianos, las mugeres y los niños, mientras el cura de este último pueblo D. Salvador Izquierdo se desprendió de sus propias ropas, que envió al cura de Cotes, junto con cuantos socorros pudo haber á las manos. El alcalde y todos los vecinos, imitando el ejemplo del cura, ofrecieron por muchos dias la mas franca y caritativa hospitalidad á los habitantes de los tres pueblos inundados. Hubo casa que albergó y mantuvo cincuenta forasteros. El mismo cura Izquierdo recogió en la suya á sus consacerdotes de Benegida y Cárcer y á mas de veinte personas. Hé aqui una de las muchas obras de la caridad: los po-



bres socorriendo á los pobres; de hoy mas los cuatro pueblos no deben formar mas que una sola familia.

Mientras los habitantes de los pueblos inundados emigraban en masa el dia 5, cruzando estenuados, ateridos y casi desnudos el lago, formado al rededor, el juzgado y la guardia civil, auxiliados por los pocos hombres que habia en Cárcer, recogieron de casa en casa los efectos que quedaban, custodiándolos cuidadosamente y haciendo arrojar al rio los cadáveres de mas de cuarenta animales, en estado ya de descomposicion.

De Cárcer se atrevió el juez á pasar á Cotes, y al efecto cruzó el rio Sellent por encima del acueducto, que servia de cauce á las aguas de la acequia de Escalona, cuyo acueducto no ofrecia seguridad alguna, por haber destruido la avenida uno de sus arcos. Acompañaron al juez en esta osada empresa el escribano Ortizá y el alcalde de Cárcer, quedando desde este momento en comunicacion ambas poblaciones.

Al descender las aguas, dejaron el término completamente talado, lleno de piedras y de arena, arruinadas muchas casas y las iglesias de Cotes y de Cárcer quedaron completamente obstruidas por el fango que la inundacion habia depositado, haciendo desaparecer muchas imágenes, de cuyos respectivos



nichos les arrebató la corriente, que penetró en las sacristías, llevándose multitud de objetos del culto.

Talado también el término de Alcántara, las avenidas derribaron la cerca del cementerio, exhumando los restos de los que yacían en paz.

† Cuando Cotes se hallaba sumergida en el profundo del lago, el secretario del ayuntamiento de Cárcer, D. Pascual Hernandez, y el cabo de la Guardia civil Luciano Ibañez, se atrevieron á cruzar el lago y aproximándose al pueblo, escalaron el acueducto por medio de una escalera artificial, que ellos mismos arreglaron, y ofrecieron á los hambrientos habitantes algunos panes, que el amor de los padres y el valor de los que no lo eran, los cedieron en seguida á los niños. Este rasgo se siente, pero no se puede describir.







# MOGENTE,

VALLADA, MONTESA, CANALS Y ANAHUIR.



**S**EPARANDONOS por un momento de las regiones hidrográficas del Júcar, y antes de describir el gran mar que envolvió las ricas poblaciones de Carcagente, Alcira y otros pueblos, próximos á la desembocadura del gran rio de la provincia, trasladémonos á un extremo de sus confines y al magnífico y pintoresco valle, que corre desde Fuente la Higuera hasta la region, que acabamos de describir, para descender despues, siguiendo las corrientes del Caño-



las, del Montesa y del Albaida á lo mas profundo y lo mas imponente de la pasada inundacion.

La villa de Mogente, que ya repobló el rey Don Jaime el Conquistador en 1259, se halla situada en un terreno accidentado, pero que merced á la laboriosidad de sus habitantes y á la antigua proteccion de sus señores, los marqueses de la Romana, ofrece por todas partes una exhuberante vegetacion y un aspecto de bien estar, que la hace sumamente recomendable.

A pesar de su elevacion y de su distancia del centro de las inundaciones, la tempestad, descargando ya en la noche del 3 y arreciando en el dia 4, hizo desbordar todas las ramblas del término, cuyas avenidas, arremetiendo con las obras sólidas del puente de Boquilla, correspondiente al ferro-carril, las hizo vacilar y desplomó el viaducto, como si hubiera sido arrancado por las manos de los génius de los cuentos orientales.

Cerca de Mogente y en el antiguo término de Montesa se halla la villa de Vallada, cuyas primeras casas ó alquerías se remontan al año 1280, bajo el reinado de D. Alonso III de Aragon. Incorporada al Maestrazgo de Montesa, fue elevada á la categoría de villa en 1564 por el último Gran Maestre de la Orden D. Pedro Luis Garcerán de Borja.



Situada á la derecha del Cañolas sufrió en el funesto dia 4 los estragos del terrible aguacero, que duró todo el dia con una violencia inesplicable. La estensa falda del castillo á cuyos pies duerme la poblacion, arrojaba rios de agua que la cruzaban en todas direcciones, inundando por completo el barrio de Santa Teresa, de cuyas casas fue preciso extraer á los habitantes, para salvarles de la muerte. Mientras el pueblo contemplaba la catástrofe que devastaba su término, ocurría á media legua de distancia una escena digna de un gran cuadro en una epopeya.

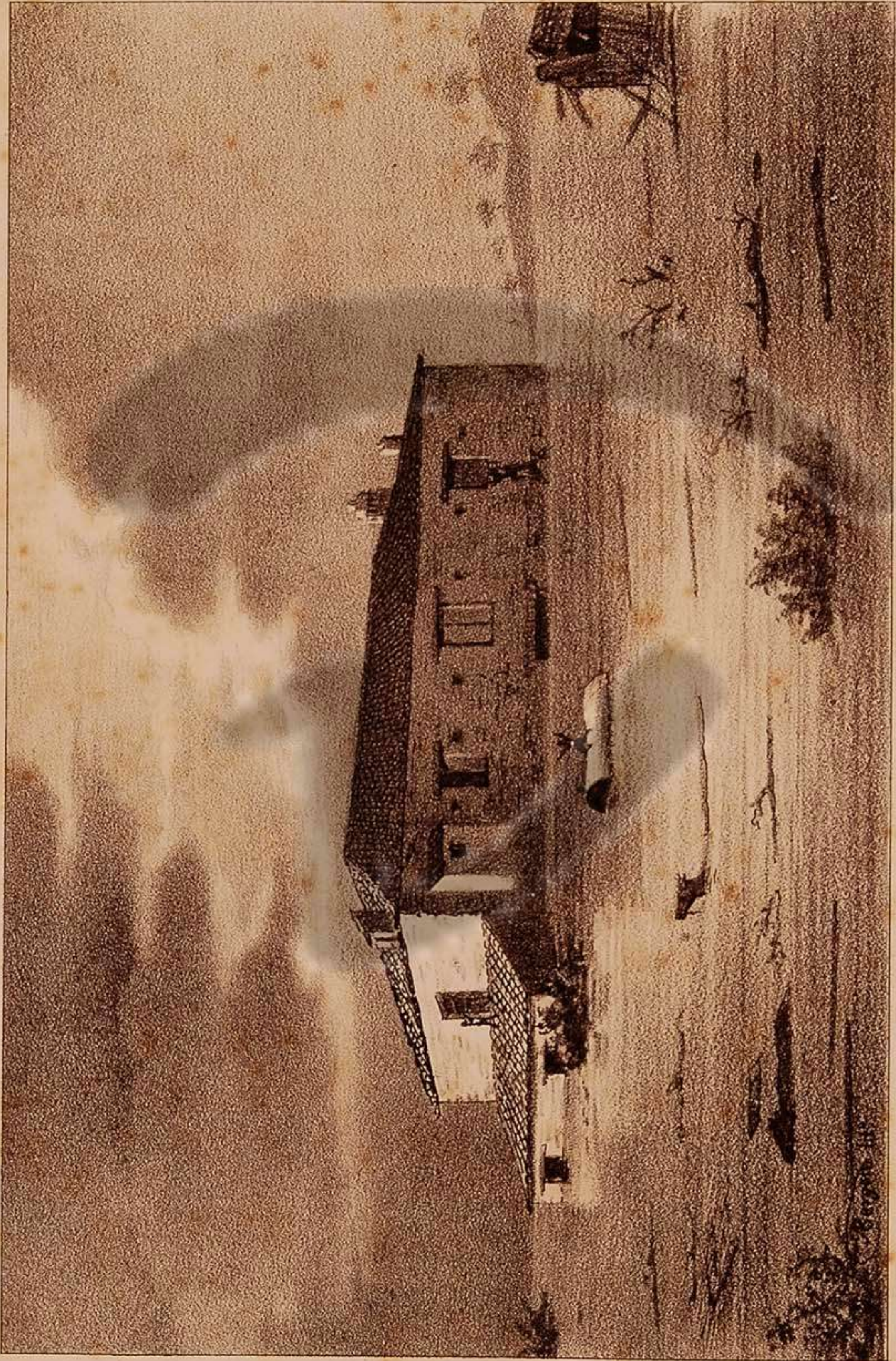
Alzábase junto al camino Real de Madrid y en un punto solitario la venta llamada de Boquilla. Componíase la familia del ventero, su muger y su madre, dos niñas y un jóven, hijos suyos y una criada. Huyendo de la tempestad se habian refugiado tambien cinco pasajeros, con otras tantas caballerías mayores y dos menores.

Al descargar la impetuosa lluvia y cerradas las puertas y ventanas con cuidado, se reunió toda la familia, mientras que en un cuarto yacia completamente dormida una niña sobre un humilde jergon. Era tal el ruido que el agua producía en los tejados, que la ventera, en estado interesante, y llena de terror, suplicó y lloró, para que su marido los trasportase á todos á otro punto mas seguro. Este des



contrariado en parte, tanto por las reflexiones de su marido, como por las de los viajeros, triunfó al fin; y ya se disponia una caballería, cuando de súbito principió á inundar el agua el piso bajo, deshaciendo el proyecto de emigracion y obligando á la ventera y á su suegra á buscar un asilo en un cuarto, que creyeron seguro; al paso que el hijo y la criada, con los pasajeros, trataron de ponerse en salvo, tomando antes la precaucion de soltar las caballerías. Unos, como las dos mugeres, con la esperanza perdida, y los hombres con la de poder librarse de la muerte, estuvieron todos por un buen espacio contemplando aterrados los progresos de la inundacion. De repente se escucha, empero, el bramido de una corriente de agua, mientras la lluvia azotaba violentamente los tejados. Flaquean las puertas y el agua principia á subir hasta por encima de las del interior. Percíbense gritos dolorosos, ayes ahogados, voces estrañas y las sacudidas de las caballerías que huian de la inundacion. ¡Horas de angustia y de terror; horas largas como las de una lenta agonía! Poco á poco cesó el estrépito que se escuchaba allá en lontananza; descendieron las aguas; la venta quedó en el mas profundo silencio. Inmediatamente se reunieron los que quedaban vivos, llamaron á los que no podian responder ya; y llamaban con afan, porque la venta





Vista de la venta de Boquilla.

Principio de la inundacion.







se derrumbaba, desplomábanse los tabiques, flaqueaban los cimientos, y una parte del edificio habia desaparecido. Corren á los cuartos, donde se habian refugiado las mugeres y encuentran sepultada en agua y fango á la pobre ventera, con todas las señales de una muerte dolorosa, impresas en su lívido semblante. El ventero, lanzando un grito de dolor, vuela en busca de su anciana madre; todo fue en vano, al arrebatarla las aguas, no dejaron rastro alguno de su muerte, borrando tambien las huellas de la desaparicion de su hijo; y en aquellos momentos supremos de amargura recuerda su niña pequeña. ¡Se habria ahogado tambien! Entra en el cuarto, hollando fango y agua, y su ojo lleno de lágrimas, descubre á la niña tranquilamente dormida: mira las paredes; cerca del techo estaba la señal de las aguas. La corriente recogida en el cuarto fue levantando el pobre jergon, que al menor movimiento de aquella pobre criatura hubiera zozobrado. La mano de un ángel sostuvo sin duda á la inocente niña, que inmóvil en su cama, subió hasta el techo, descendió con las aguas y continuó dormida, sin apercibirse de la inmensa ruina, que habia al derredor, ni de las angustias de tres muertes horribles. ¿Qué debió sentir el corazon del padre á la vista de aquel verdadero prodigio? La dulce fisonomía de la niña, salvada



milagrosamente, vertería tal vez un bálsamo de consuelo sobre las profundas heridas, que atormen-  
tarian su alma en aquel momento! Dios haya con-  
solado á aquel padre.

La criada se salvó cogida al hierro, que sostenia la garrucha sobre un pozo profundo. Y para comple-  
tar la catástrofe habian perecido tambien cinco caba-  
llerías mayores y dos menores. La venta acabó de desplomarse: sobre aquellas ruinas se cernerá por mucho tiempo la sombra de la muerte, y el sueño de la niña velado por un ángel.

Aproximándonos á la antigua ciudad de Játiva, se encuentra el pueblo de Canals ó Torre de Canals, construida sobre un terreno, compuesto de tubos ca-  
lizados muy espesos, cerca del Cañolas, conservando dentro de su humilde área la memoria de haber na-  
cido en aquella torre el Papa Calixto III, de la opu-  
lenta familia de los Borjas. En el siglo XV el pueblo de Canals estaba reducido á una magnífica torre ó casa de campo de aquellos poderosos magnates.

Tambien la tempestad del dia 4, desbordando el impetuoso rio de Montesa y el de los Santos, des-  
truyó la huerta, borró los límites de las propiedades, arrancó el acueducto llamado de la Arcada, que sirve para el riego de las huertas del Plá, y se llevó hasta los cimientos de dos molinos harineros, otro



de papel de estraza y un martinete para batir cobre.

La vía férrea, situada entre Vallada y Canals, sufrió espantosas averías, arrastrando trozos del terraplen y sobre todo derribando el viaducto del Toll y el magestuoso, imponente y sólido puente de hierro de Montesa. Asombra la altura que debió tener allí el agua y la fuerza que tuvo su corriente, cuando se contempla el aspecto de desolación, que presenta una obra gigantesca, que parecía desafiar las iras de los huracanes.

El término de Canals, como los de los anteriores, fue devastado por el soplo de la tempestad, que tan amargos recuerdos dejará en estos países.

Comprendido en la misma zona que Canals, el pueblo de Anahuir, de origen morisco, vió arrebatados por el Montesa cuatro de los cinco molinos de su término, quedando el otro inutilizado y sus huertas devastadas.



LA TITULAR  
DE LOS REYES Y CASTELLANOS

12



# JÁTIVA,

MANUEL, SEÑERA Y CASTELLON.

---

**S**ITUADA en una altura y en las faldas de la antigua Acrópolis, dominando una espaciosa vega y conservando su antigua dignidad, se levanta la hermosa ciudad de Játiva, coronada de restos iberos, romanos, godos y árabes, cuando llevaba con orgullo el nombre de Sétabis. Desde Aníbal hasta el Papa Alejandro VI y hasta el Españolito, ostenta una magnífica historia, que termina entre las llamas del grande incendio, que devoró su pasada grandeza



por orden de Felipe de Anjou. Corramos un velo sobre estas nobles memorias, porque en estos momentos muestra todavía la vieja ciudad destrozadas sus calles por el inmenso aguacero, que se desprendia del monte durante la tempestad del día 4, mientras su estensa, pintoresca y variada huerta era arrollada por los rios Albaida y Montesa, destruidas casi del todo las once acequias de su riego, los caminos destrozados, roto el acueducto de las aguas potables de la Acequia Santa, y haciendo desaparecer siete molinos de los alrededores de la ciudad.

En Carraixet el agua arrastró muchas hanegadas de campos arrosales, quedando completamente inutilizados, y todo el territorio bajo que se estiende al pié de Játiva, ofrecia un vasto lago, difícil de describir.

Al descender de Játiva, por el pié de la montaña del Puig, siguiendo las desbordadas corrientes del Albaida, del Montesa y del Surió, que en su curso sinuoso comprenden una vasta zona, se encontraban confundidas estas cuatro corrientes y se aglomeraron sobre la colina pintoresca, en cuyas vertientes se encuentran las salinas de Manuel. La avenida se llevó la pared que cerraba la fábrica del Estado, arrancando de cuajo trozos de ocho á diez metros, que trasladó enteros á largas distancias, lo



mismo que grandes piedras de sillería, dejándola toda cubierta de grava, arena, árboles y otros despojos que habian arrastrado las corrientes. El agua subió por encima de las casas del pesador y del resguardo, quedando la primera en estado ruinoso: la fábrica levantada por el señor marqués, viudo de Vivel, sufrió tambien graves deterioros; y terraplenes, via férrea y todos los vasos de fabricacion ó fueron destruidos ó quedaron enterrados bajo una masa de piedra y arena.

En la misma orilla del rio Albaida se halla situado el pequeño pueblo de Señera ó Senyera, que en la noche del 4 fue acometido por el rio, llegando el agua hasta la altura de ocho, diez y doce palmos. Calles y casas quedaron completamente inundadas, llevándose las aguas los muebles, las ropas y los comestibles, y haciendo sobre todo imposible el socorro mútuo de los vecinos, refugiados en los puntos mas elevados de aquellas humildes casas, que no tienen mas que un solo piso. La pequeña iglesia que se halla en estado de reparacion, porque amenaza ruina, se inundó tambien, se abrieron sus sepulturas y llenáronse de agua y de fango. El hambre y la miseria mostró al dia siguiente su descarnada faz, que por mucho tiempo perseguirá á aquellos infelices habitantes.



No lejos de Señera se levanta el pueblo de Villanueva de Castellon, dotado de una huerta y magníficos arrozales que debían su existencia y su fertilidad á la acequia monumental de Escalona, la primera que sangraba al río Júcar y que recorría un territorio de siete leguas. Las furiosas corrientes de este río chocaron con ímpetu contra el dique, que protegía el azud de la acequia, destruyéndole por completo, y derrumbando el fuerte malecón que encauzaba la acequia en una estension de legua y media, entre una alta cordillera y el sólido muro que formaba su cajero. La acequia seguía su curso y cruzaba el Sellent por una arcada que recordaba las obras de los romanos y de los árabes: las corrientes arrancaron uno de sus arcos, haciendo desaparecer sus paredones, la casa y almacén de utensilios, y dejando en estado ruinoso las demás obras del acueducto. El cajero ha quedado inutilizado casi en su totalidad, privando en pocas horas á los vecinos de Castellon de este gran vehículo de su riqueza, cuya reparacion es obra de mucho coste.

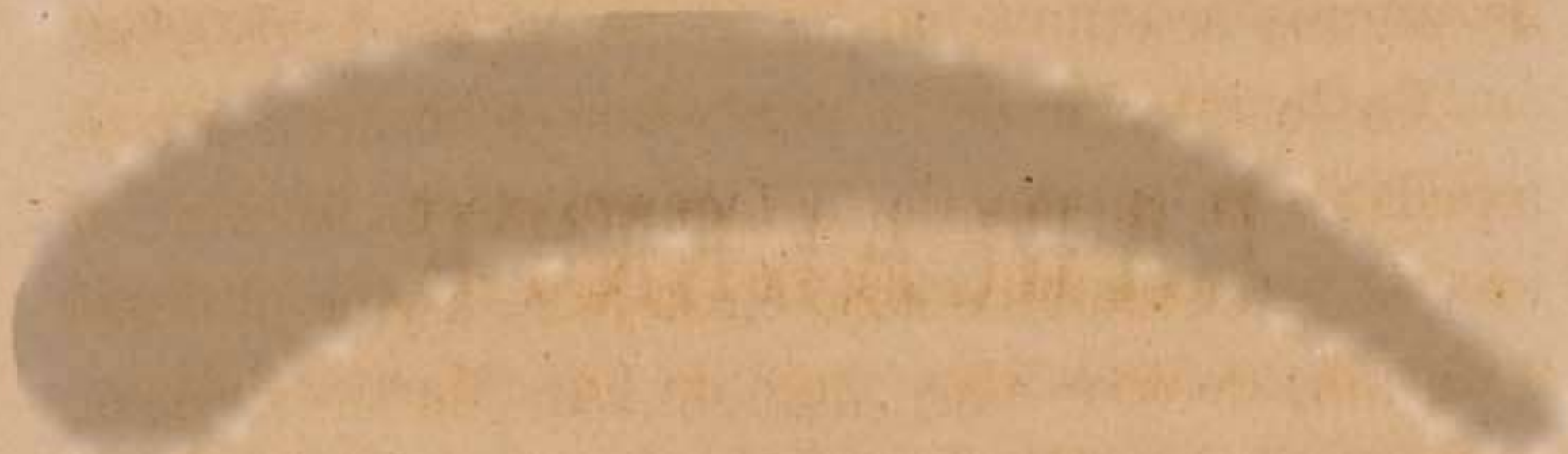
La destruccion de este magnífico canal pareció á los ojos de los consternados habitantes mucho mas sensible que la devastacion de los campos, la desaparicion de sus ribazos, la inundacion de grava y arenas y la desolacion de aquella comarca, cuya



riqueza parecia fabulosa. En algunos campos quedaron hoyos profundos y en algunos de ellos, al desaparecer el agua que contenian, se han encontrado muertos multitud de pececillos. Tambien entre el cieno se encontró un cadáver, al parecer, arrancado de alguna sepultura de los cementerios devastados.

En lo interior de la poblacion el huracan arrojó á pedazos la cúpula de la fachada de la iglesia, y uno de los escombros hirió en la cabeza y en el brazo á un niño de doce años, hijo de Luis Martí y Franco, causándole heridas de gravedad.







## CARCAAGENTE.

**P**ENETRÉMOS por fin en la zona de las grandes catástrofes, y procuremos reunir en cuadros, siquier no sea su colorido, copia fiel del original, las horribles escenas que presentó la inundacion en los dias 4 y 5 en esta parte tan importante de nuestra provincia.

El dia 3 ostentaba todavia el vasto territorio que se estiende desde Alginet á Manuel esos magníficos campos parecidos á jardines: en todas partes sonreia la vida y el bien estar: ledos corrian el Júcar



y sus afluentes: tranquilo el labrador concebía las más gratas ilusiones al pie de sus bosques de moreras, y á orillas de la multitud de canales que robaban al Júcar una buena parte de sus aguas. El Albaida, el Montesa y el Sellent no llevaban más que una corta cantidad de agua: no se levantaba temor alguno, que indicase el cataclismo, que se estaba fraguando en la atmósfera, para matar de una vez tantas esperanzas, tantas fortunas, tantos sueños.

El día 3 era sin embargo nebuloso, era triste; pero ningún habitante de Carcagente, ni de la gran villa de Alcira habría levantado su mirada al cielo, deseoso de penetrar en el seno de las nubes, y descubrir el foco de la tempestad que se cernía ya á lo lejos, pero que no se descubría. Han pasado los días: los sucesos públicos se han acumulado á otros sucesos: la generación actual tiene siempre aplicado el oído al rumor que produce el confuso tropel de los acontecimientos: los hechos de hoy hacen olvidar los hechos de ayer. De mañana en mañana nuestra inquietud presente vuela en pos de una cosa desconocida: está de continuo esperando algo; y á pesar de esta atención y de este mal estar, los habitantes de los pueblos que acabamos de recorrer y los de los que nos falta visitar, sienten todavía sobre sí el peso de una sombra, como si el recuerdo de las desgracias



pasadas, formando una atmósfera de plomo, no les permitiera respirar ni levantar libremente la cabeza. Hay impresiones que dejan heridas en el alma, como las de las armas en el cuerpo, que no se cicatrizan nunca, que se abren con frecuencia y que dejan sentir sus agudos dolores, hasta que terminan del todo en el sepulcro.

En los bocetos que dejamos trazados, cada localidad ha derramado lágrimas de desesperación, cada familia transmitirá á sus hijos un recuerdo imperecedero de su inmensa calamidad: cada figura de las que se descubren y de las que no se descubren en esos bocetos ha derramado llanto, cuya profunda amargura solo conoce Dios. Si al fijarnos en Carcagente y despues mucho mas en Alcira, intentamos presentar cuadros en vez de bocetos, es porque la importancia de las dos poblaciones y la acometida de tantos rios á la vez amenazó devorar por completo esta parte de nuestro bellissimo territorio; y porque la magnitud del peligro produjo escenas mucho mas lamentables.

Démos, pues, comienzo por la villa de Carcagente (1) ó Carcaxent, como lo han escrito siempre

(1) Tomamos los siguientes datos de los escritos del corresponsal del periódico LA OPINION, del parte oficial del alcalde constitucional de la villa y de unos apuntes históricos y estadísticos, que debemos á la amabilidad del laborioso y entendido D. Salvador Bodi, presbítero, esclaustro, de la Orden de Predicadores.



nuestros mayores. Se halla ésta situada en un campo llano, delicioso y muy fértil, á la derecha del Júcar, un cuarto de hora al Sur del mismo. No es de este lugar la narracion histórica de su primera poblacion, de su progreso y estado actual, ni la descripcion de su iglesia verdaderamente notable, ni mucho menos el espléndido panorama que ofrece la multitud de huertos de naranjos, orgullo de Valencia y objeto de admiracion de los viajeros.

Pero indicaremos únicamente que por documentos antiguos consta que por los años 1238 existian cuatro aldeas, á saber: Ternils, el caserío de Carcaxent, de Cogullada y de los Benimaéli: Ternils era el pueblo mas importante. Por los años 1578 los moradores de Ternils abandonaron sus casas y hogares, huyendo de las avenidas del Júcar y se establecieron en la parte mas alta del pueblo de Carcaxent. Igual ejemplo siguieron los de Benimaéli. De estas dos pueblas que emigraron, solo queda en la actualidad la iglesia de Ternils, llamada hoy ermita de San Roque: de los Benimaéli únicamente se conserva el nombre en una de las partidas del término de Carcagente, llamada partida de Benimaéli. Cogullada subsiste todavia con alcalde pedáneo é iglesia aneja á la de Carcagente.

Las casas mas antiguas de esta villa están en la



parte mas alta de la poblacion, que habitaron los de Benimaéli y los de Ternils, punto que escepto en la inundacion que estamos describiendo, permaneció siempre libre, formando una verdadera isla.

La primera inundacion de que se tiene memoria, es la denominada de San Francisco, en la noche del 4 al 5 de Octubre de 1779; fue la única que hasta entonces salvó los *valles*. Llamábanse asi unos terraplenes que construyeron los antiguos y que efectivamente libraron á la villa de muchas inundaciones.

La inundacion del 79 dejó un recuerdo mucho mas notable que el de la destruccion de los valles; porque el Júcar dejó su cauce y formó otro nuevo mas al Oeste de la villa. El agua corria, aunque en poca cantidad, por el antiguo cauce hasta 1790, en que formó un banco de tierra y arena, que las avenidas posteriores aumentaron con nuevos sedimentos, y puede decirse que aquel antiguo cauce se halla convertido hoy en campos.

La segunda avenida fue la de Santa Gertrudis, en la noche del 16 al 17 de Noviembre de 1805 (1).

(1) **INUNDACION DE 1805.**

OCTAVA.

Dia de Santa Gertrudis  
Bien os podeis acordar  
Vino una fuerte riada  
Que nos queria ahogar.

Pues la Virgen de Aguas Vivas  
Ya está rogando al Señor  
De que aplaque la ira  
Y nos mire con amor.



Esta ha sido la mayor, hasta la última que deploramos, pues el agua subió en el convento de monjas, punto medio del nivel, hasta la altura de diez palmos y medio. Esta inundación ofreció muchos caracteres de los que ha presentado la del año actual. A media noche, la inundación estaba en su mayor crecimiento; mientras una tempestad horrorosa aumentaba el espanto de la población. Se derribaron muchas casas y la corriente del Júcar arrastró una fabulosa cantidad de madera, siendo notable la circunstancia que al descender las aguas, los campos se encontraron sembrados de los despojos de adelfas, cuya multitud llamó mucho la atención.

Como en la mayor parte de los pueblos comprendidos en la zona inundada, amaneció también para la villa de Carcagente el día 3 cubierto de nubes, y cayendo á intervalos una lluvia bastante espesa, que oscurecía todo el horizonte. Cerró oscura

Fueron los vallos rompidos,  
Subieron fuertes las aguas,  
Aterraban los bramidos  
Derribando muchas plantas.  
En Carcagente entró el río.

A diez y seis de Noviembre  
De mil ochocientos cinco,  
Al tocar las oraciones,  
En Carcagente entró el río.

Domingo á las nueve  
El agua amedrentó:  
Subía tan alta  
Que daba temor;  
Tañen las campanas,  
E invocan á voz,  
Se sonrie el tiempo,  
Y el río bajó.

La de Santa Ursula, 24 de Octubre de 1843, subió el agua 9  $\frac{1}{2}$  palmos; entró el agua en el pueblo á las 3 de la mañana.



la noche; y á las once estalló una violenta tempestad de truenos y relámpagos, que terminó á las siete de la mañana del día 4. La continuidad de la lluvia y la estension de la tempestad, que se prolongaba hasta mas allá de las cordilleras, que hemos recorrido, hicieron presagiar á los habitantes de Carcagente la esperada avenida del Júcar, si bien no podia presumirse que su desbordamiento produjera las consecuencias, que tan pronto habian de lamentarse. Cuatro horas despues se dió la voz de alarma; voz fatídica que, como el antiguo toque de somaten, pone en guardia y movimiento á los pueblos ribereños del Júcar.

Avezados, no obstante, sus moradores á ciertas avenidas periódicas (1), no presintieron todo el horror

(1) Pluviometro. Cantidad de lluvia recogida en Carcagente desde el año 1837 y siguientes:

Años.	Milímetros.	Años.	Milímetros.	Años.	Milímetros.
1837. . .	590	1846. . .	882	1855. . .	766
1838. . .	440	1847. . .	369	1856. . .	470
1839. . .	331	1848. . .	244	1857. . .	1006
1840. . .	511	1849. . .	210	1858. . .	777
1841. . .	190	1850. . .	740	1859. . .	191
1842. . .	631	1851. . .	662	1860. . .	466
1843. . .	804	1852. . .	330	1861. . .	474
1844. . .	703	1853. . .	894	1862. . .	448
1845. . .	476	1854. . .	602	1863. . .	898

1864, hasta el 13 de Diciembre, 926 milímetros.

#### INUNDACIONES.

1842. Gran tempestad de piedra que destrozó los tejados de las casas, á las 6 de la tarde.



de la gran catástrofe que el río envolvía entre sus ondas y esperaron con cierta tranquilidad y casi con indiferencia la llegada de las aguas. Pero en medio de su confianza fue ya tan imponente la inundación, que se observó á las tres de la tarde, que los ve-

- 
1843. En la madrugada del 21 Octubre entró el agua en la segunda meseta del centro de la villa y midió 235 milímetros y llovió en 30 horas 400 milímetros.
1852. Manga ó torbellino en dirección de N. O. hácia el E. Sud. destruyendo cuanto encontraba, arrancando grandes nogales y olivos seculares, plantados en tierra vulgarmente conocida por pillón, desvaneciéndose al tocar las primeras casas del pueblo de Cogullada. Sin duda tomó aire exterior, por medio de la chimenea de la casa el 10 de Octubre.
1853. A las 12 horas del día 7 de Diciembre las aguas del Júcar, desbordado, pasaban por en medio de la calle y plaza Mayor, entrando por la puerta de Santa Ana y saliendo por la de las Monjas. Llovió en 42 horas 500 milímetros.
1855. A las 12 horas del día 17 de Noviembre el río llegó hasta el empedrado de la iglesia parroquial de la plaza Mayor. Llovió 138 milímetros.
1856. El río, desbordado, llegó hasta la primera alcantarilla del terraplen del ferro-carril, viniendo del puente de hierro, lloviendo en Castilla el 22 de Enero.
1857. El 26 de Febrero, el río fuera de su cauce, sin penetrar en la población. Llovió 444 milímetros en 5 días seguidos.
1858. A la una de la madrugada del 27 de Setiembre, las aguas del Júcar llegaron á la plaza Mayor. Llovió 234 milímetros en 2 días.
1860. El 3 y 4 de Febrero, gran nevada; 44 centímetros.
1861. El día 9 de Abril á las 10 horas 40 minutos gran tempestad de granizo.
1862. El 26 de Octubre el Júcar, desbordado, por los campos, sin penetrar en la población. Llovió en 2 días 142 milímetros.
1863. A las 10 de la mañana del 23 de Mayo, las aguas del Júcar llegaron hasta la mitad de las calles de las Monjas y Santa Ana. Llovió en 3 días 191 milímetros.
- En la tarde del 27 de Agosto gran tempestad de piedra y granizo.  
En 27 de Octubre gran tempestad de piedra.
1864. A las 11 de la noche del 4 de Noviembre, llegaron las aguas del Júcar en la meseta segunda de mas elevación, en el centro de la población, á 1 metro 44 centímetros de altura. Llovió 302 milímetros en 33 horas.



cinos contemplaron con profunda ansiedad invadeables las calles, y acometidas las casas por la furiosa avenida, que se enseñoreó de ellas con un rumor incesante, aumentado con el horrible estrépito de una nueva tempestad de truenos y de relámpagos, empujada por un viento huracanado, que llenaba de espanto aun á los corazones mas tranquilos y mas osados. Durante aquellas primeras horas de fragor, de angustia y de peligro, se oyeron en confusos ecos gritos desesperados que pedían socorro, y ayes desgarradores que exhalaban el terror y la desesperación: por las calles, convertidas en canales de rápidas corrientes, se veían cruzar violentamente animales semi-vivos, luchando con las agonías de una muerte dolorosa, cadáveres de otros, que las aguas conducían de otros puntos, troncos de árboles, ramas desgajadas, y restos de muebles chocando entre sí, ó estrujados contra los ángulos de los edificios salientes, seguidos en todos sus extraños giros por la ansiosa mirada de los aterrados habitantes, que desde lo alto de las azoteas y los mas desde la cumbre de los tejados contemplaban hervir el lago debajo de sus pies, ó procuraban descubrir en el sombrío horizonte el límite estenso del mar que llenaba la llanura.

Vino la noche: y con ella la duda, la descon-



fianza, la desesperacion y el peligro, que la oscuridad y soledad de las sombras hacian aumentar. A las once se notó un descenso en las aguas. ¡Animo! ¡ánimo! va á pasar el peligro: los corazones palpitan de esperanza; hasta los mas tímidos se cercioran por sí mismos, de que disminuyen las corrientes, y que el agua deja ya marcadas las huellas de su altura en lo interior de los edificios. El pueblo se ha salvado. Las horas parecian siglos; el tiempo corria con lentitud; ¿cuándo alumbrará la luz del dia, para medir la estension del peligro que se acaba de conjurar? Asomó por fin en el horizonte la deseada luz de la mañana; el cielo continuaba encapotado; no importa; cualquiera que sea su brillo, su luz es recibida con bendiciones. Todos, grandes y pequeños, los habitantes se apresuraron á abrir las ventanas de las azoteas, para saludar aquella benéfica claridad, y todos ofrecian en sus semblantes atribulados, las huellas del insomnio, de la fatiga, de la lucha del alma, y del profundo terror, que les habia agitado durante aquellas largas horas, trascurridas en presencia de la muerte, que se cernía sobre tanta devastacion. Unos á otros, suspirando, gimiendo y desde el fondo de su corazon se pedian mutuamente noticias del estado de las familias, de los peligros que habian atravesado, de los daños que cada uno





Vista general de Carcaopente.







habia experimentado. Era entonces un pueblo de hermanos, que juntos acababan de luchar, y juntos salian del seno del sepulcro.

La poblacion habia sido inundada hasta la altura de quince palmos en algunos puntos y de veinte en otros, llegando el agua á los pisos altos en la estacion del tram-via y el molino de Alborchi. Los habitantes de estos dos últimos puntos buscaron su salvacion en los tejados, ateridos por el frio, la lluvia y el hambre, casi ciegos por los relámpagos, sumidos en el silencio horrible, que la inminencia del peligro imponia á sus lábios, y creido cada uno en la soledad de su corazon, que era ya llegada su última hora. Sus rostros macilentos y sus facciones desencajadas revelaban la lucha de su espíritu en aquella noche fatal. Su angustia solo puede compararse con la del náufrago, arrojado sobre las crestas de los escollos, al pie de una costa abrupta y desamparada.

Uno de los objetos mas espantosos que ofrecieron las corrientes á la vista de los asombrados habitantes, fueron los cadáveres humanos, que flotaban sobre las olas, y entre ellos un ataúd lleno, arrancados muchos de aquellos y éste de los cementerios que las aguas acababan de socavar. Estos objetos inspiraban un estremecimiento, que perturbaba el alma,



y que la dejaba hundida en el aniquilamiento mas completo, mostrando mas grande y mas próximo el término desastroso, que cada uno veia acercarse con rapidez. ¿Qué era de lo restante del mundo? ¿Qué pasaba en otras partes? ¿Habian perecido tambien otros pueblos? ¿Era aquello una inundacion del Júcar y de sus afluentes, ó era un segundo diluvio? Y el corazon, al dirigirse estas preguntas, se anonadaba ante el recuerdo de la justicia de Dios, sin perder por eso la sonrisa de la esperanza, que se entreveia en su mirada de misericordia.

En la madrugada del 5 las aguas tenian ya un descenso de mas de seis palmos; pero todavia quedaban nueve ó diez, y no era posible todavia vadear aquellos canales, para trasladarse á las casas, donde la amistad, el parentesco ó el amor, tenian un objeto, cuya conservacion se pedia al cielo con toda la fé de un verdadero cariño fraternal y cristiano á la vez. De calle en calle y de casa en casa corria la voz de que se habian derrumbado varios y numerosos edificios; y todos á una se estremecian, pensando si eran los de los amigos y parientes y si entre sus escombros habia perecido un pedazo de sus almas. Esta agonía y este malestar duraron afortunadamente poco; porque D. Vicente Hernandez, alcalde constitucional, facultativo á la par, se



apresuró á llevar los primeros socorros con un valor y una abnegacion digna de todo respeto; pues la satisfaccion de su conciencia vale mas que el elogio de las frases humanas.

Acompañado de su hermano D. Bernardo, montó á caballo, y con agua á los pechos, seguido de los maestros de obras D. Vicente Martinez, y D. Francisco Vives y de varios jóvenes, sin calcular los riesgos, se lanzaron á través de aquellos canales de agua y fango, llamando á los vecinos, dándoles noticias, ausiliando á los que lo necesitaban y penetrando en los edificios derrumbados, ó en donde quiera que se escuchaba un gemido, ó un grito de dolor.

Asi llegaron á una casa, en que se hallaban refugiadas una madre y su hijo, junto con los caballos: todos se creian seguros en el piso alto; pero hundido violentamente en una profundidad de ocho palmos de agua, fue preciso, para salvarles, taladrar una pared, librando de una muerte segura á aquellos dos infelices, junto con un niño, que, huyendo de la avenida, se habia refugiado á su lado.

Otra casa, al derribarse, habia caido sobre el edificio de la enseñanza de niñas, destruyéndolo en parte é incomunicándolo con la calle y casas contiguas. Sus habitantes, terriblemente angustiados por la muerte de uno de sus individuos, aplastado



por los escombros, se encontraban en el ángulo de una habitación, esperando con infinita ansiedad, que un nuevo estampido les anunciara su último momento. Comprendió el alcalde su crítica situación y se aprestó á darles socorro. Pero no teniendo otro acceso que por el balcon, dispuso que se unieran dos escaleras, sostenidas por cinco ó seis hombres. subió por ellas seguido del jóven é intrépido albañil Ramon Martinez, y penetrando en el sitio de desolacion y de muerte, consiguió librar á aquellos desgraciados, á quienes el terror habia enmudecido.

En otra casa se halló á una pobre jóven, que aislada con su madre en un punto del edificio, escucharon las dos el fragoroso estampido del derrumbamiento de una parte de su morada. La hija da un grito, acude á ver el daño ocurrido y el peligro que podian correr, y vuelve al lado de su madre. Pero la madre yacia en el suelo; su hija la llama, se inclina, la levanta, la vuelve á llamar, la besa.... ¡ay! no podia responder á su amor.... la madre acababa de espirar!

En la casa número 32, de la calle de la Sangre, vivia una familia, compuesta de una viuda de 73 años, llamada Maria Ana Garrigues, y de su hijo Pascual Tarragó, de 42 años. Al principiar la inundacion se refugió en esta casa y al lado de esta re-



ducida familia, un niño, mendigo, llamado Joaquin Andreu y Talens, de ocho años, que habitaba en la calle del Pontet alt.

Trasformadas ya las calles en profundos canales, é invadidos los pisos bajos á una altura de tres palmos, la anciana, su hijo y el infeliz mendigo subieron á una habitacion superior, hasta donde llegaron tambien tres caballos de labranza. Confundidos en aquel estrecho recinto, no tardaron en verse amenazados por la inundacion. El agua cubrió el piso y creció rápidamente, obligándoles á subirse á la cama; pero no bastando esto, Pascual se colocó á horcajadas sobre una puerta, y cogiendo con una mano al niño, procuró coger igualmente á su madre, que de pie sobre la cama procuraba colocarse en el peligroso asilo, que habia buscado su hijo. En medio de aquella lucha desesperada, el agua sumergió la luz. Un grito de terror, lanzado á la vez por aquellas personas atribuladas, anunció la hora suprema del verdadero peligro: los caballos se agitaban violentamente para salir del estrecho y profundo lago, en que se hallaban sumergidos; el hijo llamaba á su madre; ésta con el agua al pecho y de pie sobre la cama, que oscilaba, pedia socorro con voces de horrible espanto; y el niño, agarrado fuertemente á su protector, lloraba con la mas siniestra desesperacion.



Sus gritos, sus gemidos y las sacudidas de los caballos se dejaron oír afortunadamente, á pesar del fragor de la tempestad, y un vecino, llamado Francisco José Carbonell, se aprestó para darles auxilio. Aplicando el oído en diferentes puntos, practicó por fin un agujero en una pared, derribó ladrillos, pero no acertando el sitio de la escena, hizo otra abertura, y penetró por ella, alumbrándose con una luz. Apenas dió los primeros pasos, descubrió el cuadro de angustia, que hemos tratado de bosquejar. Dos caballos yacían ahogados; el tercero luchaba todavía con la muerte: Pascual, con la vista llena de terror, buscaba á la pobre anciana, que tenia ya levantada la cabeza, huyendo del agua que le llegaba á la garganta; y el niño, asido á Pascual con toda la fuerza del miedo, que se revelaba en sus ojos espantados. Este cuadro era mucho mas sombrío, porque no ocupaba mas que el reducido espacio de nueve palmos de latitud sobre catorce de longitud, que media aquella mísera habitacion. Afortunadamente el benéfico salvador se hallaba en un punto mas elevado; y desde allí arrojó una cuerda, con que Pascual ató al niño, que Carbonell salvó con tanta prontitud, como destreza. En seguida volvió á tirar la cuerda, y Pascual se arrojó con ella á la cama, ató á su madre y bien pronto se vió la anciana libre de la muer-



te, que de tan cerca la amenazaba. En seguida se cogió él mismo á la cuerda, y á los pocos minutos se hallaban ya los tres salvos y seguros, por el arrojo de aquel hombre caritativo, que llevará hasta el sepulcro grabado en su memoria el recuerdo de aquella escena de agonía, y en su conciencia la apacible satisfaccion de una obra, digna del valor del hombre y de la fe del cristiano.

En la casa número 36, de la calle de San Antonio, vivian José Puig y Rosa Rios, consortes, mayores de 70 años. Cuando el agua invadió el piso bajo, los dos ancianos subieron al primer piso, y juntos los dos, y rezando en voz baja, tal vez no desesperaban de salvarse, cuando se apercibieron de un rumor extraño, que fue creciendo, hasta que de súbito aturdió sus oídos, haciendo estremecer sus corazones, un ruido sordo; y en seguida vieron con terror, que el piso entero acababa de desplomarse, quedando ellos milagrosamente de pie sobre tres bovedillas, únicas que quedaron. La luz, colocada á su lado, les dejó ver todo el peligro, de que se hallaban amenazados; pero bien pronto, ahogada la luz, quedaron sumergidos en la mas profunda oscuridad, con el corazon palpitante, el oido fijo, y con la inmovilidad, que les obligaba á conservar el riesgo de dar un solo paso, que les conduciría indudablemente



á caer en el lago agitado, que se habia abierto debajo de sus pies. Sus gritos de socorro se perdieron en el espacio ; permaneciendo asi toda la noche porque los vecinos de las casas contiguas, abriendo los techos se habian refugiado en los tejados , donde pasaron aquellas largas horas de lluvia, de tempestad y de sombras. Al dia siguiente pudieron salvar á los dos ancianos, que se hallaban ya casi moribundos.

Al derrumbarse las casas de los números 127, 129 y 131 de la calle de San Antonio, habitadas por veinte personas , se quedaron separados y aislados, los padres de los hijos , y los esposos de las esposas, cuya circunstancia aumentó el horror de su angustiosa situacion. Unos á otros se llamaban con voces de ternura , con gritos de espanto, con ayes de dolorosa amargura, y deseaban en su incesante inquietud, que fuera continuo el siniestro brillo de los relámpagos, para ver, si podian , á su fugaz esplendor, descubrir alguno de los objetos queridos , á quienes habia separado el cataclismo, sin dejarles el consuelo de morir juntos. Largas y horribles fueron las horas de aquella noche fatal ; pero su angustia fue mucho mayor , cuando al amanecer el dia siguiente , descubrieron que todos se hallaban salvos, pero guarecidos en lo alto de unos viejos paredones, en medio de confusas ruinas, sumergidas en un lago



de agua que alcanzaba en aquel punto la altura de diez y ocho palmos.

Todos los puntos céntricos que en la calle Nueva forman una manzana ó isla que comprende graneros, pajares y establos, se desplomaron á la vez, convirtiendo aquel espacio en un informe hacinamiento de ruinas. En tan súbito, como completo derrumbamiento, no hubo que lamentar desgracia alguna; pero en las casas números 9 y 11 ocurrió una escena, digna de un cuadro. Tomás Noguera y Planells y su hijo Tomás, deseando salvar las caballerías, útiles auxiliares de los labradores, se atrevieron á cruzar el corral y penetrar en la cuadra. Pero como esta se hallaba mas baja que el piso de la calle y de la casa y el agua crecia por segundos, el padre se detuvo en el centro del corral, casi sumergido por la corriente. Aturdido, desesperado, pedia socorro, sin que el hijo pudiera salvarle, á pesar de contemplar aquella lucha del anciano. A sus gritos acudió por fin un vecino, llamado José Perez, que descubriendo desde una ventana el peligro de Noguera, se bajó á la pared del corral, y desde allí á la cuadra, logrando salvar al anciano y tambien los caballos. En aquel momento se verificó el desplome de toda la manzana, llenando de terror á los tres personajes de esta escena tan lúgubre, como solitaria. Al veri-



ficarse este espantoso hundimiento, quedaron los dos náufragos detenidos y aislados entre los escombros y una masa de agua que no bajaba de doce palmos. En tan crítica situación pidieron socorro; y el mismo José Perez, auxiliado por José Gomez, alguacil del ayuntamiento, tiraron una cuerda, de la que se cogió primero el Noguera, hijo, subiendo de este modo hasta la ventana, que se hallaba á una altura de treinta palmos. Hecho esto y siendo ya tres, volvieron á arrojar la cuerda, por medio de la cual se consiguió salvar tambien al padre, desplomándose en seguida el piso, que le habia servido de asilo hasta aquel momento. Pero no pudo llegar á la ventana, donde se hallaban sus salvadores: agravado por los años, agotadas las fuerzas por la fatiga anterior, y pudiendo apenas ayudarse con los pies, apoyándolos en la pared, detuvo el movimiento de los que le ascendian, debilitó su vigor, y poco á poco el anciano, en vez de subir, descendia lentamente y ya iba á soltar la cuerda, sucumbiendo á la fatiga, cuando acertó á descansar un pie en una estaca clavada en la pared, que sostenia la garrucha de un pozo: detenido allí, cobró aliento, hizo un último esfuerzo y logró por último penetrar por otra ventana, salvándose tras largas horas de lucha. Solo perecieron las caba-llerías.



En la casa número 14 de la calle de los Santos vivían Pascuala Tur y Magraner, de 52 años, su hijo José Carmona, de 26, y una hermana de aquella, llamada Vicenta Tur, de 70 años. El marido se hallaba ausente, por haber acudido á otro punto, con el objeto de salvar los caballos. La familia, al principiar la inundacion, se subió con sus intereses al entresuelo, á unos ocho palmos de altura sobre el nivel de la calle. A pesar de esta precaucion, el agua invadió tambien el piso; y entonces fue cuando el hijo, que se hallaba en la parte opuesta de la casa, previendo una desgracia, se arrojó al corral, lo cruzó á nado, y logró subir á la andana, que servia de techo al entresuelo. Inmediatamente practicó un agujero, y arrojó por él una cuerda, para salvar una en pos de otra á su madre y á su anciana tia. Y urgía su salvacion, porque el agua circulaba por el huerto, observándose con terror, que subia con rapidez. La madre, cogida á la cuerda, debió la vida á los esfuerzos de su hijo; y aun no acababa de sentar su pie seguro al lado del jóven, cuando retumbó un ruido fragoroso: madre é hijo escucharon en seguida ayes y gemidos lastimosos, se arrodillan, se inclinan, é introduciendo la luz por la abertura, descubren con espanto que la luz rielaba en la superficie conmovida del agua.... el piso aca-



haba de desplomarse, y la anciana habia desaparecido!

Tales eran las escenas que pasaban en la oscuridad de la noche y en el retiro del hogar doméstico: cuando la débil luz del dia ñ permitió al alcalde recorrer, como hemos dicho, las calles inundadas, auxiliado tambien, por los siempre beneméritos Guardias civiles; y asi le fue mas fácil prestar auxilios, donde quiera, que amagaba un peligro, adoptando cuantas medidas le parecieron mas oportunas, para atender á la alimentacion de tantas familias, que se habian quedado sin recurso alguno, y sufriendo los horrores de la hambre.

Los Guardias civiles Luis Ferrando, Gregorio Gasull y Francisco Sanchiz, con ese arrojo y esa filantropía que distingue al cuerpo, salvaron en hombres mas de ochenta cabezas de ganado de cerda, que conducian á las habitaciones de su casa-cuartel, mientras el cabo Cosme Palacio y el guardia Tomás Gonzalez, teniendo noticia que los gefes de las estaciones del tram-via y del ferro-carril, la señora del de éste y otras muchas personas corrian inminente peligro, rodeados de un lago de mas de diez palmos de profundidad, se decidieron á salvarles. Ardua y arriesgada era la empresa; pero los guardias no hesitaron, y lanzándose al agua llegaron á la estacion. Entonces comprendieron la imposibilidad



de salvarles ; pero ya que esto no era asequible , en vez de retirarse , se quedaron alli , para animar , para consolar , para prestar los postreros auxilios , si llegaba el caso de perecer y morir con ellos , participando asi de su aciaga suerte. La consecuencia de tanta abnegacion fue una penosa enfermedad y una leve contusion , que padeció el cabo y otra contusion , no tan leve , que sufrió el guardia Gonzalez.

Al dia siguiente todos los guardias se hallaban ya en las calles de la villa , socorriendo y alentando : los guardias Luis Ferrando y Gregorio Castillo estragaron por la tarde un cadáver , que yacia entre ruinas ; mientras el alcalde , con la actividad que le caracteriza , el regidor D. Domingo Arbona y otro , sabiendo que la familia de la molinera del Empedrad se hallaba en sumo peligro , en medio de un lago de veinte pies de profundidad , voló en su socorro.

El molino , casi sumergido hasta la mitad , se hallaba inaccesible , y sus habitantes , refugiados en los puntos mas elevados , invocaban un auxilio , que humanamente parecia imposible. En el acto dispuso el alcalde armar una balsa de cañas , y en ella se atrevió á llegar hasta el edificio el guardia Francisco Sanchis y Gual. El bravo y honrado soldado logró por este medio salvar siete personas , conduciéndolas sanas y salvas al terraplen de la via férrea. El gefe



de esta estacion, D. Ramon Sorribes, por no abandonar los caudales, que se le tenian confiados, dejaba al mismo tiempo perder su ropa, sus muebles y cuanto le pertenecia.

En pos de cada peligro se levanta un hombre de corazon; en pos de cada lágrima, una sonrisa consoladora de la caridad.

La noche siguiente al de la inundacion fue mucho mas horrible: el viento huracanado, que reinó toda la noche y el espantoso aguacero con que vino acompañado, aumentó las ruinas, derribando nuevas casas, acabando de desplomar las que ya se habian hundido en parte y obligando á los vecinos á perforar las que existian, para prestarse mutuamente el auxilio, de que pudieran necesitar. De este modo se han arruinado por completo mas de sesenta casas (1),

(1)

**CUADRO**

de las casas deterioradas en la inundacion  
del 4 de Noviembre de 1864.

Totalmente.	Derruidas en parte.	En estado ruinoso.
	CALLE DE SAN ANTONIO.	
11, 106, 127, 129, 131.	1, 3, 5, 7, 13, 15, 17, 19, 37, 71, 73, 79, 81, 83, 85, 87, 89, 91, 93, 95, 97, 109, 111, 117, 123, 139, 141, 143, 145, 4, 6, 36, 50, 52, 54, 60, 62, 64, 66, 68, 70, 72, 74, 76, 78, 80, 82, 84, 86, 88, 90, 92, 94, 96, 110, 126, 132.	18, 25, 27, 29, 38, 55, 57, 63, 65, 134.
	CALLE DE LA SANGRE.	
72, 29.	32, 36, 42.	8, 24, 38.



mas de doscientas amenazan ruina ; ciento se han hundido en parte ; han perecido ó ahogadas por la

Totalmente.	Derruidas en parte.	En estado ruinoso.
	CALLE DE LA VALL. 2, 8, 9, 10, 11.	14, 16, 18, 32, 46, 48, 23.
	CALLE DEL PONTET ALT. 1, 3, 5, 18, 19, 22.	16, 32.
	CALLE NUEVA. 5, 7, 9, 11, 17, 12, 14, 16, 20, 22.	3, 19, 26.
	CALLE DE SAN CAYETANO. 4, 6, 8, 10.	
16.	CALLE DE SAN ROQUE. 9, 26.	
	CALLE DEL CAMPO DE BRÚ. 4, 6, 8, 10, 12, 16, 18, 20.	
	CALLE DE SANTA ANA, FUERA. 1, 2, 3.	4, 5, 6.
	CALLE DE SANTA ANA. 29, 31, 39, 41, 49, 51, 53.	4, 10, 12.
	CALLE DEL CUARTEL. 6, 16, 18.	1.
25, 27, 29	CALLE DE LOS SANTOS. 8, 14, 16, 18, 21, 23, 31, 33, 35.	5, 35.
6, 15, 17.	CALLE DE LA PELOTA. 2, 5, 8, 15, 17.	16.
	CALLE DE LAS DAMAS. 1.	1.
14.	CALLE DEL MOLINO. 7.	5, 8, 18.
28, 32, 34	CALLE DE LOS DESAMPARADOS. 30.	2, 4, 8, 9, 11, 75.
	CALLE DE LA RAPOSA. 1, 3.	1, 3.
	CALLE DEL SANTÍSIMO. 4 10.	4 10.



inundacion, ó por la caída de los edificios trescientas bestias de labor y ciento cincuenta cabezas de ga-

Totalmente.	Derruidas en parte.	En estado ruinoso.
	SOLEDAD.	
	8, 10.	
	CALLE DE SAN CRISTÓBAL.	
	26, 29, 32, 36, 41, 43, 45, 48, 50, 51, 52, 54, 61, 71.	1, 20, 23, 33, 35, 37, 39, 42, 44, 46, 47, 56, 57.
	CALLE DE SANTA RITA.	
1, 3.	2, 4, 29.	5, 8, 6, 10, 11, 12, 23.
	CALLE DE LAS MONJAS.	
	15, 22, 24, 26, 34, 44, 42, 46.	
	COGULLADA. CALLE MAYOR.	
2, 11.	1, 4, 3, 8, 10, 5, 7, 16.	
	CALLE DE TERNILS.	
	8, 10, 12, 14.	2, 4, 6, 1, 3, 16, 18.
	CALLE DE LA IGLESIA.	
	8, 10, 12, 15.	11, 9, 7, 14, 6, 4, 2.
	RESUMEN.	
	Casas completamente arruinadas. . . . .	25.
	Arruinadas en su mayor parte. . . . .	159.
	Declaradas en inminente peligro. . . . .	96.
	<u>TOTAL. . . . .</u>	<u>280.</u>

Además, muchas de las tapias que cercaban los huertos han desaparecido casi por completo.

NIVEL de las aguas en los cuatro puntos extremos de la población:

Puerta de la calle de Santa Ana. . . . .	21 palmos.
Idem de la de las Monjas. . . . .	16 1/2 »
Idem de Santa Rita. . . . .	18 »
Idem de San Antonio. . . . .	10 »
En la estación 4 metros 32 centímetros.	



nado de cerda y vacuno; y aunque solo han muerto cuatro personas, el aspecto de la poblacion era en los dias siguientes tan imponente como aterrador. Agua, fango, cieno, cadáveres, ruinas en la villa; campos arrasados, árboles destrozados, canales perdidos, acequias cegadas, y el hambre, mostrando su lívido semblante á través de este cuadro funerario, eran los funestos objetos que se destacaban del fondo de aquel lienzo, que habia dejado bosquejado la misma naturaleza en una de sus espantosas conmociones. ¿Cuándo volverán todos estos pueblos á recobrar el aspecto de bienestar y de alegría, que les hacia tan envidiables de propios y extraños? ¿Qué es del magnífico panorama, que presentaban en medio de su exhuberante vegetacion? ¡La generacion actual no olvidará ya jamás el diluvio del 4 y 5 de Noviembre de 1864!

Durante las horas mas afflictivas, que pasó la villa de Carcagente y antes de que las autoridades de la provincia, de la diócesis y del reino voláran en socorro de sus consternados habitantes, se habian distinguido socorriendo y consolando, además de las personas nombradas, D. Vicente Ferrús y D. José Soriano, que á pesar de los aguaceros y de las dificultades de los caminos, fueron el primero á Tabernes de Valldigna y el segundo á la posesion de



Aigües-vives, en demanda de socorros; los tenientes de alcalde, que secundaron fielmente las disposiciones de su digno presidente y la Excma. Sra. marquesa viuda de Montortal, que con sus hijas dió nuevas pruebas de sus elevados sentimientos, y grandeza de alma, tan acrisolada ya por los terribles golpes con que la muerte ha herido una y otra vez esa familia, modelo de caballeridad y de virtud.

D. Juan Bautista Sanz, desde Játiva, y los alcaldes de Tabernes, de Simat y de Gandia se apresuraron á enviar víveres en abundancia, y D. Federico Trenor les decia en un telégrama desde Benifayó: «dispongan ustedes de mi bolsillo cuanto necesiten.» A su auxilio volaron tambien ansiosos los señores Plá y Crespí, dignos diputados provinciales del partido. D. Augusto Belda remitió desde Aigües-vives veinte arrobas de aceite; recibiendo Carcagente la visita de los diputados señores Bou, Vallier y los referidos señores Plá y Crespí, además de D. Rosario Rubio, teniente de alcalde de la capital, á quien siguió una seccion de bomberos, dirigidos por el señor Prat.

En la villa prestaron auxilios importantes los maestros de obras D. Vicente Martinez y D. Francisco Vives, y D. Pascual Vernich, con un hijo de éste y otro del Martinez, el regidor D. Domingo Ar-



bona y D. Clemente Soriano, D. Bernardo Gomis, D. Juan Bautista Vernich, D. Pablo Vernich, y Salvador Camarena, D. Francisco Perpiñá, D. Pedro Gisbert, el regidor D. Vicente Ferrús, el maestro de instruccion primaria D. Rosendo Pastor, el notario D. Carlos Maseros, y el secretario del ayuntamiento D. Juan Bautista Cogollos; nombres todos que se deben recomendar á la gratitud de sus conciudadanos, para egemplo de los venideros.

Terminaremos el cuadro de Carcagente, consiguando una circunstancia que no debe condenarse al olvido. La tempestad y la inundacion sorprendieron en la villa á dos italianos transeuntes. Sin relaciones, en tierra estraña, y huyendo de la devastacion impetraron la proteccion de la autoridad local en las horas de gran peligro y el alcalde los alojó en su casa, donde pasaron la tormenta, y llevándose despues una eterna memoria de la calamidad sufrida y de la hospitalidad recibida en aquella noche aciaga.







## ALCIRA.

---

CASI hundida en un bosque de moreras y árboles altísimos se levanta una masa compacta de edificios que dominan algunas torres, y flaquean viejas murallas. Esa es la villa de Alcira; esa es la antigua *Sucro*. No solo en la geografía, sino en la historia también tiene su lugar la ciudad de *Sucro*. Lucio Floro nos ha dejado pintada la famosa batalla que se dió enfrente de la población por Pompeyo, Metelo y Sertorio: nombres que os recuerdan la época mas



gigantesca de los fastos consulares. Vinieron, dice, á las manos los mismos generales: *primi duces comminus experti*, y se batieron unos y otros con tal obstinacion y bizarría, que quedó indecisa la victoria, sin que pudiera asegurarse quién sufrió pérdida mayor. *Apud Sucronem æquavere clades*, dice lacónica pero terriblemente Polybio.

Apiano Alejandrino, en el libro primero de las *guerras civiles*, habla positivamente de la ciudad de Sucro: «Durante la primavera, dice, renovaron la campaña Metelo y Pompeyo, bajando de los montes Pirineos, donde habian invernado; y Sertorio y Perpenna avanzaron desde la Lusitania. Diéronse una gran batalla junto á la ciudad, llamada *Sucro peripolin he onoma Sucron*; y aunque estaba el cielo sereno, se oyeron grandes truenos y brillaron muchos relámpagos, sin aterrar á los veteranos. En el lado opuesto de la batalla, Sertorio desbarató á Pompeyo, á quien hirió gravemente en un muslo; de modo que no se pudo decir quién fue el vencedor de los dos egércitos. De allí á pocos dias se batieron delante de Sagunto, desde el medio dia hasta la noche, en el año 679 de la fundacion de Roma.

Séneca refiere en su libro de *Beneficiis* un diálogo entre César y un veterano.

—¿Te acuerdas, César, decia el soldado, que



cerca de Sucro padeciste una torcedura ó recalcon en el pie? *Meminisceris, imperator, in Hispania talum te torsisse circa Sucronem?* ¿Te acuerdas que sentado debajo de un árbol, cuya sombra no era bastante á aliviar el mucho calor que padecias, y no teniendo otro asiento, que una peña, un camarada tuyo te tendió su manto?

—Me acuerdo muy bien, respondió César, y tengo tambien presente, que teniendo gran sed y no pudiendo ir á pie á una fuente vecina, un soldado intrépido y libre me trajo agua en el casco.

—¿Conocerias á aquel soldado? preguntó el veterano.

César se detuvo y el veterano, añadió:

—No extraño que no me conozcas. Entonces no estaba tan estropeado; pero en la batalla de Munda (Mérida) perdí un ojo; y los huesos de mi cabeza podrían contarse uno por uno: y el casco que te sirvió de taza, no está para que le conozcas.

¿Os place este diálogo entre dos valientes? Yo le encuentro un sabor homérico y de tanta elevacion, como las hazañas del pueblo rey.

En Sucro, que era una *mansion* romana, se insurreccionaron las cohortes, que Scipion habia dejado alli, por haber cundido en sus filas la noticia de la muerte de su general en Cartagena.



Las guerras de Sertorio despoblaron esta ciudad; y Plinio la halló todavía en este estado de decadencia. Sucro era una de las mansiones, según se ve esculpido en los tres vasos de plata, que se hallaron en el año 1852 en Vicarello, cerca del lago Bracciano, en las célebres aguas Apolinares.

De *Saguntum* (Murviedro) á *Valentia*; de *Valentia* á *Sucronem*, y así sucesivamente hasta Carlonia.

Los vándalos la destruyeron en su paso á la Andalucía; y los árabes la conquistaron en 718 llamándola Al-Djezich y la poseyeron hasta que el rey Don Jaime I de Aragón la conquistó en 31 de Diciembre de 1243, y gozó el privilegio de mero y mixto imperio en los cuarenta y dos pueblos de su demarcación.

Durante la edad media, Alcira figuró en todos los grandes acontecimientos políticos del reino; pero se distinguió mucho más en la famosa guerra civil, llamada de la Germanía, desde 1519 á 1523. Los habitantes de Alcira celebraron largas conferencias con el cardenal Adriano de Utrech, maestro de Carlos I; resistieron á los imperiales, mandados por Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito; ayudaron á los plebeyos de Valencia en la toma de Corbera, en la batalla de Gandia, en la de Bellús, y á los de Játiva en la heroica defensa de esta ciudad, contribu-



yendo á conseguir una capitulacion tan honrosa para los agermanados , como digna del grande emperador Don Carlos.

La poblacion , sin incluir su populoso arrabal de San Agustin , forma una isla , ceñida por los dos brazos en que se divide el Júcar , á quien atraviesan dos puentes. El llamado de San Gregorio , que es el primero , descansa sobre cuatro arcos apuntados , anteriores al siglo XV ; y el de San Agustin , sobre dos arcos de medio círculo , del siglo XVI , que comunica la villa con el arrabal. Las calles son estrechas y largas y sus catorce mil y un habitantes , se hacinan , digámoslo así , en sus dos mil doscientas quince casas , escluyendo las doscientas nueve de la huerta.

La iglesia parroquial de Santa María fue construida por el rey D. Jaime en 1244 , su fachada mas moderna es de orden dórico. La de San Juan Bautista es tambien del siglo XIV.

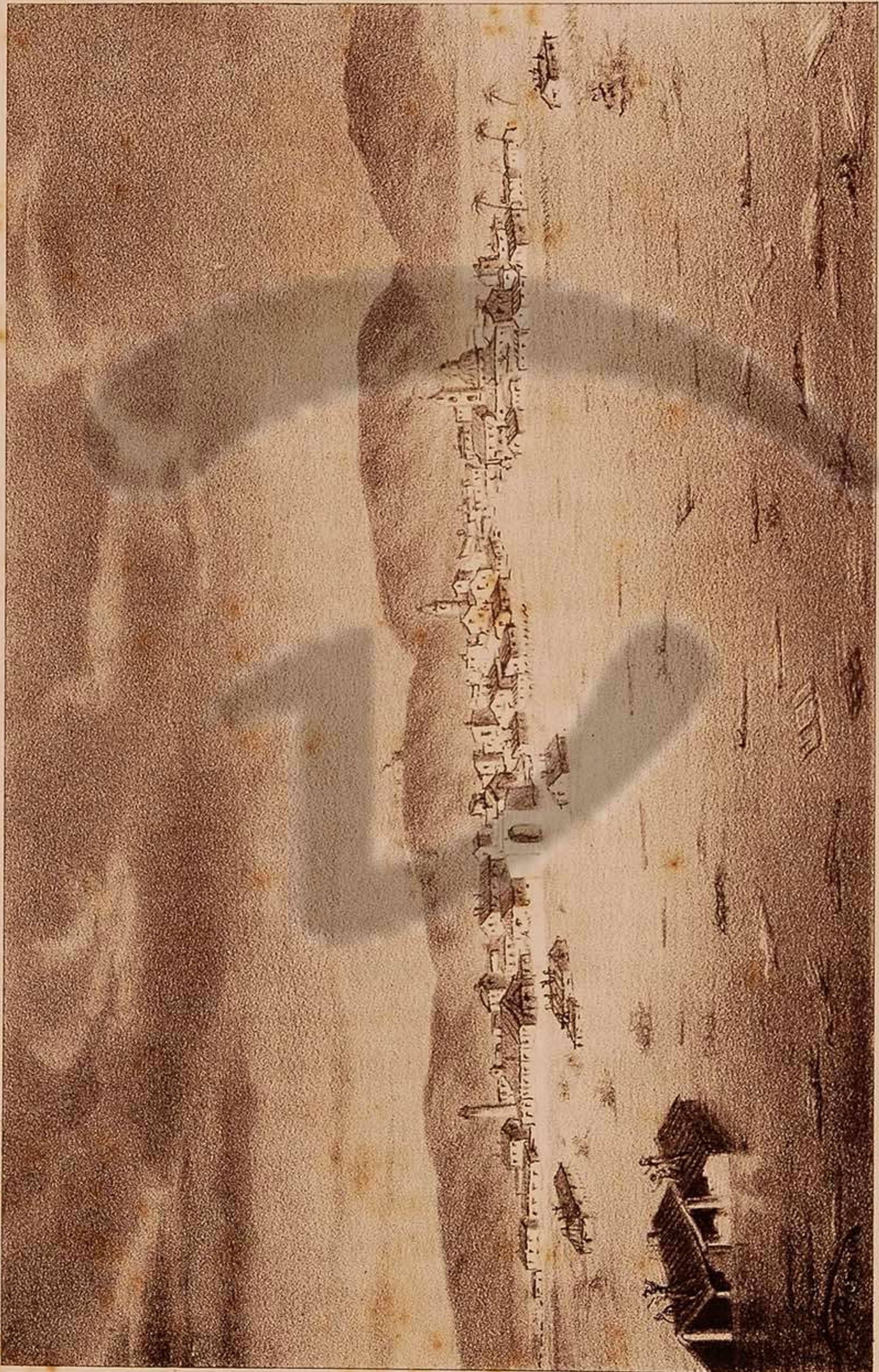
En Alcira se tiene en gran veneracion la memoria de los Santos hermanos Bernardo , María y Gracia , árabes de nacimiento , y que abrazaron la religion cristiana , sufriendo por ello el martirio en su pueblo natal , que ya no existe , llamado Pintarrafes , en el año 1180.

Conservando sus antiguos y venerandos recuer-



dos, orgullosa con la inmensa riqueza agrícola, que la daba una existencia envidiable, y dominando desde el centro del Júcar una zona floreciente y espléndida por sus inmensas cosechas, continuaba la rica y populosa villa de Alcira su camino de prosperidad y de opulencia en la noche del 2 de Noviembre. Pero, como en toda la comarca que acabamos de recorrer entre escombros y devastacion, amaneció también la mañana del 3 con algunas nieblas, que fueron condensándose hasta el extremo de cubrir por la tarde su dilatado horizonte, ostentando en todas partes inmensas masas de nubes. La noche cerró oscura, húmeda, amenazadora; y á las once de la noche el viento huracanado, arrojando copiosa lluvia, anunció la gran tempestad, que tantos estragos debia producir, en cien puntos á la vez. La tormenta, con ligeros intervalos, continuó rugiendo furiosamente todo el dia y la noche del 4, obligando á los habitantes á encerrarse en sus casas, para escuchar el fragor del huracan, y el rugido del Júcar, cuyas corrientes se precipitaban ya, abrazando con sus dos profundos brazos toda la isla, inundando con violencia la parte baja de la poblacion. A las nueve las aguas se elevaban á la altura de diez palmos, que subieron por fin hasta veinticuatro, sosteniéndose así hasta las dos de la mañana del 5, en que se empezó á notar su





Lit. V. Alegre.

Vista general de Alcira durante la inundacion,  
en la madrugada del 5 de Noviembre de 1864.







descenso, retirándose por la tarde, pero dejando en las calles cerca de cuatro palmos de cenagoso fango, que subsistió por espacio de muchos días.

En las cinco horas del mayor descenso de la avenida, la villa presentaba un aspecto horroroso. Cruzaba sus calles una rápida corriente, que arrastraba en su curso impetuoso madera, muebles y artículos de comercio; donde quiera aterraba el mas profundo y angustioso silencio, que únicamente interrumpia el rumor de las corrientes, que se estrellaban contra los ángulos de los edificios; el silbido del viento, el murmullo del Júcar, el choque de los objetos flotantes contra los edificios, los golpes, que rechinaban aquí y allá para practicar las comunicaciones en el interior de las casas, y salvarse de este modo los afligidos habitantes que huían aterrados del derrumbamiento de sus hogares; los ecos lastimeros de los que pedían socorro desde el fondo de las ruinas; los roncós berridos de 1.200 caballos espantados por el peligro y el abandono; el bramido aterrador de 80 bueyes y el áspero gruñido de 400 cerdos que dejaban de existir: en tanto que el Júcar, como ahogando la isla, continuaba furioso, y arrojado de su profundo álveo. A tantos sonidos lúgubres y á tanta soledad acompañaba un horrible aguacero y el incesante estampido del trueno.



La noche fue funesta, lenta, angustiosa: cada hora era un año; el tiempo parecía dormido. Era el paso de un horrible cataclismo.

Amaneció el día 5: las calles se hallaban obstruidas por caballos muertos que las aguas arrastraban ó que quedaban diseminados por ellos, al paso que los vecinos contemplaban en el silencio del espanto los desastres ocurridos y la desaparición de sus fortunas. En estos momentos supremos no se llora, no se puede llorar; el corazón fallece, sin que se humedezcan los ojos.

Durante esta gran catástrofe debían ocurrir escenas lamentables, sucesos inesperados y hechos admirables.

A las seis de la mañana se desplomaron tres casas contiguas en la calle de la Salinería, sepultando en sus ruinas diez y seis personas; é inmediatamente los vigilantes Pedro Mondria, Francisco Verdú y Vicente García, y los paisanos Enrique Campos y José España, obedeciendo las órdenes del benemérito é infatigable juez de primera instancia D. Diego Alpañés, se arrojaron al agua con un valor indecible, y salvando su altura y sin arredrarles el justo temor de penetrar en los escombros, ni aun á la vista de los muros, que amenazaban desplomarse, estragaron seis de aquellos infelices, trasportándolos en hom-



bros á la casa próxima del juez, el cual los recibia personalmente por un balcon bajo, porque la elevacion de las aguas imposibilitaba todavia cualquiera otra entrada, asistiéndoles con cariñoso cuidado los hermanos D. Eduardo y Doña Angelina Caldés, facilitándoles estos sus propias ropas y otras que se procuró el juez, hasta que fueron visitados y curados por el médico forense D. José Estruch, debiendo seis á tanta solicitud, y á tanta caridad, la salvacion de sus dias. Los diez restantes perecieron entre las ruinas, á pesar de las diligencias que por cuatro veces practicó la autoridad judicial, para remover los escombros y salvar á aquellos desgraciados con sentimiento de todos.

Mientras esto ocurría en la calle de la Salineria, se verificaba el desplome de un edificio junto á la iglesia de San Juan, que envolviendo en su caida á trece personas, logró sacarlas el teniente de alcalde D. Salvador España, secundado por los parientes de aquellas; y tenia lugar la angustiosa situacion de una muger, que encerrándose dentro de su casa, formada solo de un piso bajo, notaba el crecimiento de las aguas, que la obligaron á colocarse sobre una silla en el último tercio de su morada, hasta que apercebidos los vecinos por los gritos que exhalaba, pidiendo socorro, acudieron en su ayuda los hermanos Cayetano



y Antonio Carreres , salvándola por un agujero , que practicaron en la pared.

En la tarde del mismo dia se encontraban nueve hombres , aislados en una casa inmediata á la márgen opuesta del rio , y dando parte al juez , se constituyó éste sin pérdida de tiempo en una torrecilla del antiguo muro, ausiliado del escribano D. Eduardo Caldés , del sargento de la Guardia civil D. Manuel Cerezo y el cabo de vigilantes Cristóbal Gimeno ; y desde ella y corriéndose por la muralla , que batia aun rudamente la avenida , logró ponerse en comunicacion con aquellos infelices , averiguando el punto mas acertado por donde podian ser socorridos , les remitió alimentos , con la única barca que existia, el intrépido dueño de ésta , José Plá , trasportándolos á la poblacion al dia siguiente.

Ocurria este incidente , cuando al mismo tiempo se hundia otro edificio en la calle Nueva, arrastrando en sus ruinas siete personas ; y á pesar de que era el punto de la villa donde las aguas conservaban mayor altura , se trasladó el juez con el escribano Caldés y el médico forense , que lograron salvar á seis , que fueron trasportados á la casa contigua del médico señor Alcon , siendo curados y asistidos generosa y caritativamente : uno solo sucumbió aquella noche ; los demás consiguieron restablecerse.



Si horrible fue la noche del 4, no lo fue menos la del 5. Los habitantes, temiendo una nueva inundacion, se refugiaron unos sobre las vacilantes techumbres de sus moradas; y otros fluctuando sobre frágiles cañizos ó sobre sus propios lechos, que las aguas arrebatában violentamente, esperaban todos la hora suprema; y en su fatiga, su insomnio y en el hambre que les atormentaba, contando cada uno un riesgo al menos sufrido, exhalaban hondos y fúnebres gemidos, que volaban al seno del Dios de la justicia y de la misericordia infinita, prestándose mútuos y heróicos socorros, en tanto que una nueva tempestad de agua y truenos estallaba sobre la villa, como si aquella fuera la hora suprema de su existencia.

La luz del dia 6 hizo ver á sus ojos toda la inmensidad del infortunio, en que habian tan rápidamente caido. Bazares sin artículos, almacenes sin mercancías, departamentos sin mobiliario ó en desordenada confusion, familias enteras ocupadas en desalojar sus viviendas de los inservibles y destrozados restos de sus fortunas, obstruidas las calles por los cadáveres de los animales que habian sucumbido, confundidos lastimosamente con objetos y enseres aplastados que arrastraron las corrientes; escasez de recursos para las clases acomodadas; carencia absoluta de ellos para la proletaria, que



asediada por el hambre agrupadamente discurrían por canales de fango; lágrimas en las mejillas de todos, la languidez, el desfallecimiento y la palidez del terror en todos los semblantes; el fatigoso anhelo de todo un pueblo, sin pan y sin hogar, que pedía salvación! Momentos horribles, en que el corazón desfallece, el valor decae, y el alma se aplasta bajo la pesadumbre de aquel cuadro, cuyas figuras se destacan escuálidas y amenazadoras, y en torno de las cuales no se descubre más que el caos. En medio de tamaño conflicto y reunidos en la plaza pública el intrépido juez Alpañés con el alcalde D. Faustino Gimenez y los regidores D. Juan Gisbert y D. Vicente Montalvá que, como hijos del pueblo, víctimas también de la catástrofe, sentían desgarrado su corazón, adoptaron prontas y eficaces medidas, para hacer frente á la penosa situación que les rodeaba. Mientras el alcalde y los referidos regidores se quedaban, pues, en la villa, dedicándose á acopiar víveres, superando cuantos obstáculos debían naturalmente ocurrir, para contrariar sus pensamientos de acrisolada caridad y energía, el juez, asociado del médico forense D. José Estruch, su sustituto D. Ramon Marco, el secretario del ayuntamiento D. Juan Redal, del joven vicario D. José Soler, el administrador de correos D. Bernardo Magraner y los





Plazuela de Casasús, despues de la inundacion.

Lit. V. Alepère.







particulares D. Carlos Arricaut, D. José Juan Valdés y D. Severino Goig, marcharon precipitadamente al arrabal, y á través del inmundo lodazal que obstruía el camino, y de las aguas cenagosas que embrazaban sus pasos, recorrieron sus calles sembradas de ruinosos y desplomados edificios, y despreciando el peligro que ofrecían los que se hundían al pasar, dirigieron sus voces de consuelo á los atribulados habitantes, dándoles seguridades de socorro y ofreciéndoles pan, que muy pronto pondrían en sus manos; persuadidos de que á la voz de la autoridad, á la invocación de una virtud que todo cristiano conoce, los labradores abrirían como abrieron sus leñeros, y los haraposos y macilentos mendigos trasladaron, casi desfallecidos, el combustible á los hornos que quedaban todavía en pie, y el panadero se aprestó con eficacia á amasar y cocer las deseadas tortas, que fueron el primer alimento de todas las clases de la sociedad de la villa. El alcaide de las cárceles Don Rafael Gomez acudió también por raciones para los pobres presos, que fueron preferentemente socorridos; y socorridas igualmente las desconsoladas monjas, que vieron rodando por sus patios hasta los objetos más venerandos y arrojadas de sus humildes lauras, por el miedo á las terribles acometidas del río, que lame sus muros.



La villa de Algemesí, regida por su celoso alcalde D. José Sanchiz, respondió tan generosa y oportunamente á la situacion de Alcira, que la historia debe consignar, para su honra, la espontaneidad con que envió sus prontos socorros á los hambrientos habitantes de la isla del Júcar. Los caminos se hallaban intransitables, la via férrea destruida, la inundacion esparciendo peligros y al través de tanto escollo, un celo verdaderamente fraternal arrolla tanto inconveniente, presentándose crecido número de hombres cargados con el pan que habian recogido en cuestacion, entregándolo á la autoridad, que lo repartia entre todos, completamente todos, pues no habia uno en Alcira que no sufriera esta tribulacion.

Los animales muertos se hallaban todavia por las calles; comenzaba su descomposicion y era preciso acudir á un mal que podia producir desastrosas consecuencias. Habia perecido casi todo el semoviente; y si violentando algunos caballos se logró sustraerles de la suerte de los demás, se resentian físicamente y apenas podian prestar el servicio menos fatigoso. Sin embargo, el patriotismo y desprendimiento de los señores Galvañon les indujo á facilitar su yunta, con la que se arrastraron y arrojaron al rio los que se veian en las plazas y calles mas públicas, completándose mas tarde esta operacion.



Los molinos habian quedado inundados y aislados de toda comunicacion. Los habitantes estaban en sus tejados implorando desesperadamente un auxilio, que difícilmente se les podia dar. Cercábales un lago cuya estension no era menos de un cuarto de hora de elevadas aguas, y no habia mas que la sola miserable canoa, que sirvió para auxiliar á otros desgraciados en la tarde del 5. Su barquero, ya en la ancianidad, sentia aun la fatiga de su pasado heróico servicio; su casa y su familia se hallaban sin recursos y separada por la avenida del resto de la poblacion. Un padecimiento físico le impedia manejar los remos, y en este estado de vacilacion, de consultas y de peligros, se acudió al juez para que procurára salvar á las personas, que demandaban socorro en los molinos. El digno funcionario judicial, cuyo nombre deja tantos recuerdos en la infortunada Alcira, se trasladó inmediatamente al lugar donde estaba amarrada la canoa, acompañado del ya citado D. Carlos Arricaut, D. José Reynot y del referido sargento de la Guardia civil, penetra hasta las aguas del rio, y manda y ruega y escita al anciano barquero, á quien logra convencer al fin, ayudándole en la nueva empresa su hijo político Bernardo Cousas, logró trasportar á los infelices molineros que debieron la vida á la eficacia de la autoridad y á los desesperados esfuerzos de un



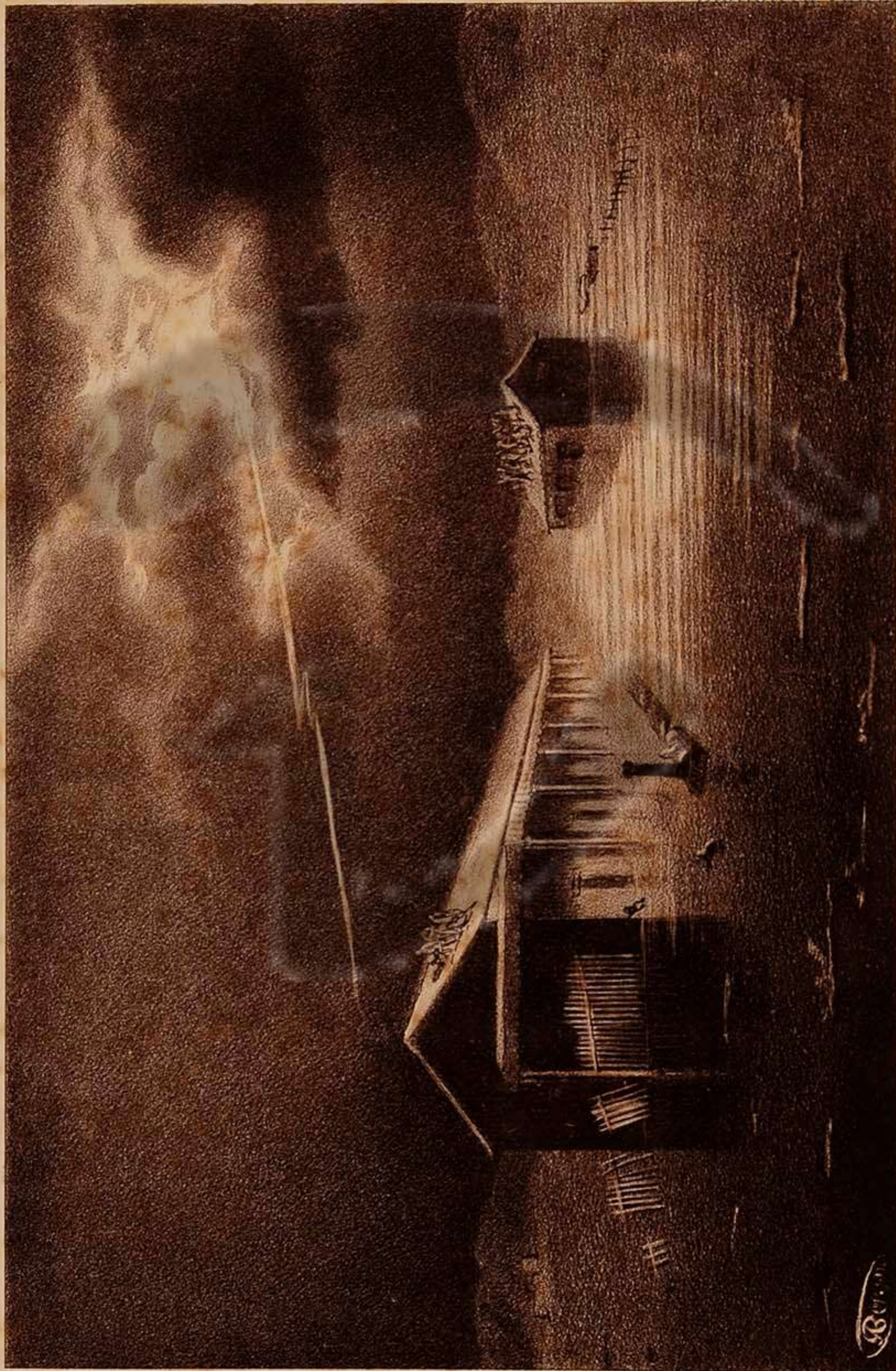
anciano, que llevaba al fin su caridad hasta el punto mas bello del heroismo.

Mientras la histórica villa, acometida por dos corrientes impetuosas, temia ser arrebatada hasta sus cimientos, sus alrededores presentaban un vasto y revuelto lago, cuya estensa superficie no revelaba el álveo del Júcar. En medio de este lago, sobre la orilla del proceloso rio, se levanta la estacion del ferro-carril, que en la tarde del 4 se vió circunvalada por las cenagosas oleadas, llegando á las seis y media á la altura de un metro.

Encontrábanse alli los empleados y varios trabajadores: cerraba la noche tempestuosa, solitaria y horrible para tantos desgraciados que, huyendo de la inundacion, hubieron de buscar un asilo sobre la cubierta del tejado, mal segura contra la violencia del Júcar, que azotaba sus muros con estridente impetuosidad. Espuestos á la lluvia, ofuscados por el brillo no interrumpido de los relámpagos, apagadas sus voces por el estruendo estrepitoso de los truenos, y los rugidos del viento, empapados en agua, aterrados por el frio, atentos á cualquier ruido extraño que indicase los desplomes del edificio, que les parecia bambolearse y hundirse, aquellos desventurados, con el corazon oprimido, pedian al tiempo que acelerára su curso, invocaban una nueva aurora: aque-

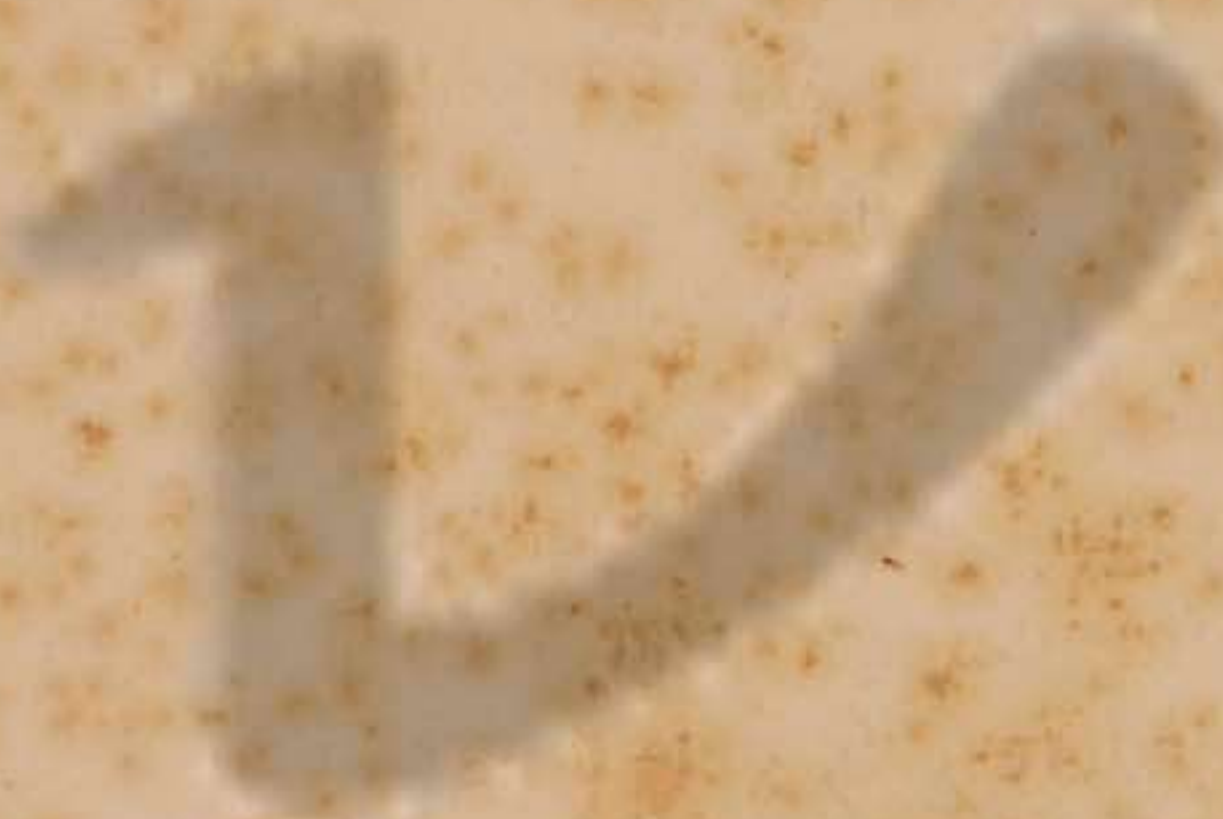


Vista de la estación y almacenes en la noche de la inundación.



ALCIRA.







llas horas de martirio eran lentas y eternas, como la opresion que aplastaba todo su valor. Asi pasaron la noche sobre la cubierta de la estacion, la del almacén y la del estrecho depósito de agua. Desde estas frágiles alturas percibian con espanto las señales con que la inmediata villa, anegada en agua, pedia socorro.

El Júcar seguia creciendo; y los desdichados solitarios contemplaban, al pálido fulgor de los relámpagos, la agitada superficie del lago, que á cada momento creian verla mucho mas cerca, mucho mas amenazadora.

Era imposible utilizar la locomotora que, á la primera noticia, habia la empresa puesto á su disposicion para que se salváran: el agua cubria la caldera de la máquina y el agua rodaba sobre la via con pasmosa velocidad.

En estos momentos de lucha, de terror y de pronta resolucion, intentaron cruzar á nado el lago algunos de los trabajadores, un gefe de tren y un telegrafista; pero solo estos dos cejaron á la vista de la inmensa lucha que debian sostener. ¡Pobres náufragos, que no veian ya salvacion en parte alguna! Los trabajadores, resueltos, empero, á salvarse y dar noticia del estado crítico de los que se quedaban, se arrojaron al agua y unas veces nadando, otras tocando apenas



con los pies los puntos mas culminantes del terreno, perdiendo casi todas sus ropas en la lucha y agotadas las fuerzas, llevaron á cabo la formidable empresa de llegar hasta Algemesí: trayecto largo, angustioso y erizado de peligros. El mayor riesgo que corrieron fue el que les ofreció el paso del rio de los Ojos, cuya corriente rápida, sinuosa y profunda opuso obstáculos, casi insuperables, á la desesperacion de su valor, que parecia moribundo. Era preciso cruzarle ó dejarse arrastrar por las aguas, para hundirse irremisiblemente en el Júcar: haciendo entonces un desesperado esfuerzo, encomendando su alma á Dios desde el fondo de sus corazones, y por caridad á sus compañeros, lanzáronse á aquel abismo de aguas, cuya rapidez era mas poderosa que sus fuerzas. Era preciso pasar á la otra banda, ó perecer. Un esfuerzo mas: el corazon palpita, los brazos redoblan su vigor, casi estenuado, y pasan y vencen y llegan á la opuesta orilla, donde las corrientes debian ser menos impetuosas, y donde esperaban encontrar alguna prominencia, para descansar un momento. Creen encontrarlo, y se apoyan; pero al instante vacila la base invisible en que descansan, y la base es arrebatada tambien. Apelan entonces á un último esfuerzo; luchan de nuevo y llegan por fin al puente de Algemesí, cubierto igualmente por



mas de dos codos de agua. Para pasarlo fue necesario tantear primero los travesaños y asegurarse bien; porque una imprudencia, una distraccion ó un mal paso, les arrojaba al abismo de aquella rambla impetuosa y formidable. Dios les conservó la vida y los dos impávidos trabajadores se aproximaron por último á Algemésí, caminando siempre por el fondo de un lago.

Sabido esto por la empresa, dispuso que dos trolecs los trasportasen inmediatamente á la capital, donde dieron cuenta de cuanto ocurría, y recibiendo toda clase de socorros y de demostraciones de la mas profunda simpatía. ¡Quiera el cielo que estos dos hombres tan bravos, como sufridos, reciban de los hombres la justa recompensa de que son muy dignos; ya que en su corazon conservarán perpétuamente el recuerdo grato de su accion heróica, protegida por Dios de una manera tan visible, como maravillosa.



LIBRARY

12



# FORTALENY, RIOLA, POLIÑÁ Y CULLERA.

---

**A**L Oeste de Alcira se extiende una llanura de media hora que termina en unos cerros, de piedra dura, caliza y blanquecina y además de marga que ocupa los huecos. Esta marga es arcillosa y roja, y abunda en el contiguo valle y barranco de la Murta (Arrayan), donde se levantan los restos del célebre Monasterio de Monges Gerónimos, que data del año 1357.



Este barranco y el inmediato de la Casella están en la parte occidental del monte de Corvera, que se extiende mas de dos horas de Oriente á Poniente. Arranca á una hora del mar, separado de los montes de Valldigna (Baad-el-Din de los árabes) por la estrecha senda del valle, y del monte de Cullera por el cauce del Júcar y mas de una legua de tierras pantanosas. Los valles de Valldigna y Aigües-vives empiezan en sus faldas meridionales y en las raices septentrionales se hallan los pueblos de Favareta, Llaurí y Corvera, habiéndose destruido otros que se llamaron Benihomet, ó Benihamet, Matada, Benihoquer, y la Alcudiola de Alfandec. La base de dicho monte tiene su mayor anchura enfrente de Corvera, donde forma una curva hácia el Norte: su cumbre es alta, desigual y erizada de picos; su naturaleza es caliza y en muchos puntos se observan los restos de grandes trastornos. Segun una relacion impresa en 1784, ocurrió en la noche del 24 al 25 de Noviembre de 1783 una tempestad furiosa, acompañada de truenos, relámpagos y rayos, y una lluvia tan copiosa, que escedió á cuantas se habian experimentado hasta entonces y continuó por espacio casi de dos meses y medio. Con este motivo fueron frecuentes y terribles las inundaciones del Júcar, cuando el dia 26 apareció el monte hundido en varias partes. Solo



quedó intacta la cumbre, que se eleva á unos mil palmos sobre el nivel del mar, y en todas sus vertientes se notaron grietas, aberturas, cavernas y hundimientos. La porcion aplastada en la parte septentrional del monte presenta una superficie de 190 hanegadas de tierra, con la circunstancia de que casi todas las grietas ó aberturas siguen la direccion de Norte á Sur. Al verificarse este cataclismo salia marga líquida de los cimientos del monte. En siglos remotos pudieron ocurrir iguales fenómenos ó convulsiones violentas que alteraron la forma primitiva: los bancos, situados en el sitio llamado Pas del Pobre, forman con el horizonte un ángulo de  $45^{\circ}$ , y todo aquel terreno está sembrado de picos, escombros y quebradas sin orden, sin paralelismo, y no pocas veces sin cohesion.

Hay varias sendas para pasar desde la Murta á los valles y pueblos vecinos; por una de ellas, dirigiéndose al Norte, se llega en poco tiempo á Corvera. Desde lo alto del cerro que media entre el Monasterio y la villa, se descubre un castillo sobre una loma y mas allá la llanura en donde están Fortaleny ó Fortalén, Riola y Poliñá que, con la espresada villa, constituyen lo que en el pais se llama la «Villa y Honor de Corvera,» célebre en la historia de la Germania. El Júcar atraviesa la llanura que se estiende



entre los montes de Cullera y Corvera, y la en que se asientan los pueblos de Fortaleny, Riola y Poliñá, víctimas también de la presente inundación.

A pesar de que la inundación del Júcar cubrió los términos de estos pueblos, devastándolos considerablemente, no produjo sin embargo dentro de las localidades los estragos que eran de temer. Solo en Fortaleny se habían desplomado dos edificios, y amenazaron ruina otros más; sucediendo lo mismo en los demás pueblos.

No sucedía así en la villa de Cullera, la antigua Celerí, situada cerca de la desembocadura del Júcar. El funesto día 4 se anunció también para este numeroso pueblo con un viento huracanado y una lluvia incesante y copiosa, que continuó hasta el anochecer. Al cerrar la noche, estalló con más violencia la tempestad de truenos y de relámpagos, ocasionando la descomposición y rotura de los faroles del alumbrado público. A las ocho se notó ya el crecimiento del Júcar, que lame la bella población, haciendo temer la desaparición del pobre puente de estacas de madera que sirve al paso de los vecinos, aunque se habían dictado todas las medidas que se juzgaron necesarias, para evitar un siniestro, cuando el caudaloso río, saltando el nivel ordinario de sus crecientes y más impetuoso cada



minuto, siendo como la una de la madrugada, principió á inundar la poblacion con una asombrosa rapidez, á cuya hora, la autoridad local por medio de bando ó pregon, advirtió á los habitantes, ya recelosos, el peligro que les amagaba y la obligacion que les imponia de iluminar los edificios, como en los dias mas solemnes.

Esta oportuna medida produjo escelentes resultados; porque apenas acababa de publicarse, el Júcar inundaba rápida y violentamente las tres cuartas partes de la localidad; la multitud de luces, espuestas en los balcones, ventanas y azoteas demostró que todos los vecinos se hallaban vigilantes y prevenidos, dispuestos á protegerse mutuamente en el espantoso cataclismo, que todos creian amagaba su existencia.

Al momento, y con un órden admirable, se procedió á salvar en la parte mas baja de la villa las personas y el ganado de labor, que corrian mayor peligro, á favor de algunos instantes de calma, en que cayó el viento, recorriendo los activos moradores las plazas y las calles, unos con agua hasta los pechos, y otros en pequeños botes y lanchas, socorriendo á los que por cariño, ó por amor, ó por deber, necesitaban ponerse en salvo. Si la noche no hubiera sido tan horrible, si el rio no rodara rugiendo con impetuosas oleadas, la villa de Cullera hubiera



contemplado en sus casas iluminadas, en sus lanchas, iluminadas tambien, y en el agua que convertia las calles en largos y profundos canales, una copia de la poética y deliciosa Venecia. Pero el rio crecia: en muchos puntos subia á la altura de cinco palmos, arrastrando por aquellos canales muebles y efectos, piezas de madera y caballerías sin guia. Este espectáculo aumenta la confusion: los botes no bastan á salvar los vecinos amenazados; y los que se habian refugiado en las faldas del monte contiguo eran testigos del crecimiento de las aguas. Una voz, salida de todos los corazones, voz unánime, voz inmensa, pide con instancia que se baje á la villa la veneranda imágen de la Virgen del Castillo. A las dos de la mañana del dia 5, bajo la presidencia de la autoridad, con el clero y la muchedumbre de fieles, unos con linternas, otros con hachas de viento, bajaron devotamente la imágen. Aquella larga procesion de luces, que parecian flotar sobre la sombra oscura del monte, descendiendo de la cumbre, donde está el santuario, tenia mucho de religioso, no poco de poético, y algo de fantástico. Una hora despues bajaban ya las aguas y á las tres de la tarde habia el Júcar vuelto á su primitivo álveo.

Los bellísimos y estensos campos de Cullera quedaron devastados; mucha parte de la corriente del



Júcar se precipitó hácia la Albufera, formando un inmenso lago; y al desembocar en el Mediterráneo, acumuló tantos destrozos en las bocas de este Delta, que por de pronto quedó el rio inaccesible para los buques de algun porte. Afortunadamente no hubo que lamentar desgracia alguna en aquella hermosa villa; si bien fueron inmensos los daños causados en los campos de su término.



LIBRERIA DE ALBAIDA

12



## VALLE DE ALBAIDA.



LA inundacion, cuyos estragos venimos enumerando, no se ciñó á las cuencas del Júcar y de sus afluentes; sino que estendió tambien sus estragos á otros puntos de la provincia, y entre otros al rico y magnífico Valle de Albaida. En la noche del 3 y todo el dia 4, fue tan inmensa, tan larga y tan destructora la lluvia que cayó sobre aquel valle pintoresco, que las aguas precipitándose desde las cumbres de



las sierras inmediatas y rodando sobre el terreno sumamente escalonado, formaban grandes é imponentes cascadas, que arrollaron en su impetuosa caída árboles, plantaciones, márgenes y masas grandes de tierra, dejando doquiera piras de piedra y escombros de las montañas. El valle presentaba una estensa laguna, pero cuya superficie era agitada por una violencia increíble, que inundó y destruyó los hogares y los campos de Alfarrasí, Montaverner, Bufalí y otros muchos pueblos. Las corrientes arrebataron los edificios inmediatos á los barrancos y á los riachuelos, entonces grandes é impetuosos. El día amaneció nevando; el valle ofrecía el aspecto de un paisaje del Norte.

En algunos puntos se abrieron profundas simas, de tal modo que el terreno parecía haber sufrido una horrible convulsion, como si hubiera sido conmovido por un violento terremoto.

El pueblo de Alfarrasí se inundó en su parte mas baja hasta los primeros pisos de los edificios: inundáronse las bodegas; cubas y toneles flotaban sobre las aguas; los animales de labranza y de corral y los muebles de las casas invadidas nadaron, como en un inmenso estanque; se resintieron los edificios; hundiéronse las tapias de los corrales, y una casa se derrumbó del todo, salvando milagrosamente



á sus vecinos. Una pobre muger, con un niño de cinco meses que alimentaba á sus pechos, pudo refugiarse sobre una morera que existe en su corral y allí contó largas horas de terror y de agonía.

Mayores fueron las desgracias ocurridas en la Ollería. La lluvia, semejante á un diluvio, convirtió bien pronto sus plazas y calles en profundos charcos, que los vecinos cruzaban aterrados, cuando, acompañado de un horrible fragor, se desplomó una casa de la calle de la Virgen de Loreto, sepultando entre sus ruinas á Francisco Mompó, fabricante de aguardiente y á su madrastra, que vivía en su compañía. Al momento acudieron los vecinos, y con ellos la Guardia civil, cuyo cabo Cristóbal Llorens, se espuso á los mayores peligros, para salvar á los demás, ayudando á sacudir los escombros en busca de los desgraciados. Todo fue en vano: solo se salvaron dos caballerías; todo lo demás había perecido.

Las corrientes desplomaron hasta sus cimientos dos de las mejores fábricas de aguardiente, situadas junto al barranco de los Capuchinos; otra quedó casi arruinada. El puente nuevo que cruzaba este barranco, lo mismo que el que existía sobre el barranco del canal, fueron derrumbados; arrancado el arbolado; inutilizados los campos; anegadas las bo-



degas, cuyos caldos se perdieron y hundidas otras con inmensos perjuicios. *Luctus ubique pavor et pallida mortis imago.*



# LA CARIDAD Y LA AUTORIDAD.

---

VALENCIA se estremeció al recibir en la tarde del día 4 las primeras noticias de la inundación; Valencia se cubrió de luto, y desde el fondo de todos los corazones, desde los espléndidos salones de los palacios y desde el triste hogar del proletario, se exhaló un gemido, se envió un suspiro á los desgraciados, y en nombre de todos se aprestó la caridad á hacer una pronta y espontánea demostración de



sus consuelos. Los partes telegráficos anunciaron que el temporal habia roto la via férrea y línea telegráfica entre Venta de la Encina y Játiva; y que la estacion de esta ciudad se hallaba rodeada de un lago. En la misma tarde se supo que la avenida acababa de arrastrar dos estribos del gran puente del ferro-carril de Montesa, arrebatando el bastidor de hierro, sufriendo igual suerte el puente del rio Albaida y el del Toll, cerca de Alcudia.

A las cinco y media avisaban de Alcira que el Júcar crecia extraordinariamente y habia ya un pié de agua sobre la via, que en aquel punto está muy elevada. A las seis subia el agua un metro sobre los carriles y la estacion estaba en peligro, perdiendo los trabajadores la esperanza de recibir eficaces y pronto auxilios.

En la madrugada del 5 se recibió la noticia de que el barranco de Chiva se habia desbordado, inundando el pueblo de Catarroja y destruyendo el terraplen de la via. Toda la puebla de barracas que forman gran parte de aquella villa, habia sido destruida ó amenazaba ruina. Aun en las sombras de la noche habian sido estraídos sus infortunados moradores por el valor de sus convecinos, á pesar de que habia dos metros de agua en las barracas, que hasta el número de 170 quedaban desplomadas.



Al rumor de tan espantosas noticias no hubo un solo valenciano que, afectado profundamente, no se apresurara á ofrecer su concurso, para acudir á tanta calamidad.

Autoridades, corporaciones, sociedades, particulares de todas categorías, de varia representacion y de estado diferente, todos, todos adunados, conformes, entristecidos é impulsados por la caridad, sin necesidad de escitacion alguna, se ofrecieron, con sus personas, con sus recursos, para tener la dicha de responder á cada lágrima con un consuelo, á cada necesidad con una prueba de desprendimiento.

Dirigia el gobierno de la provincia el Escelentísimo Sr. D. Celestino Mas y Abad, cuyo nombre, ceñido de espléndida aureola por la gloria de los sacrificios, del desinterés, de la actividad y del génio, se destaca luminoso en el sombrío cuadro de la inundacion, que envuelve en sus turbias ondas cadáveres y ruinas, veladas por un cielo tempestuoso y dos dias de furiosa tempestad. Al presentar por primera vez la figura de la autoridad civil de la provincia, como la de la eclesiástica y militar, y de los padres de la misma provincia, buscamos en nuestra lengua una frase digna, para dirigirla en su obsequio, sin temor de que se envilezca con el hálito nauseabundo de la adulacion, y no la encontramos por desgracia;



pero si falta la palabra, tenemos la satisfaccion de hallar en el fondo del corazon agradecido y cristiano, otra palabra que llega al cielo, su patria, que inclina la misericordia, que baja á los calabozos, que sube á los cadalsos, que sonríe en la mirada del mártir, que brilla en los lábios del confesor, que eleva al cristianismo hasta el trono de su divino origen, y esta palabra, que es en fin, la palabra sagrada de nuestra creencia, no era otra cosa que la inspiracion de la caridad, que brilló en todos los hechos de nuestras autoridades de todas clases, y en las obras todas del pueblo de Valencia.

Gobernaba esta vasta diócesis el Escelest simo   Ilustrísimo Sr. Dr. D. Mariano Barrio y Fernandez, activo como un misionero, incansable como un apóstol, y dotado de una ternura de alma, que tan bien aparece en los lábios de un príncipe de la Iglesia.

Y mandaba las armas del distrito el Escelest simo Sr. D. Juan de Lara, teniente general del egército, que si en los campos de batalla ha sido un gran soldado, ha sabido en tiempo de paz conciliar la severidad militar con la galante cortesana  de un cumplido caballero.

El cronista de Valencia envia   todos y   cada uno de los distinguidos individuos de la Excma. Diputacion Provincial la espresion de su respeto, de su



reconocimiento y de su cariño en nombre de los pueblos afligidos, de la capital satisfecha de su noble comportamiento y de la historia en fin, que consignará en sus páginas un lugar distinguido para sus merecimientos.

Bendicion á todos, grandes y pequeños, que han contribuido á mostrar de una vez que España es digna de su hidalguía, de su heroismo y de su renombre y que Valencia, sin distincion de clases ni de opiniones, ha hecho lo que su corazon dictaba, cuanto la caridad podia exigir de los mortales y cuanto el deber le prescribia.

El señor gobernador de la provincia, afectado hondamente porque durante su mando habia venido á ser testigo de tan estraña é inesperada catástrofe; pero dotado de gran fuerza de voluntad, y de esa serenidad admirable que dá el verdadero valor, despues de haber comunicado al gobierno supremo la horrible desgracia que pesaba sobre la zona mas bella y productora de la provincia, y recibido del gobierno las mayores seguridades de apoyar cuantas disposiciones adoptára para ocurrir á la catástrofe, como asi lo manifestaba en nombre de S. M., salió el dia 5 en direccion á Catarroja, que era el pueblo mas inmediato, que lamentaba la calamidad, la cual arreciaba aun en aquel dia. Su presencia, su palabra, las medidas



adoptadas en el acto, su visita al sitio de las desgracias, alentaron á aquellos habitantes, que veían brillar la luz de la esperanza.

Desde Catarroja intentó pasar mas allá de Silla; pero no siendo entonces posible cruzar la sábana de agua y fango que se estendia hasta Algemesí, regresó la misma noche á la capital, donde dictó nuevas é importantes providencias. Al dia siguiente, por la mañana, volvió á salir, consiguiendo llegar hasta Algemesí, acompañándole diferentes gefes y funcionarios, para acudir á las necesidades que reclamára el servicio en aquellas azarosas circunstancias (1).

Hasta Catarroja marcharon en un tren especial, y por el mal estado de la via siguieron en un trolec y grandes trozos á pie, por medio de intran-sitables cenagales, con un viento frio y un dia nebuloso, hasta Algemesí, adonde llegaron de una á

---

(1) Hé aquí los nombres de las personas que compartieron con el señor gobernador las fatigas de esta terrible espedicion.

D. Fermin de Santa María, gefe de la Seccion de Fomento.

D. Mateo Berges, comandante de la Guardia civil.

D. Bernabé García Navascués, idem de la compañía de Fusileros.

D. Rafael Subercase, director de Telégrafos.

D. Manuel Denis de Leon, inspector 1.º del ferro-carril.

D. Vicente Campos, idem 3.º idem.

D. Alejandro Cerdá, ingeniero de obras públicas.

D. Pascual Pardo, ayudante de obras públicas.

D. Antonino Sancho, arquitecto provincial.

D. Antonio Vizcaino, inspector de vigilancia.

D. Eduardo Borgoñó, escribiente del gobierno de provincia.

D. Fulgencio Roman, vigilante del ferro-carril.



dos de la tarde. El gobernador, dando el ejemplo de sufrimiento, de impavidez y de tranquilidad, cruzó el estenso trayecto que acabamos de marcar, marchando á pie con fango y agua hasta las rodillas, y presentando todos el aspecto de aquellos osados viajeros que, por amor á la ciencia, iban á estudiar en las regiones pantanosas de la América, del Africa central, del Asia y de la Nueva Holanda.

Con el afán de llegar á Alcira, solo se detuvieron en Algemesí el tiempo suficiente para tomar una frugal refacción, continuando en seguida su marcha con inminentes riesgos, por el amenazador estado del camino. Hollando un terreno blando, esponjoso, é inundado, cada paso ofrecía un incidente; pero la serenidad del gobernador, su aspecto tranquilo y su conversacion indiferente llenaba de asombro á los mismos fusileros y guardias, avezados á una existencia ruda y erizada de peligros.

A medida que se aproximaban á Alcira, se aumentaban los obstáculos: el campo presentaba el horroroso aspecto de una laguna de cieno, en el que se habian borrado los lindes de las propiedades, los árboles inclinados mostraban en sus copas penachos hirsutos de paja y cieno depositados por las corrientes; la via interrumpida por troncos, pajares y demás objetos arrastrados por las aguas; ni un sér



viviente, ni una voz humana en aquella soledad, cubierta por un cielo oscuro y besado por un viento frío y húmedo, que penetraba hasta los huesos.

Bien pronto se animó este cuadro sombrío, no con las figuras bulliciosas de la vida, de la actividad y de la alegría, sino con los grupos escuálidos de los que llegaban, huyendo de la isla. El gobernador y cuantos le seguían quedaron atónitos á la vista de aquellos seres hambrientos, desesperados, aterrados, llenos de lodo, rotos los vestidos, y con voz ahogada por el espanto, por el insomnio y por el hambre.

Oprimido el ánimo y casi cediendo á la fatiga, llegó el gobernador con los de su acostamiento al punto en que afluye á la vía férrea el camino de Alcira, y allí se le presentó otra escena, no menos desgarradora. El Sr. Alpañés, juez del partido, á quien hemos visto vigilar por la villa en las largas horas de la calamidad, el alcalde é individuos del ayuntamiento, con algunos vecinos, esperaban allí á la autoridad superior. Apenas podía reconocérseles como formas humanas, porque el lodo cubría sus miembros de tal modo, que no se distinguían los trages, y á la demacración del rostro venía unida la ilusión de que eran unos espectros. Gran peligro habían afrontado para llegar hasta allí; y el



mismo peligro tenia que desafiar el Sr. Mas y Abad con los suyos para penetrar en Alcira. Separábales de la poblacion una laguna de fango cenagoso, en la que se hundian las personas hasta la cintura, ocultando las desigualdades del fondo. Era una verdadera temeridad avanzar; pero el digno gobernador habia resuelto entrar en Alcira ó perecer, é hizo la señal de seguir adelante. No vaciló ninguno de los que le acompañaban, y todos afrontaron el comun peligro con ánimo esforzado. Caia ya la noche, aumentando el espanto de cuadro tan lúgubre, cuando el gobernador y su comitiva llegaban al puente de Alcira. La avenida habia arrastrado sus barandas, y el rio cubriendo todavía los arcos, se deslizaba por el piso del puente, y lo cubria con sus aguas. Un paso mal dado, una inclinacion á derecha ó izquierda conducia á cualquier desgraciado á un abismo de agua turbia é impetuosa corriente. Y cruzaron el puente, y avanzando entre montes de fango hacinados entre el rio y la muralla, penetraron en la poblacion. ¡Qué soledad! ¡qué desolacion! ¡cuánto oprimió al alma la primera impresion de aquel espectáculo desolador! Antes de entrar, y á la vista de grandes despojos, que las aguas habian acumulado al pie de la muralla, comprendieron lo que debia suceder en el interior de la isla.



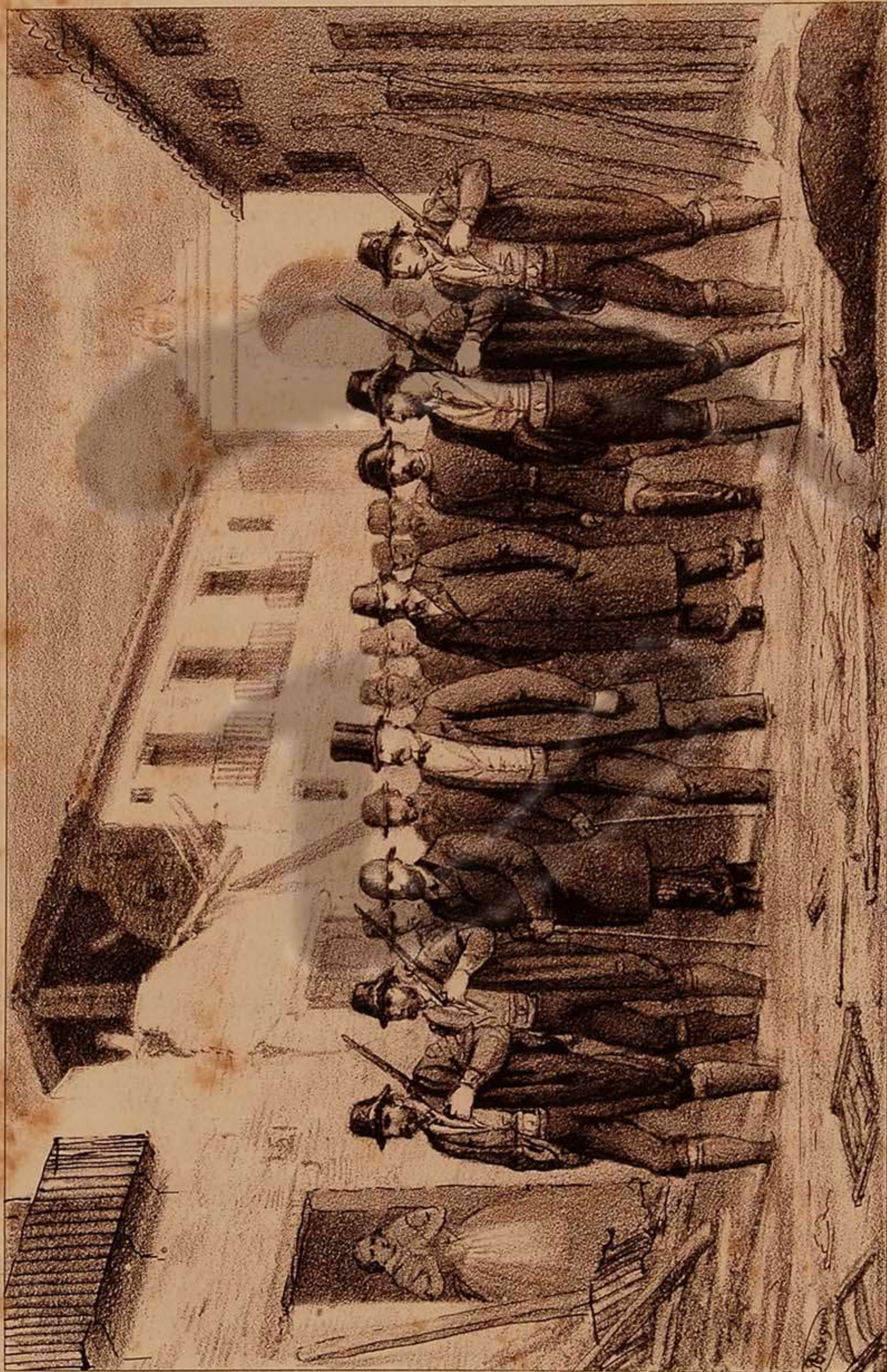
Cruzando por una casa, penetraron en las calles mas elevadas, sumidas en la mas profunda é imponente soledad, cubiertas todas por una gruesa capa de agua fangosa, que ocultaba pozos y hundimientos de los que se salvaron milagrosamente, y saltando por encima de animales muertos y objetos destrozados, llegaron todos, cerrada ya la noche, á la antigua é histórica casa de la villa, donde pudo enterarse el intrépido gobernador de la estension de la catástrofe. A sus oidos podia llegar todavia el fragor de los edificios que se derrumbaban sucesivamente; y sus ojos descubrieron tambien las señales de la inundacion, marcadas en los primeros pisos, y mucho mas en las casas situadas en los puntos mas bajos. Revueltos y despedazados yacian en el fango los cadáveres de los animales, los muebles y los enseres domésticos, que habian quedado sumidos en aquellos canales desprendidos de un mar del cieno.

La villa estaba triste, silenciosa, fúnebre, como si hubiera pasado sobre ella el ángel del esterminio: todo era imponente; el cielo, el campo, el pueblo, el rio, lo pasado y lo porvenir.

Reunidos el señor gobernador y las personas que le acompañaban, con el juzgado y el ayuntamiento en el vasto salon municipal, cuyo artesonado recuerda las prolijas labores del siglo XIV, y alumbrados por



Lit. V. Alegre



Entrada del Gobernador de la provincia en la villa de Alcira.







la luz mezquina de algunas velas de sebo, presentaba un cuadro tan fantástico como espantoso. Bajo aquella techumbre venerable, que habia sido testigo de las Juntas de la Germania, y al pie de aquellos muros, donde el pincel ha delineado los hechos mas gloriosos de Alcira, y en presencia de aquellos fatigados habitantes, en cuyos rostos se descubrian las huellas de su pasada lucha, se propusieron, discutieron y aprobaron los medios de acudir á las mas apremiantes circunstancias, reanimando el señor gobernador con su palabra resuelta, franca y persuasiva el espíritu decaído de aquellas pobres gentes, que parecian abrumadas por el peso de la catástrofe, hasta el punto de haber perdido la sensibilidad. Era la indiferencia horrible, que sigue á la desesperada lucha contra un inmenso peligro; era el silencio, que sucede á las grandes sensaciones morales. El gobernador, identificándose con ellos, sintiendo como ellos, sufriendo como ellos, y olvidando su familia, su comodidad, y su bienestar, procuró levantar los espíritus abatidos, llenar de esperanzas los corazones vacios y secos por el sufrimiento, y señalar no muy lejano el esplendor de la esperanza, que les mostraba con fe, con benevolencia, con cariño paternal. Era la autoridad benéfica, que acude á las desgracias públicas, el genio pro-



tector de los pueblos, el padre, el amigo y el hermano de los desgraciados (1).

Como la primera necesidad era acallar el hambre, que mostraba doquier sus lívidas facciones, se enviaron inmediatamente comunicaciones urgentes á los alcaldes de Algemesí y Alberique, para que remitiesen seis mil panes; pero el mensajero solo pudo llegar al primer pueblo, pues era absolutamente imposible aproximarse al segundo.

El señor gobernador visitó á las monjas, que se hallaban en el estado mas lastimoso de terror y sobresalto. Aquellas inocentes criaturas bendecian á la autoridad, que velaba por ellas, ofreciendo sus perpétuas oraciones por sus bienhechores. Era un espectáculo verdaderamente digno de un gran pincel: el Sr. Mas y Abad las dirigió palabras de consuelo y

(1) El Sr. D. Antonino Sancho, entendido arquitecto provincial, que acompañó al señor gobernador en esta triste expedición y mas adelante ha examinado el estado de la población, ha tenido la amabilidad de facilitarnos los datos siguientes:

RESUMEN de las casas que en la villa de Alcira y en su arrabal han padecido por efecto de la inundación ocurrida el 4 de Noviembre último.

Hundidas por completo. . . . .	100
Medio hundidas. . . . .	58
En parte hundidas. . . . .	273
Mas ó menos resentidas. . . . .	203
Amenazando ruina. . . . .	50
<hr/>	
Total. . . . .	684

Entre las espesadas 684 casas se hallan apuntaladas 463 y hay 109 que deben derribarse en todo ó en parte por encontrarse en estado ruinoso.



de confianza ; las socorrió , preferentemente, con los primeros recursos que llegaron de Algemesí , y se retiró con el alma atribulada é impresionada profundamente.

En medio de aquella solemne deliberacion y cortando la conferencia resonó dentro del salon el estruendo horrisono de un edificio, próximo á la casa de la villa y en seguida los gritos lúgubres de «socorro, socorro,» que salian del fondo de las ruinas. Los señores ingenieros del puerto , el arquitecto provincial y el intrépido juez, que á pesar de sentir agotadas sus fuerzas , no queria sin embargo retirarse de los sitios de mayor peligro , acudieron con otras personas y entre las sombras de la mas espantosa oscuridad, y hundidos en el cieno hasta la cintura , lograron salvar á cinco infelices, que perecian entre los escombros de la casa derruida.

¡Qué horrible seria la noche para las personas refugiadas en la casa de la villa! Ni el señor gobernador , ni algunos de los que iban con él , comieron cosa alguna, ni se entregaron al reposo un solo momento.

La noche fue lenta , solitaria , silenciosa y fria; pero ni el gobernador mostró un instante en su rostro síntoma alguno de desfallecimiento , ni de perturbacion , ni de calma ; en él y en los de los que le se-



guian notaron siempre los habitantes de Alcira, reunidos en el salon, la misma simpatía, el mismo cariño, la misma caridad.

Apenas amaneció, y cuando á la luz del dia, pudieron contemplarse los estragos, que á cada paso habia producido la funesta inundacion, mandó el gobernador hacer pregones, ofreciendo diez reales de jornal, para reunir trabajadores; pero ninguno se presentó: los hombres capaces del trabajo habian desaparecido del pueblo, de modo que habia calles completamente desiertas. A pesar de esta dificultad el ayuntamiento consiguió formar algunas escuadras, que comenzaron á arrojar al rio los animales muertos; y recogieron veintiun cadáveres humanos, que se encontraban esparcidos por las calles, y para cuya inhumacion se ofrecieron sérias dificultades, por haber desaparecido el cementerio y las iglesias amenazaban ruina.

A las ocho de la mañana, tomadas ya en Alcira las disposiciones mas urgentes, salió el infatigable señor gobernador, con algunos de los funcionarios que le acompañaban, con direccion á Carcagente. La mañana estaba glacial, y una menuda lluvia pertinaz, que arrojaba ligeros copos de nieve, hacia difícil y molesto este viage. Sin embargo, las aguas del Júcar habian bajado considerablemente; y en su



consecuencia partieron en un trolec por la via férrea; pero al llegar al gran puente observaron que se habia hundido la cabeza del terraplen y era imposible seguir adelante. Fue preciso volver, pues, á Alcira, y de allí, reunidos, con harta dificultad, algunos caballos, venidos de fuera, marcharon por el camino ordinario, saliendo de Alcira por calles que se hallaban dos dias desiertas y con fango hasta los pechos y en direccion á Carcagente.

No ofrecia ciertamente esta villa el aspecto desolador de la de Alcira; pero infinitos eran sus estragos y aterrada se hallaba la poblacion. Oportunamente se presentó, para alentarles, consolarles y socorrerles el señor gobernador, que en seguida aprobó las medidas adoptadas por el celoso alcalde Sr. Hernandez, ofició á los de Tabernes, Simat y Gandía para que proporcionáran víveres á la desolada poblacion, y reuniendo despues la corporacion municipal escitó la caridad para con los pobres, alentó á los tímidos, dió á conocer los benéficos sentimientos de nuestra reina y de su gobierno, é hizo derramar lágrimas, cuando desde lo íntimo de su corazon dejó escuchar estas frases: «yo no soy gobernador de Valencia, sino de Carcagente y de cuantos pueblos sufren; y sabed, señores, que donde quiera se corra algun peligro, allí acudiré yo pre-



suroso, para perecer el primero; pues mis hijos, al saber que su padre perece en un puesto de honor, añadirán á su escudo de nobleza este señalado timbre y blason.» Estas palabras fueron acogidas, no con los vítores ruidosos de una ovacion altiva, sino con las lágrimas y las bendiciones que forman el coro, al rededor de la caridad. En el acto dispuso que no se alterasen los precios en los artículos de primera necesidad, y despues de dar las gracias al alcalde en su nombre y en el de S. M. la reina, regresó en seguida á la villa de Alcira.

Durante su ausencia habia el alcalde de Algemés remitido dos mil panes, que recogió de la caridad de aquellos vecinos. La distribucion se verificó en Alcira en la misma casa de la villa. ¡Qué escena! ¡qué cuadro! ¡qué figuras! Hacinados, confusos los que venian á recibir el pan de la caridad, sucios, escuálidos, desencajados, ateridos por el frio, se miraban unos á otros con los suspiros de la agonía en los lábios y la alegría de verse salvos en aquellos ojos casi eclipsados. Jóvenes, ancianos, mugeres, niños, llorando la mayor parte, besaban aquel pan, que recibian como una bendicion. Ricos y pobres, todos iguales entonces, bañaban con lágrimas aquel socorro de inestimable valor. Entretanto, y para facilitar la comunicacion con Alcira, se estaba recom-



poniendo la destruida línea telegráfica entre Algemesí y Benifayó, haciendo grandes esfuerzos los operarios del ferro-carril, cuyas fuerzas estaban agotadas, y que fueron alentados por el primer inspector Sr. Denis, que á las tres de la tarde, dejaba corriente aquella seccion.

El señor gobernador se detuvo un breve rato en Alcira para dictar nuevas disposiciones, y regresó á Algemesí á la una de la tarde, dejando en Alcira al Sr. Sancho, arquitecto de la provincia y al ingeniero de las obras del puerto, para que dirigieran las obras de demolicion y de apuntalamiento.

En el trayecto de Algemesí á Benifayó encontró el gobernador al señor arzobispo, con dos sacerdotes, D. Francisco de Paula Tarin, vice-secretario de cámara, y D. Ildefonso de Montesinos, crucero de S. E. I., á quienes acompañaban algunas otras personas, entre ellas D. Pedro Plá, diputado provincial de Alcira, D. Tomás Perez, D. Ramon Ferrer y Matutano, y D. José Zacarías Camaña, arquitecto de distrito. Marchaban á Alcira; y el señor gobernador rogó al virtuoso prelado que desistiese de su propósito, no tanto por los riesgos del camino, cuanto por la inseguridad y el horrible aspecto que ofrecia la villa. El señor arzobispo dió gracias á la autoridad superior civil por su celo y por su interés; pero le



impulsaba á caminar y á buscar á los fieles afligidos primero la caridad, despues su propio corazon. Mientras el ilustre y benéfico prelado llegaba á Algemesí, donde pernoctó, para entrar al dia siguiente en Alcira, volvía el señor gobernador á la capital, abrumado por los recuerdos de la gran calamidad, que habia presenciado, pero con la conciencia tranquila, por haber llenado superabundantemente los altos deberes de su cargo. Los funcionarios que habian compartido con él tantas y tan rudas fatigas, merecen bien de la patria, merecen bien de los que saben sentir, de los que saben pensar.

Cuando el señor gobernador volvió al seno de su familia, pudo exclamar: «he sufrido mucho; he sentido rasgado mi corazon; pero he cumplido mi deber, como autoridad, como caballero y como cristiano; estás satisfecha, conciencia mia!» ¿Para qué prodigar elogios á tal comportamiento? ¿qué es la recompensa de los hombres, cuando entre las lágrimas y la accion de la caridad se levanta la bendicion de los pobres y la bendicion de Dios! Cuando el Sr. Mas y Abad, allá en los dias solitarios de la vejez, recuerde su mando en Valencia, ó la casualidad ponga otra vez en sus manos esta árida historia, sentirá todavia humedecidos sus ojos, palpitante su corazon y dirá á los que le pregunten: «ví la



catástrofe de Alcira; llevé el primer consuelo; sus habitantes lloraban, y aquel llanto era un rocío que caía gota á gota sobre mi alma, para inundarla de consolacion. ¡Hijos, aprended á mandar; aprended á egercer la caridad!»

---

### **El señor arzobispo en las ruinas de Alcira y Carcagente.**

---

Al terminar el capítulo anterior, dejamos indicado que el señor gobernador, encontrándose con nuestro venerable prelado, trató de hacerle desistir del arriesgado empeño de penetrar en Alcira; pero el señor arzobispo, no escuchando mas que la voz de su corazón, en armonía con la sagrada misión de su elevado cargo pastoral, pernoctó en Algemesí en la noche del 7, y el día 8 á primera hora se dirigió en un trolec á la desolada isla de Alcira. El prelado, naturalmente sensible, celoso por el bien de sus hijos, é invocando en silencio la misericordia del Señor sobre tanta calamidad, cuyos estragos contemplaba desde su salida de Algemesí, llegó á Alcira, dentro de cuyas viejas murallas no resonaban mas que aquellos gritos que tan bien espresa la escritura sagrada: *ploratus et ululatus multus*. El pre-



lado sentia que el corazon se despedazaba y á pesar suyo los suspiros y el llanto que asomaba á los ojos dejaba helada la sonrisa benéfica, que de continuo reposa en sus lábios. Bendiciendo, suspirando, atravesando el fango de aquellas calles solitarias, y sombrías, se instaló en la casa consistorial, único edificio que ofrecia completa seguridad.

El dia antes era la autoridad política, activa, celosa y enérgica la que alentaba á los afligidos habitantes; ahora era el pastor, el pontífice, el apóstol el que en nombre de Dios y bajo los auspicios de nuestra veneranda religion, dejaba deslizar de sus lábios palabras suaves, como la bendicion, y consoladoras como la brisa de la esperanza. El arzobispo era en aquellos momentos todo para todos; y en el calor abrasador de la caridad, hubiera corrido al martirio por enjugar todas las lágrimas y por consolar todos los infortunios y acallar todo gemido. Levantó los espíritus, enseñándoles esa gran fuente que la fe señala, para beber la santa resignacion, confiando primero y siempre en Dios y despues en la caridad. A todos puntos y luego á cada uno en particular dirigió palabras de vida, de esperanza, de piedad y de aliento; y cada uno se llevaba la bendicion, que les enviaba desde el fondo de su alma. A los curas párrocos exhortó, por medio de oficios,



como sacerdote, como pontífice, como católico, para que escitasen el celo de los fieles y enviasen caballerías y trabajadores á Alcira; produciendo estas escitaciones admirable efecto, porque apoyaban las medidas adoptadas por la autoridad civil.

Uniendo las palabras á las obras, el señor arzobispo entregó á las autoridades un donativo de su bolsillo particular y socorrió además muchas necesidades particulares; y cuando creyó que habia satisfecho en parte los ardientes deseos de su caridad, fue á visitar á las monjas, que se arrojaron á sus pies para recibir su bendicion y sus primeras palabras de padre y de consolador. ¡Oh! bendito el que viene en el nombre del Señor! Solo Dios pudo apreciar la estension del sentimiento, con que el arzobispo contemplaba aquella pobre y afligida comunidad, abandonada á la clemencia del Señor en los azarosos dias 4 y 5, orando, llorando y esperando morir en la calamidad. El prelado, conmovido, pero prodigando la sonrisa de la resignacion y de la esperanza y dando un insigne egemplo de lo que es y debe ser siempre un digno sucesor de los apóstoles, se despidió de las religiosas; y despues de atender á las necesidades del culto, para que no sufriera interrupcion, salió para Carcagente á las once de la mañana.



En esta villa repitió sus frases de consuelo, se enteró de las inundaciones mas notables, ocurridas hasta la fecha, pernoctó en casa de nuestra muy respetable amiga la escelentísima señora marquesa viuda de Montortal, que le ofreció una digna hospitalidad; y repitiendo al dia siguiente sus consuelos y sus donativos, pasó por Alcira, en cuyas puertas se detuvo, para enterarse de nuevo del estado de la poblacion, que iba mejorando, y regresó á Valencia con el corazon lacerado, pero confiando en la eterna misericordia de Dios. ¡Ministerio santo el del episcopado, que tiene por objeto enseñar, bendecir y ejercer la caridad! Reciba, pues, el digno arzobispo de Valencia la espresion de reconocimiento, que en nombre de los afligidos, de los menesterosos y de los desamparados, la envia el cronista de Valencia, como un pobre, pero eterno testimonio de gratitud.

Pálida nuestra relacion, dejamos la pluma un instante para ceder el lugar que aquí les corresponde á los documentos y relacion de este viage, copiados del *Boletin Eclesiástico* de la diócesis.

### **Circular de nuestro Excmo. Prelado.**

*A los señores curas párrocos y demás sacerdotes del arzobispado.*

Mis amados en el Señor: Acabo de llegar á esta ciudad despues de haber visitado la rica y floreciente



antes villa de Alcira, convertida hoy en un lugar de desolacion y de espanto. Bien lo sabeis por las tristes relaciones que habeis visto en los periódicos de esta capital, pero debo deciros con el corazon despedazado de pena que hay mucha distancia de lo sombrío y triste de estas descripciones con lo terrible y espantoso de la realidad, siendo lo mas aflictivo que cada dia llegan nuevas noticias de otros pueblos que han quedado en idéntica amarga situacion, lo que hace mas dificultoso el remedio. No quiero desconsolaros con relaciones detalladas de tanta desventura, basta que sepais que nuestros hermanos están en una gravísima necesidad, que personas muy acomodadas y que podian llamarse ricas en el dia de ayer, acosadas de la hambre en el de hoy, piden pan por caridad y no tienen con que cubrir su desnudez; ni es posible que encuentren quien les socorra de entre los suyos porque es la necesidad de un gran pueblo, de muchos pueblos que están en la misma desgracia. Es preciso, pues, que volemós nosotros en su auxilio, ya que nos ha cabido la suerte de no sentir tan de cerca la mano pesada del Señor. Al efecto, pues, queda abierta en mi secretaría de cámara una suscripcion del clero de esta diócesis, y vuestro arzobispo que lleva ya invertidas cantidades de consideracion en tan caritativo objeto, espera, está seguro, de que



una vez mas hareis ostensible vuestro generoso desprendimiento. Bien me hago cargo de que la penuria á que se vé reducido el clero, no permite que deis expansion á vuestro edificante amor á nuestros hermanos, pero cada uno depositará el óbolo de su caridad, y el Señor lo aceptará propicio, y bendecirá vuestra buena voluntad.

Mas como sea tan apremiante la necesidad, espero que al mérito del donativo añadireis el de la prontitud en otorgarlo, para que yo pueda comunicar cuanto antes el resultado al Excmo. señor gobernador civil de la provincia, quien con este motivo me ha manifestado oficialmente sus deseos.

Dios os conserve en su santa gracia como lo desea vuestro arzobispo que cariñoso os bendice paternalmente. — Mariano, arzobispo de Valencia. — Valencia 9 de Noviembre 1864.

Los señores curas párrocos leerán esta nuestra carta á sus respectivos cleros, y harán que llegue á noticia de todos los eclesiásticos que vivan en su distrito, cuyos donativos recogerán y remitirán con la lista de sus nombres para su publicacion.



SUSCRICION en favor de las desgracias causadas por la inundacion de los pueblos de la Ribera del Júcar.

Rs. vn.

El Excmo. é Ilmo. señor arzobispo , además de los ocho mil reales distribuidos en tres mil libras de pan , proporcionadas por Don Federico Trenor , y socorros pecuniarios dados por su mano en el mismo lugar de la inundacion para alivio de urgentísimas necesidades. . . . .	2000
El Ilmo. cabildo metropolitano de Valencia. . . . .	8000
La secretaría arzobispal. . . . .	500
El tribunal eclesiástico. . . . .	500
Los beneficiados de la catedral. . . . .	2000
El colegio de las Escuelas-Pias. . . . .	2000
El ecónomo de San Pedro , de Valencia. . . . .	200
El coadjutor de id. . . . .	100
El penitenciario de id. . . . .	20
El vicario y clero del Hospital general. . . . .	286
J. M. . . . .	4
El ecónomo y clero de San Lorenzo , de Valencia. . . . .	580
El cura y clero de San Bartolomé, de id. . . . .	774
TOTAL. . . . .	<u>16964</u>



**Secretaría de cámara y gobierno del arzobispado.**

*Aviso á los señores curas, ecónomos, coadjutores y demás encargados de las iglesias.*

El Excmo. é Ilmo. señor arzobispo, mi señor, se ha servido mandar; que en todos los pueblos del arzobispado se celebren rogativas por tres dias consecutivos, cantando en cada uno de ellos una misa votiva *pro quacumque necessitate* y la oracion *ad postulandam serenitatem*, con esposicion durante ella del *Santísimo Sacramento*, y por la tarde de los mismos dias esposicion tambien por espacio de una hora y las letanías y preces acostumbradas, á que se añadirá la referida oracion; exhortando los señores párrocos al pueblo para que ruegue al Señor por las necesidades de nuestros afligidos hermanos á causa de los desoladores efectos de la inundacion.

Habiendo recibido nuestro Excmo. prelado aviso de los ayuntamientos y párrocos de varios pueblos de hallarse privados de los consuelos de la religion por haberse quedado sin ornamentos, sin misales y sin ningun otro efecto de los necesarios para el culto, y no pudiendo S. E. I. ocurrir á esta perentoria necesidad si no se le auxilia por las iglesias que puedan desprenderse de un recado de cualquier color, de ropa blanca, que esté medianamente en estado de



servicio, ó de cualquier otra prenda de las necesarias para el servicio del altar, me manda hacerlo así presente á todos los señores curas y encargados de las mismas iglesias para que remitan á esta secretaría lo que cada uno pueda, y sea distribuido segun las necesidades.

Valencia 10 de Noviembre de 1864.—Bernardo Martin, secretario.

### **Inundaciones.**

La mano de Dios se ha levantado sobre nuestras cabezas para humillarnos y confundirnos. Los pueblos mas florecientes de las riberas del Júcar, oasis de Valencia, están afligidos y consternados. La inundacion lo ha arrasado todo, convirtiendo los campos en un inmenso lago, y muchos pueblos en un monton de ruinas. El pánico se apodera del alma al leer las noticias detalladas que recibimos continuamente: cada una es mas horrorosa, siempre es mayor la que viene despues. Millares de familias ricas ó medianamente acomodadas están hoy reducidas á la mas espantosa miseria: los campos inutilizados para muchos años, arrasadas las cosechas, derruidas las casas, perdidas las caballerías, las ropas, los muebles; todo, absolutamente todo lo han arrebatado las aguas, cuando el poder de Dios ha dejado de sujetarlas un instante.



La Providencia, sin embargo, no ha derramado toda la tremenda copa de la cólera divina: las desgracias personales, aunque muchas y funestísimas, no han estado en relacion con tamaños desastres. Alcira ha tenido muchas: mas de treinta cadáveres se han extraído de sus ruinas; ¡quiera el cielo que tan dolorosa operacion se haya terminado ya!

Pero el abatimiento no se ha apoderado del corazon de nuestras celosísimas autoridades. El muy digno señor gobernador civil, ausiliado de los gefes de sus dependencias, obró en aquellos instantes supremos con la energía y actividad que cumple á la primera autoridad de la provincia, recorriendo los pueblos inundados para socorrer á aquellos infelices, sin cuyos primeros ausilios, muchos acaso hubieran perecido.

Tambien S. E. I. el señor arzobispo ha dado en esta ocasion otra relevante prueba del heróico valor de su alma, y su acendrada piedad de corazon. Apenas tuvo noticia de tan tremendas desgracias, sin esperar siquiera se hiciesen transitables las vias, partió para Alcira, sin que fuesen bastante para detenerle ni las dificultades de los caminos, ni la magnitud de las desgracias que iba á presenciar, ni lo delicado de su salud, ni los inminentes riesgos que pudieran ocurrir á su persona.



En un tren especial que con esquisita galantería puso á su disposicion la empresa de esta capital, llegó á Catarroja, desde cuyo punto siguió en trolecs hasta Algemesí, haciendo muchos trozos á pie por estar intransitable la via. Hasta el martes por la mañana no pudo pasar de este pueblo, saliendo inmediatamente para Alcira, donde para consolar á aquellos infelices, ya desalentados con tantos trabajos, el prelado habia de sufrir mucho.

El horroroso espectáculo de aquella desventurada poblacion no lo describe nadie: la imaginacion no tiene ideas, ni la lengua palabras, ni signos la pluma, ni colores el pincel para trazarlo. Nunca hemos presenciado nosotros una cosa igual; aquello no era un pueblo destruido, ni una ciudad arrasada; era un lago de cieno en cuya superficie sobrenadaban rostros cadavéricos, que habian perdido hasta el aliento que dá la desesperacion para pedir auxilio. Los filósofos sistemáticos que no comprenden los maravillosos desastres, las enormes trasformaciones operadas por el universal diluvio, las hubieran creído con solo ver estas cosas: el soplo de la ira de Dios arrasa cien mundos en un instante.

A pie por aquellos pavorosos lodazales cruzó S. E. I. el pueblo, afrontando el inminente peligro de haber sido sepultado bajo las ruinas de un edificio,



que se desplomó á los dos minutos de haberle atravesado.

Apenas llegó el prelado á la casa consistorial, y despues de enterarse por el señor alcalde y algunos individuos del ayuntamiento de la triste situacion del pueblo, dirigió una sentidísima comunicacion á los señores curas y alcaldes de Algemesí, Guadasuar, Alcudia, Carlet, Tabernes, Simat, Benifairó, Corbera, Llaurí y Alberique, rogándoles encarecidamente escitasen el celo de sus vecinos para que enviasen con la mas urgente premura el mayor número de trabajadores y caballerías posible para atender á la limpieza de calles y casas, evitando de este modo otra nueva y mas dolorosa calamidad en la salud pública: escitaciones que han producido tan consolador efecto, que al dia siguiente habia suficientes operarios y acémilas para cubrir las primeras y mas apremiantes necesidades de aquella poblacion.

Antes de salir de Valencia habia entregado ya 2,000 rs. para que enviasen pan á aquellos infelices, y en Alcira, despues de socorrer muchas necesidades particulares, hizo otro donativo tambien de 2,000 reales, del que se hizo cargo el alcalde de la consternada poblacion.

Acto continuo celebró el santo sacrificio de la misa en el espacioso salon de la casa de la villa, con



ornamentos que se habia proporcionado á su paso por Algemesí, sabiendo que en Alcira no se habia salvado ninguno de la tremenda desolacion. Terminada la misa, que aplicó por las desventuradas víctimas que habian perecido, salió al balcon, á cuyo pie se agolpaban las pocas gentes que quedaban en el pueblo, quienes admiraban y bendecian la presencia de su religioso pastor. Entonces les dirigió una breve pero sentida exhortacion, oportunísima por la ocasion y lo solemne del momento en que por primera vez les hablaba. Despues de recordar que los castigos de Dios son ordinariamente efecto de nuestras culpas, de las que el Señor quiere purificarnos con los trabajos y sufrimientos de la vida, exhortó á todos con la ternura que está encarnada en su alma, recomendando la resignacion y humildad cristianas, y procurando esforzar el ya desalentado espíritu del pueblo para sobrellevar la desgracia, y acudir con esforzado aliento á su pronta reparacion. Las enérgicas palabras del prelado conmovieron, haciendo un efecto sorprendente sobre tan desgraciado auditorio, exhortaciones que dirigió particularmente á cuantos á él se acercaban, consiguiendo que todos respectivamente trabajasen con el decidido empeño que cumple en estos casos excepcionales de suprema necesidad.



Pasó despues á visitar á las religiosas Agustinas, asoladas y abatidas ya con tantos sufrimientos. Las cariñosas palabras del prelado reanimaron á aquellas infelices, cuyo convento habia sido completamente inundado, perdiendo cuanto tenian, hasta lo mas preciso para atender á las primeras necesidades de la vida. Enterado S. E. del lastimoso estado de la comunidad entregó 1,000 rs. á la priora, socorro que recibieron aquellas santas mugeres con mas reconocimiento que los israelitas el maná de las divinas misericordias. Reunido despues el arcipreste y clero de la villa, dispuso S. E. todo lo relativo al culto, interrumpido por la catástrofe, adoptando las medidas convenientes para la celebracion del santo sacrificio, sepultura de cadáveres, reposicion de agua convenientemente bendecida para las fuentes baptismales, rehabilitacion de ornamentos sagrados, accion de gracias por los beneficios recibidos á pesar de lo terrible de la calamidad, y rogativas al Señor para que no se repitan tan imponderables desgracias.

A las once de la mañana salió S. E. para Carcagente, á cuya entrada esperaban el ayuntamiento presidido por su laborioso alcalde, cura y clero parroquial y una inmensidad de gentes que habian salido á recibirle. Allí repitió el prelado sus religiosos y caritativos officios, socorriendo y animando á todos,



y adoptando, de acuerdo con las otras autoridades, las disposiciones mas urgentes y apremiadoras. S. E. que no pudo alojarse, segun acostumbra, en la casa-abadía, abandonada por el ecónomo en los angustiosos momentos de la inundacion, se hospedó en la de la señora marquesa viuda de Montortal, que le obsequió con esquisita finura, y las consideraciones de que S. E. I. es merecedor. Consolados con sus consejos y donativos sus habitantes, pasó la misma tarde al convento de religiosas, menos abatidas que las de Alcira, pero aterradas todavia por lo mucho que habian sufrido. Despues de consolarlas exhortándoles á la conformidad absoluta con los inescrutables designios de la Divina Providencia, entregó 500 rs. á la prelada, que dió gracias á S. E. en nombre de aquella comunidad de vírgenes, ya regocijada con la presencia del pastor. A la mañana siguiente dijo misa en el referido convento, distribuyendo la Sagrada Comunion á todas las religiosas, de quienes se despidió enternecido para volver á esta ciudad á donde llegó muy cerca de las dos de la tarde.

El arriesgado viaje que á grandes rasgos concluimos de reseñar, ha sido provechosísimo para reanimar el abatido espíritu de estos pueblos, á quienes S. E. I. ha llevado el socorro de la religion, y la caridad á los infelices, que si providencialmente



han salvado la vida, han perdido la fortuna adquirida á costa de inmensas privaciones y trabajos.

No cerraremos estas desaliñadas líneas sin tributar nuestro humilde voto de gracias á las autoridades todas, á la benemérita Guardia civil, arquitectos, ingenieros y demás funcionarios públicos, que con admirable abnegacion y heroismo probaron en aquellos difícilísimos instantes el extraordinario valor de la caridad cuando se alberga en un pecho cristiano. El clero todo se ha distinguido como siempre sabe distinguirse en momentos supremos de amargura. El ecónomo del arrabal de Alcira Sr. D. Fernando Gomez y D. José Ramon y Soler, coadjutor de la parroquial de Santa Catalina, han sido dos héroes de la caridad, y hubieran sido dos mártires si Dios nuestro Señor no les hubiera favorecido tanto. Angeles de salvacion se encontraban en todos los puntos en que era mas inminente el peligro: en otras circunstancias hubiérase dicho que su arrojo era una temeridad. Con una temperatura frigidísima cruzaban, agua hasta el pecho, las calles, llevando sobre sus hombros alguna persona desvalida arrancada de los escombros, y próxima á perecer con la muerte mas angustiosa. Veíaseles por todas partes llevar alimentos á los que desfallecian, sepultando cadáveres, socorriendo á todos y animándoles con los dulcísimos consuelos que



solo conoce nuestra santa religion. Nada diremos del clero de Carcagente que no esté ya en el ánimo de todos sus vecinos. El ecónomo D. Carlos Estella, D. Pedro Talens, D. José Perpiñá, D. Francisco Amador y D. Francisco Casanoves se han conquistado en aquellos instantes el unánime aprecio de toda la poblacion. ¡Dios nuestro Señor sea cien veces bendito!

En el caritativo viage del señor arzobispo le han acompañado constantemente los señores vice-secretario de Cámara, crucero de S. E. I., D. Ramon Ferrer, representante de la empresa del ferro-carril, D. José Plá y D. Tomás Perez, diputados provinciales por aquellos distritos. Todos estos señores han rivalizado en abnegacion sin cuidarse de los propios riesgos que ya con esforzado ánimo arrostraba continuamente nuestro dignísimo prelado.

### **La Diputacion provincial.**

Mientras las autoridades superiores se dedicaban, desde el primer momento de la catástrofe, á llevar el consuelo á los infelices habitantes de la Ribera, la diputacion provincial, representante todavia, como un recuerdo, de la antigua, patriarcal y veneranda diputacion del reino, en los tiempos forales, interesada en el bien de sus pueblos, animada por un mismo



espíritu de abnegacion, de desinterés y de celo, se reunió; y en continuas, breves y provechosas sesiones, adoptó prontas, enérgicas y eficaces medidas, no solo para secundar las disposiciones de la autoridad, sino para dar tambien una prueba del exacto desempeño de su elevada mision.

Para dar una idea de la actividad de sus medidas, insertamos á continuacion los extractos de las sesiones, en que se tomaron los primeros acuerdos, copiándolos de sus actas, asi como el informe que dió la comision que se trasladó á los sitios de la catástrofe. En estos acuerdos no habia mas que una sola opinion, un solo deseo, un impulso solo como si procedieran de la voluntad de un individuo: ¡socorro á los pueblos! ¡consuelo á los desgraciados! Este fue el pensamiento, que presidió á todas las deliberaciones. Los diputados de provincia llenaron su deber, dieron noble ejemplo de actividad y de eficacia; y se atraieron las bendiciones de los que sufrieron, de los que lloraron, de los que, en medio del cataclismo, se hallaban próximos á perder, hasta la esperanza, última brisa que hace palpitar el corazon.

#### **Sesion del 7 de Noviembre de 1864.**

El señor presidente en sentidas frases espuso á la diputacion la calamidad que pesaba sobre los pueblos



de la Ribera del Júcar y la necesidad que habia y estaba indudablemente en el ánimo de la diputacion, de allegar recursos para hacer frente en cuanto fuera posible á las necesidades del momento. Que con satisfaccion anunciaba que tanto el consejo provincial como el señor regente de la audiencia territorial habian ofrecido su mas decidida cooperacion; que juzgaba necesario el nombramiento de una comision facultada ámpliamente, para que en nombre y representacion de la diputacion dispusiese cuanto fuese necesario: y por último, que teniéndose noticia llegaba el señor gobernador dentro de pocas horas, podria suspenderse la salida de la comision que estaba en el ánimo de la diputacion saliese en su busca con objeto de ofrecerle la cooperacion de la misma.

Abierta discusion, en la que tomaron parte varios señores diputados, unánimes todos en que la diputacion estaba en el caso de adoptar cuantas disposiciones cupiesen dentro del círculo de sus atribuciones, para mitigar en lo posible tan terrible calamidad; hecho cargo la diputacion de cuanto se habia propuesto por los señores que usaron de la palabra, adoptó los siguientes acuerdos:

1.º Nombró una comision, compuesta de los señores Sardenñ, Bou, Plá, Crespí, Uberos, Trenor y Vallier, facultándola plenamente, para acordar



cuanto creyera conveniente, sin perjuicio de consultar á la diputacion, cuando asi lo estimare, dirigiéndose á cualquiera de los demás señores diputados cuando juzgáran necesaria su cooperacion.

2.º Puso desde luego á disposicion de la misma, y para las necesidades del momento, los 40,000 reales, consignados en el presupuesto provincial, para calamidades públicas y 40,000 rs. además de los 100,000 asignados para imprevistos.

3.º Abrió una suscripcion, á cuya cabeza figuraron todos los señores diputados provinciales, por la cantidad de 500 rs. cada uno, publicándola en los periódicos y encabezándola en los siguientes términos: «Suscripcion á que invita la diputacion provincial de Valencia, autorizada por el señor gobernador, con motivo de las calamidades originadas por las recientes inundaciones, para atender á las necesidades del momento y á todas las que debidas al mismo origen, no den derecho á indemnizacion, por parte del gobierno de S. M. y cuyo importe deberá entregarse en la secretaría de la corporacion.»

4.º Pidió al señor gobernador que dispusiese la circulacion esta con su recomendacion á las autoridades, tribunales, corporaciones y dependencias del Estado, en esta provincia.

5.º Solicitó asimismo de dicha autoridad, que



impetrase del gobierno de S. M. declarase nacional esta suscripcion y allegase á esta provincia cuantos fondos fueren posibles de la cantidad fijada en los presupuestos generales del Estado, para calamidades públicas.

6.º Dirigió una esposicion á S. M. demostrando la imposibilidad en que estaba el pueblo de Alcira y demás afectados por la inundacion, de formar los expedientes en crédito de los perjuicios sufridos, dentro del plazo de ocho dias, prevenido por instruccion, ampliándolo por consiguiente todo cuanto sea posible.

Y 7.º Que la comision nombrase de entre sus individuos al que hubiere de encargarse de recaudar el importe de la suscripcion.

Por último, se acordó que la comision nombrada se avistase con el señor gobernador, asi que tuviese noticia de su llegada.

#### **Sesion del 28 de Noviembre de 1864.**

---

Dióse lectura de una estensa reseña que la comision nombrada en 7 del corriente, para atender á cuantas necesidades ocurriesen á consecuencia de las calamidades producidas por la inundacion, presentaba de todos los acuerdos tomados por la misma, durante los dias que habia desempeñado su cometido,



á la cual acompañaban las cuentas de gastos é ingresos. De estas resultaba haber ascendido los primeros á 105,723 rs. con 39 cénts., de los que, deducidos 25,075 rs., porque en la data figuraban como dinero y además como parte de ciertos expedientes, quedaban 80,648 rs. con 39 cénts. como verdadero y efectivo gasto; y por consiguiente, siendo lo recibido por suscripciones 616,778 rs. con 74 céntimos, sin incluir ni los 40,000 rs. asignados del fondo de calamidades, ni los 40,000 de imprevistos, resultaba una existencia de 536,130 rs. con 35 cénts.

Y la diputacion por unanimidad acordó aprobar en un todo cuantos acuerdos se habian adoptado por la comision, aceptándolos como suyos, y cuya reseña habia oido con la mas viva satisfaccion, consignándose el mas espresivo voto de gracias á todos los señores que la componian, el cual se hizo estensivo á la secretaria de la corporacion.

Convencida la diputacion de la conveniencia de que se meditase detenidamente la inversion que debia darse á los fondos recaudados, se procedió al nombramiento de una comision compuesta de los señores Sales, Quereda, Vallejo, Brito, Gonzalvez, San Vicente, Murciano, Llano y Ortoneda, para que propusiesen lo que entendieran conveniente respecto á



dicha conversion, autorizándola para llamar así y aunarse cuantas personas estrañas á la corporacion creyese conveniente.

**Sesion del 3 de Diciembre de 1864.**

Se leyó el dictámen de la comision encargada de la distribucion de fondos procedentes de la suscripcion que proponia se llevase á cabo esta, en el órden siguiente:

1.º Familias cuyos padres ú otros individuos de ellas, de quienes dependia la subsistencia en todo ó en parte hubiesen perecido en la calamidad.

2.º Propietarios de solo una casa ó barraca que la hubiesen perdido con su moviliario y aperos de labranza.

3.º Colonos que hubiesen perdido cosechas, caballerías de labor y aperos.

4.º Propietarios de seis hanegadas ó menos de tierra huerta ó arrosar y seis ó menos jornales de tierra secano, que hubiesen desaparecido ó quedado inutilizadas completamente en la inundacion.

Que para hacer la distribucion indicada en la proporcion mas equitativa entre los pueblos respectivos, se estaba en el caso de pedir al señor gobernador espidiese una circular á los alcaldes mandándoles remitir los datos necesarios.



Y por último, que entretanto se reunian estos, conociendo que la calamidad tomara mayores proporciones todavia, si la siembra no podia llevarse á cabo, lo cual no era posible sin tener agua para el riego, y esta no podia ciertamente obtenerse sin la monda y recomposicion de acequias, consideraba de urgente necesidad ausiliar la espresada monda y recomposicion, destinando al efecto tres cuartas partes del fondo, procedente de las suscripciones, si bien en calidad de reintegro por el de la suscripcion nacional ú otros caudales que proporcione el gobierno con las Córtes para indemnizacion de pérdidas.

Y despues de una detenida discusion la diputacion, en vista de las razones espuestas, acordó aprobar el dictámen de la comision fijando en 400,000 rs. la cantidad que habia de darse en préstamo á las acequias, en vez de las tres cuartas partes de lo recaudado que fijaba la comision, autorizando á esta para llevar á efecto lo propuesto en dicho dictámen.

#### **Sesion del 13 de Diciembre de 1864.**

Por último, se dió lectura de un dictámen de la comision encargada de la distribucion de los 400,000 reales procedentes de la suscripcion, en el cual manifestaba, que despues de reunidos cuantos datos le ha-



bian sido posibles; de oír á los diputados de los partidos á que alcanza la calamidad última, y de un maduro exámen, habia acordado hacer á las acequias, que habian solicitado anticipos, el siguiente reparto: á la de Navarrés 8,000 rs.; á Quesa 8,000 reales; á Carcagente 70,000 rs.; á Antella 60,000 reales; á Escalona 180,000 rs.; á Sellent 8,000 rs.: total, 334,000 rs., quedando un residuo de 66,000 reales para las acequias que como Alcira y Alberique no habian podido presentar todavia sus solicitudes y comprobantes.

Para llevar á efecto el reparto, la comision proponia las bases siguientes: 1.<sup>a</sup> Que las acequias que se rijan por especiales ordenanzas y tengan constituidas sus juntas de gobierno reconocidas legalmente como sucede con Escalona, Carcagente y alguna otra, se presente cuando menos una comision de las mismas autorizada en la forma que aquellas prevengan, no ya solo para recibir la cantidad asignada á cada una de ellas, si que para obligarse en su nombre y de la comuna que representen al cumplimiento del compromiso que contraigan para hacer efectivo el reintegro. 2.<sup>a</sup> Que en los pueblos que no tengan establecidas juntas de gobierno se reunan los respectivos ayuntamientos, asociados á doble número de mayores contribuyentes al cequiaje por el orden



riguroso de escala, según se desprenda del libro de repartos, y todo bajo su responsabilidad, á fin de que nombren una comision que venga autorizada con copia certificada del acta que á este objeto levanten. Y 3.<sup>a</sup> Que estas comisiones en nombre y representacion de las comunas respectivas, se obligue con escritura pública á reintegrar al fondo de indemnizaciones la suma que reciban precisamente de los primeros fondos que alleguen ó levanten con destino á las obras de sus respectivas acequias, ora procedan del gobierno de S. M. por la indemnizacion que del mismo alcancen, ora por empréstito que realicen, ora por repartos especiales, ora por el cequiaje ordinario que satisfagan los regantes.

Con estas bases entendia la comision quedar suficientemente garantido el reintegro, creyendo conveniente, á pesar de estar autorizada para llevarlo á efecto, el someterlo todo á la aprobacion de la diputacion, la cual efectivamente dió á todo su aprobacion.

#### **Sesion del 19 de Diciembre de 1864.**

---

De conformidad con el dictámen de la comision encargada de la distribucion de fondos procedentes de la suscripcion, se acordó distribuir los 66,000



reales que restaban de los 400,000 destinados á préstamos á los canales de riego, con sujecion á las mismas bases acordadas en la sesion anterior, y en esta forma:

A la acequia de Cofrentes. . . .	7,000 rs.
de Falanie. . . .	7,000
de Vallada. . . .	7,000
de Alberique. . . .	12,000
de Alcira. . . .	30,000
de Benimuslem. . . .	3,000
	<hr/>
Total. . . .	66,000

#### **Sesion del 30 de Diciembre de 1864.**

De conformidad con el dictámen de la comision encargada de la distribucion de fondos procedentes de la suscripcion, se dispuso:

Facilitar de los 40,000 rs. del fondo de calamidades al pueblo de Tous la cantidad necesaria para la construccion de un nuevo barco para paso del rio Júcar, por haber sido arrastrado el que existia, por la inundacion, considerándose dicha cantidad á cuenta de lo que en su dia debe corresponderle del fondo general de suscripciones.

Despues de una detenida discusion, en la que tomaron parte el señor gobernador y varios señores



diputados, la diputacion acordó facilitar 200,000 reales mas de los fondos procedentes de la suscripcion por via de préstamo á las acequias destruidas por la inundacion, que lo solicitasen, bajo las mismas bases que se habian anticipado los 400,000 rs. anteriormente, y en su consecuencia se hizo de aquella suma la siguiente distribucion: A la acequia real 100,000 reales; á Cullera 50,000; á Tous 20,000, y á Játiva 10,000; quedando los 20,000 restantes para ocurrir á las peticiones de la misma clase que en adelante pudieran hacerse. Y para que durante la clausura de las sesiones no se interrumpiesen los trabajos referentes á la citada calamidad, la diputacion resolvió quedase plenamente autorizada la comision nombrada para llevar á cabo la distribucion de fondos de que se trata, y para todos cuantos incidentes pudieran ocurrir como consecuencia de aquella, agregándose á la misma al Sr. D. Juan Sardeñ.

**Informe de la comision nombrada en la sesion  
del dia 7 de Noviembre de 1864.**

---

La comision nombrada por la diputacion en sesion del 7 del corriente para atender á cuantas necesidades ocurriesen á consecuencia de las calamidades producidas por la inundacion en varios pueblos



de la provincia, cree de su deber dar cuenta á la corporacion de los principales acuerdos tomados por la misma durante los dias que han desempeñado su encargo.

En la noche del mismo dia y tan luego tuvo noticia de la llegada del señor gobernador pasó á verle, oyendo de su boca la enorme estension de los daños causados y lo terrible de la calamidad, pudiendo comprender por su relato cuáles eran las necesidades mas apremiantes, y qué acuerdos eran los que debian tomarse.

Reunida al siguiente dia 8 acordó ante todo celebrar tres sesiones diarias, una á las nueve de la mañana, otra á las cuatro de la tarde y otra á las ocho de la noche, y acto continuo, comprendiendo que para poder apreciar debidamente las necesidades mas apremiantes de la villa de Alcira y pueblos comarcanos, era indispensable pasarse á la misma parte de la comision, se aceptó el espontáneo ofrecimiento de los Sres. Bou y Vallier que se acordó formasen la sub-comision espresada, asociándose al efecto los Sres. Plá y Crespí, que estaban ya en Alcira revistiéndoles al efecto de las mismas facultades con que la diputacion habia investido á la comision de que formaban parte.

Antes de fijar la hora de la salida, noticiosa la



comision de que la brigada de zapadores-bomberos de la ciudad se habia prestado voluntariamente á ir á Alcira, acordó pasase el Sr. Bou, acompañado del presidente del consejo provincial, y de acuerdo con el señor gobernador, á avistarse con el señor alcalde corregidor, para manifestarle si aceptaba el ofrecimiento: y con el Excmo. señor capitán general para que dispusiese la salida de la fuerza del ejército bastante á proteger los intereses de aquellos habitantes que podian verse amenazados.

Evacuaron aquellos señores su cometido y regresaron anunciando estaban dispuestos para salir en el mismo dia cuarenta y cuatro individuos de la brigada de zapadores-bomberos con un ayudante y algun material y setenta trabajadores de los que el ayuntamiento tenia destinados al empedrado de calles y arreglo de paseos, con algunos carros, tambien de la municipalidad, para atender á la estraccion de caba-llerías, y cuanto fuese necesario.

En su vista, se resolvió saliesen á la una de la tarde para Alcira los Sres. Bou y Vallier, y á las tres los bomberos, peones y carros, uniéndose á los primeros el director de caminos vecinales de la provincia D. Pedro Prat y Delmonte, que espontáneamente se habia ofrecido á ello.

Desde luego adoptó la comision cuantas gestio-



nes creyó convenientes, para dar el debido cumplimiento á la suscripcion, acordada por la diputacion, estendiéndose por secretaría las debidas comunicaciones á las autoridades, corporaciones, dependencias del Estado, sociedades, gremios y á cuantas personas pareció conveniente, llevándolas á la firma del señor gobernador.

Tambien se acordó pedir al señor gobernador se oficiase á los directores de los periódicos, que se publican en la capital, para que se pusiesen de acuerdo con la comision, y asi reunidos todos los esfuerzos en un centro comun pudiesen ser mas fructuosos; en cuyo sentido se oficiase tambien á la tertulia progresista á la que se hiciera presente, toda vez que se tenia noticia remitia pan y otros artículos á Alcira, que la diputacion provincial, representación la mas genuina de la provincia, habia tomado en este asunto una honrosa iniciativa, de que no seria justo privarla. Asi se llevó á efecto por el señor gobernador.

Esperando la comision que el nombramiento de juntas parroquiales coadyuvaria á dar impulso á la suscripcion, se pidió al señor gobernador se oficiase al señor alcalde corregidor, para que dispusiese lo conveniente á la creacion de las precitadas juntas parroquiales, que puestas de acuerdo con los curas



párrocos, saliesen á efectuar una cuestacion general en la ciudad, dándose de ello tambien conocimiento al Excmo. señor arzobispo de la diócesis, para que por parte del clero se prestase la debida cooperacion al pensamiento.

Juzgó asimismo conveniente redactar el proyecto de una circular á los señores alcaldes de la provincia, dictando varias reglas á que debian atenerse para la creacion de las mencionadas juntas parroquiales, que promoviesen la suscricion; para la formacion de los expedientes en crédito de los daños sufridos por la calamidad, averiguacion del paradero de los vecinos que hubiesen desaparecido, reconocimiento de edificios invadidos por las aguas y participacion inmediata de cuanto hubiese ocurrido durante la inundacion, y valor á que ascendian, segun los prácticos del pais, y por cálculo aproximado, los daños causados en el término de su jurisdicción. Aceptada por el señor gobernador, se publicó en el *Boletín oficial* de la provincia del dia 11. Y por último, se dispuso remitir para el siguiente dia á Alcira mil panes, para su distribucion.

En el siguiente dia 9 fue llamado Vicente Martí y Marsal, dueño de la fábrica de amasar pan, situada en el molino de la Esperanza, y se estipuló suministrarla la cantidad de raciones que dispusiera la co-



mision al precio de 19 maravedís libra, último al que manifestó podía fabricarlo : previniéndole presentase muestra para poderse convencer de su buena calidad, la que en efecto presentó.

Se formularon y fueron presentadas al señor gobernador las minutas de dos circulares referentes, una á prevenir á los alcaldes de toda la provincia cuidasen de quemar los cadáveres de animales que fuesen encontrados en los términos respectivos, y otra á los de los pueblos de Alcira, Alberique, Sueca, Játiva y Enguera, para que desde luego diesen una noticia exacta de las obras ó trabajos que creyesen mas urgentes en cada uno de los pueblos de dichos partidos, y recursos propios con que contaban para llevarlos á cabo, á cuyo efecto la transcribiesen á aquellos, asi como la de una comunicacion al gobierno de S. M. pidiendo se declarase nacional la suscripcion; acuerdo que habia sido tomado ya por la diputacion. Las tres fueron acordadas por el señor gobernador, insertándose la circular primeramente citada en el mencionado *Boletin oficial*.

La comision creyó tambien se estaba en el caso de atender á la salud pública, que podia verse amenazada en Alcira y pueblos inundados, y al efecto llamó á una entrevista, siendo ya las nueve de la noche, á la junta provincial de sanidad, indicándola



la conveniencia de que se nombrase una comision que pasára á dicho punto. El pensamiento fue aceptado con entusiasmo y se acordó saliesen al efecto al siguiente dia los Sres. D. Elías Martinez, D. Félix Martí, el farmacéutico D. Pedro Fuster, el veterinario Sr. Cubas y el secretario de la junta Sr. Queralt, que puestos de acuerdo con los señores diputados residentes allí, dispusieran lo que creyesen conveniente para lograr el objeto que les llevaba, poniéndose á su disposicion un botejon de ácido nítrico y una arroba de desperdicios de cobre; quedando en remitir la cal que pudiera reunirse, encargándose esta comision al diputado Sr. Bau, que espontáneamente se ofreció á ello.

Noticiosa la comision de que los estudiantes de medicina trataban de hacer una cuestacion por la ciudad, creyó conveniente llamar al decano de la facultad, Sr. Romagosa, que habia solicitado el permiso, para conferenciar con él; cuyo señor no tuvo á bien acudir á la invitacion.

Acordóse remitir á Alcira al siguiente dia tres mil raciones de pan, y se enteró la comision de dos telégramas dirigidos al señor gobernador por la subcomision, participando en uno su llegada á Alcira al anochecer del 8, disposiciones que habia adoptado y llegada asimismo de los operarios; y en otro fe-



chado á las siete y cincuenta y dos minutos de la noche del 9, noticiando la resolución de pasar la noche en Algemesí y proporcionar descanso y alimento á los operarios; haberse estraído de Alcira todas las caballerías y estar muy adelantada la limpieza de calles y apuntalamiento de casas.

Reunida la comision el dia 10, dispuso ante todo remitir á la comision de sanidad diez y nueve y medio cahices de cal, detenidos á las puertas de la ciudad, por no haber sido posible encontrarla por otro medio.

Se enteró la comision de un telégrama de los señores diputados residentes en Alcira, fechado á las dos de la tarde, pidiendo cien sacos de harina, ciento cincuenta arrobas de bacalao, y doce quintales de sal, acordándose remitir la harina y el bacalao, segun los medios de transporte lo permitiesen, encargándose el señor gobernador de procurar la sal necesaria; y de otro de las tres y cincuenta y ocho minutos de la misma, en que se noticiaba continuar la limpieza y apuntalamiento de las casas y haber salido el Sr. Crespí á recorrer los pueblos de la parte superior, como lo habia hecho ya en el dia anterior.

Acordado elevar á S. M. una esposicion suplicándola fuese su nombre el primero, que se inscribiese en la lista de suscripcion nacional, caso de accederse



á este pensamiento por el gobierno de S. M., fue leída y aprobada la minuta estendida al efecto.

A pesar de que la comision habia tenido la complacencia de que á sus reuniones asistian siempre varios señores diputados y consejeros, ausiliándola con sus conocimientos y cooperacion, resolvió en uso de las facultades, conferidas por la diputacion, formasen parte de la misma los Sres. Herrero y Estellés, oficiándoles al efecto. Por último, se acordó en dicho dia remitir al siguiente á Alcira dos mil raciones de pan.

En la mañana del 11 se presentó una comision de horneros de la capital, ofreciendo cinco mil raciones de pan que tenian elaboradas con destino á los pueblos de la Ribera, y la comision adoptó las medidas que creyó convenientes, para que llegasen á su destino, suspendiendo la fabricacion de pan.

Se enteró tambien la comision de un telégrama fechado á las siete de la noche del dia anterior en Algemesí, participando la llegada de la comision de la junta de sanidad, que estaba poniéndose de acuerdo con la sub-comision de señores diputados residentes en Alcira.

Vino el dia 12, y no habiendo hecho pedido alguno la sub-comision residente en Alcira, y teniendo noticia de que el señor gobernador regresaba por la



noche de dicho punto , acordó suspender el envío de víveres.

Llegado el señor gobernador , pasó la comision á avistarse con dicho señor; se enteró del estado de los pueblos inundados y en vista del buen comportamiento que observaba la brigada de zapadores-bomberos , acordó llamar al comandante de los mismos D. José Lerena , para enterarse de las necesidades que pudiesen tener las familias de aquellos y poder proporcionarles recursos en caso necesario.

Efectivamente , al siguiente dia 13 del corriente se presentó el Sr. Lerena , y en vista de que á los individuos de su brigada se les habia entregado tan solo la parte de jornal que se creyó suficiente á su mantenimiento , reservando el resto para que atendiesen á sus familias y de que la necesidad mas apremiante para aquellos era la de suministrarles pantalones , por haber destrozado los suyos en Aleira , se autorizó á dicho Sr. Lerena para que buscase el número suficiente y los repartiese en nombre de la diputacion que satisfaria su importe. Por dicho señor comandante de la brigada de bomberos se presentó la cuenta del importe de los jornales devengados por estos , ajustada á lo prescrito en su reglamento para los casos de salida , fuera de la capital , en los



cuales percibian 24 rs. por plaza, y aprobada se acordó su pago.

Del propio modo se acordó el pago de la presentada por el ayuntamiento de la capital de los jornales asimismo devengados por los peones y carros de la municipalidad, que fueron á Alcira juntamente con la brigada de bomberos.

En el mismo dia se presentó la sub-comision de Alcira manifestando se habia retirado para dar descanso á la brigada de bomberos y trabajadores y que atendiesen á su limpieza, y previo el dictámen de los arquitectos é ingeniero, entendian, segun la comunicacion que presentaba, que si bien faltaba mucho que hacer en el interior de los edificios, podia decirse que en las fachadas recayentes á la via pública, se habian tomado cuantas precauciones parecieron suficientes, y siendo de interés privado el atender á la seguridad de los edificios en su interior, por parte de la diputacion y de los facultativos mandados por la misma, se habia hecho todo cuanto se podia. Que no siendo justos se hiciesen gastos infructuosos, podia retirarse desde luego la brigada de carros, la de empedrados y paseos y una parte de los bomberos, quedando únicamente en Alcira, como auxiliar del ayuntamiento, una seccion de bomberos, compuesta de diez albañiles y diez carpinteros á las



órdenes de un capataz inteligente. Que en vista de dicha comunicacion habia levantado un acta la sub-comision, de acuerdo con el precitado dictámen, que igualmente presentaban. Reseñó despues cuantas disposiciones habia adoptado la sub-comision para facilitar recursos primero, para abastecer despues á la poblacion, asi como para atender al derribo y apuntalamiento de edificios y limpieza de calles respecto á lo cual si bien se habia hecho mucho, quedaba muchísimo que hacer: que no encontraba palabras bastantes para elogiar el comportamiento de las brigadas de bomberos de Valencia y Murviedro y de los demás trabajadores, asi como de los arquitectos de provincia D. Antonino Sancho, ingeniero primero de la misma D. Alejandro Cerdá, arquitecto de distrito D. José Zacarías Camaña, y director de caminos vecinales D. Pedro Prat y Delmonte, que habian estado al frente de los trabajos; y por último, que por los alcaldes de los pueblos se le habian facilitado cuantos auxilios creyó conveniente pedirles.

Hecha cargo la comision de lo espuesto, aprobó todo lo hecho y resuelto por la sub-comision, conviniendo volviese á Alcira tan solo el número de bomberos que proponia.

Comprendiendo asimismo la comision que la es-



tancia de la sub-comision en Alcira debia cesar , y que cierta clase de recursos debian solo suministrarse en los primeros momentos , dispuso pasase de nuevo la sub-comision á dicho punto á ultimar las cuentas y cuantos asuntos creyese conveniente , dejando á su prudencia y celo el resolver su regreso definitivo.

Efectivamente , el 19 del corriente se presentó la sub-comision manifestando quedaba terminada su mision , y que en 16 del mismo habia dispuesto se cerrase la cuenta de gastos , sin perjuicio de satisfacer los servicios prestados hasta el 20 por el personal de la seccion de bomberos , que se acordó en 13 del anterior fuesen á Alcira á terminar los trabajos pendientes.

Presentada esta por el encargado del ayuntamiento de Alcira y examinada por la comision fue aprobada , acordándose el pago de los 25,846 rs. con 57 cénts. que resultaban de saldo á favor del ayuntamiento de dicha villa , haciéndosele saber al mismo se hiciese cargo de las 306 piezas de madera invertida en los apuntalamientos , segun resultaba de las facturas números 14 y 24 , que acompañaban á aquella , importantes 8,691 rs. con 17 cénts. para en su dia hacer entrega de ellas á la diputacion.

Del propio modo fueron aprobadas y acordado



el pago de dos cuentas, presentadas por el ayuntamiento de Algemesí, una de las raciones de pan suministradas por dicho pueblo á la de Alcira, importante 1,892 rs. con 50 cénts., y otra del pan y demás necesario para el rancho de los bomberos, su importe 366 rs. con 25 cénts.

En virtud de las indicaciones hechas confidencialmente por los directores de los periódicos, respecto á la imposibilidad en que estaban de continuar publicando la lista de suscripcion detallada, se acordó se anotasen en globo las entregas hechas por las juntas parroquiales de los pueblos de la provincia y de la capital, asi como las de escuelas y demás que estuviesen en su caso, sin perjuicio de que las listas detalladas quedasen en secretaría á disposicion de todos cuantos quisieran examinarlas.

Enterada en la noche del 19 de la comunicacion del director de caminos vecinales D. Pedro Prat, de turno en la última semana, para dirigir los trabajos en Alcira, proponiendo podia ya retirarse definitivamente la seccion de bomberos, pues lo poco que quedaba por hacer, podia correr á cargo de los bomberos de aquella villa, se acordó asi.

Tales son los acuerdos y medidas adoptadas por la comision, que somete al superior criterio de la diputacion provincial. En todos sus actos ha presidido



el mas decidido celo y buena fe, y si no ha acertado en su cometido, no ha sido ciertamente por falta de buen deseo.

Réstale solo dirigir una palabra de gratitud á S. M. la Reina, al gobierno de S. M., á cuantos en fin han prestado y se hallan decididos á prestar su apoyo á la provincia, para reparar en lo posible la terrible calamidad que sobre la misma pesa.

### **La junta provincial de sanidad.**

---

Interpretando el sentimiento público, que en aquellos dias se manifestaba espontánea y decididamente en favor de los pueblos inundados, por cuyo consuelo se interesaban todas las clases de Valencia, de una manera no vista jamás, el vocal de turno de la junta provincial de sanidad D. Elías Martinez, se apresuró á manifestar al vice-presidente en 7 de Noviembre la necesidad de que se nombrára una comision, que se constituyera cerca de la autoridad superior, á fin de cooperar al auxilio de los desgraciados en el círculo de las atribuciones humanitarias de esta corporacion.

El vice-presidente convocó inmediatamente á session extraordinaria en el mismo dia 7 con asistencia de los Sres. D. Joaquin Casañ, el mismo D. Elías



Martinez, D. Félix Martí, D. Pedro Fuster, D. José Cubas, y D. Francisco Danvila, é inspirados todos los vocales en la importante mision que se les tenia confiada, se nombró una comision para que auxiliára á la autoridad en aquellas afflictivas circunstancias. La comision, compuesta de los señores Martinez, Martí, Fuster y Cubas, se trasladó á Alcira en el dia 11; y celebró en aquella villa una session extraordinaria, segun se desprende del acta, cuyo extracto razonado se elevó al conocimiento de la autoridad superior, con aplauso de la junta provincial. Hé aquí el escrito, que contiene los trabajos practicados por aquella benemérita comision:

La comision especial de esta junta autorizada por V. E. para adoptar las medidas sanitarias, que eviten las funestas consecuencias de la desastrosa inundacion, ocurrida en la desgraciada villa de Alcira y otros pueblos de la Ribera del Júcar, pone hoy en manos de V. E. el resultado de los trabajos, que ha hecho, alentada asi del celo que ha sabido inspirarla con su egemplo, como del cumplimiento de su deber indeclinable, que ha procurado desempeñar con la actividad y eficacia, que requiere tan trascendental acontecimiento.

Esta comision, despues de salvar algunas dificultades é inconvenientes, agenos á su voluntad, pudo



llegar á Alcira á las siete y media de la mañana del dia 11 del presente mes, habiendo tomado ya noticias la noche anterior en Algemesí del estado en que se encontraban ambas comarcas de los citados pueblos.

Ocioso sería el hacer á V. E. una descripción del referido pueblo de Alcira, que en rigor no existe, ni de la afligida situación de muchos de sus desventurados habitantes y que si no han emigrado, es porque no pueden pasar sin el auxilio y protección de la autoridad de V. E., de la Excma. diputación provincial, y en fin, de los sentimientos altamente humanitarios y benéficos de esta provincia, que V. E. con tan feliz éxito ha sabido escitar.

Preciso fue en un dia de horror y devastación vestirles y ofrecerles comida y lecho; V. E. había sido el primero en atender á estos cuidados, mas no se le ocultaba que tras de tantos desastres podía sobrevenir otro no menos grave, las enfermedades, la epidemia; y celoso siempre en proporcionar el bien y precaver el mal, nos confirió el encargo de auxiliarle conforme á nuestro instinto.

Esta era, pues, nuestra misión, difícil por los inconvenientes, trascendental por los resultados.

Alcira y la Ribera ofrecía un ambiente cuajado de vapores de niebla y humedad, y solo por el frío



no se ha quebrantado todavía la salud del reducido número de sus habitantes, que yertos é imposibilitados para los trabajos, que exige el estado de la población, miran con indiferencia, que raya en increíble, los sobrehumanos esfuerzos que se ponen en práctica para evitar la total ruina, toda su existencia es contemplativa y desdichada, y de este estado es de creer que salgan con el poderoso estímulo de protección y amparo, que avive la esperanza de algún remedio á sus infinitos males, que por sí solos no pueden superar.

La historia médica de los pueblos ribereños, naturalmente pantanosos, como también la de sus inundaciones, nos ofrecen tristísimos recuerdos de las numerosas víctimas que ocasionan, y apenas pasa año sin que lleguen á nuestra noticia la de alguna como la de que nos ocupamos.

Los escritos de Wilis, de Morton y de Sidenham, nos describen fielmente las consecuencias funestas de aquella calamidad, relativamente á las fiebres perniciosas, á las disenterías, al tifo y á varias otras enfermedades endémicas y epidémicas, y por lo mismo deber nuestro era dictar los medios profilácticos que habian de asegurar la existencia de estos pueblos, ya enfermizos por su endemia, ya por numerosas causas que pesan sobre ellos en la actualidad,



evitando á toda costa que se generalizáran, comunicándose á otros puntos bajo el carácter epidémico.

En su virtud, esta comision ha procurado eficazmente, en cuanto ha estado dentro del círculo de su institucion, que se llevasen á efecto muchas de las oportunas disposiciones, que en los primeros momentos fueron dictadas por la muy digna autoridad de V. E., ausiliado por la junta municipal de sanidad de Alcira, pero que en razon á la premura con que hubo precision de obrar y atendiendo á otras necesidades mas apremiantes, no se realizaron con la puntualidad y estension con que se hubieran practicado en otras ocasiones de mas tiempo y desahogo.

Además habia que atender al estado sanitario de las otras poblaciones de la Ribera, pues los elementos capaces de desarrollar la infeccion y de alterar la salud de sus habitantes, se habian generalizado, en razon á que por una parte la inundacion habia alterado los alimentos, macerado los granos en depósito que no fueron arrastrados por la corriente de las aguas; por otro lado estas se hallaban alteradas, numerosos cadáveres de toda especie quedaban depositados en los remansos del rio, en las orillas del mismo y en la playa junto á su desembocadura; los corrales de las casas y los campos se hallaban cubiertos de productos vegetales y animales, que mas



tarde debian entrar en descomposicion en medio del cieno.

Efectivamente, el arrastre al rio de 962 caba-  
llerías mayores, dispuesto oportunamente por los  
celosos diputados provinciales en union con la auto-  
ridad local, es verdad que salvaba al pronto de un  
conflicto á la villa de Alcira, pero no es menos  
cierto que detenidos estos en los remansos y deposi-  
tados despues en las playas de Cullera, habian de  
producir en aquellos puertos los deletéreos afectos  
de que se quiso salvar á la dicha villa, y con  
tanto mas motivo, cuanto que era el mayor número  
de vecinos que en aquellas poblaciones existian en los  
dias, que la emigracion habia sido casi completa  
en la de Alcira.

Por otra parte, por haber echado al Júcar con-  
siderable cantidad de granos averiados, juntamente á  
la causa anterior, debia comunicar á sus aguas con-  
diciones altamente nocivas, y sabido es que de estas  
se sirven muchos pueblos, en los cuales se hubieran  
sentido bien pronto las funestas consecuencias de su  
uso, á no haberlo prohibido oportunamente.

Necesidades del momento habian obligado á las  
autoridades de aquella localidad á inhumar en la  
iglesia de San Juan veintisiete cadáveres; la bóveda  
en que se depositaron no ofrecia en verdad todas las



condiciones que son de desear, y era muy posible que los numerosos fieles, que en circunstancias tan aflictivas se congregaran en la iglesia, habian de sentir el malestar que ocasiona el respirar los gases que se desprenden de los cadáveres en putrefaccion, mayormente en un templo tan poco ventilado como este.

El cieno que las aguas habian depositado en las calles habia ya llamado la atencion de las autoridades, y se procuraba su limpieza con afan constante y no interrumpido; pero el que fijó nuestra consideracion por relacionarse altamente con la higiene, era el que mezclado con los restos de los vegetales y animales existia en los corrales, amenazando convertirse en otros tantos focos de infeccion.

En distintas casas y eras se encontraban todavia granos en putrefaccion y semillas germinadas, las que sus dueños procuraban secar, con el objeto sin duda de emplearlas, bien para los animales domésticos, bien para mezclarlas con las buenas.

Ambos destinos habian de comprometer la salud pública, ya desarrollando enfermedades enzoóticas ó epizoóticas en los animales, ya las tifoideas en el hombre.

Las circunstancias insalubres de la poblacion, la miseria y la consternacion de sus habitantes, mudos á las causas procedentes, hacia presumible que se



desarrollase un padecimiento especial, y como las casas pudieran no ofrecer un seguro albergue á los enfermos, nos hizo volver la vista al hospital de Santa Lucía, en donde para este efecto se acordó la habilitacion de nuevas salas, dotadas de las camas necesarias.

Al mismo tiempo era urgente la organizacion del servicio sanitario, por cuanto los subdelegados de medicina y farmacia no se encontraban en aquella poblacion en la época de la catástrofe, y aun no habian podido regresar.

Este era el cuadro, Excmo. señor, que bajo el punto de vista sanitario, ofrecia la villa de Alcira y su comarca; y las negras tintas con que se decoraba daban á entender la necesidad imperiosa de adoptar grandes medidas, que obrando enérgicamente, pusieran un fuerte dique á nuevas calamidades.

La comision, pues, sin levantar mano, habia recorrido la poblacion y visto por sus propios ojos todo cuanto podia ofrecer la necesidad de un remedio urgente, casas derruidas, almacenes, hospital, cárceles, cementerio, iglesias, todo, en fin, fue objeto de su investigacion.

Con tal copia de datos se procedió á tomar diferentes medidas sanitarias, que se comunicaron á las



juntas municipales de sanidad de los respectivos pueblos y cuya copia tiene la honra esta comision de acompañar á V. E.

Por lo relativo á la villa de Alcira, provista la comision de todos los desinfectantes y antisépticos que la ciencia ha estudiado, en ninguno reconoció una accion tan rápida y enérgica como en la que producen los ácidos y principalmente los del reino inorgánico, porque ellos destruyen y desorganizan los tegidos, tanto animales como vegetales, cuando se les emplea como antipudridos, dando lugar á la formacion de cuerpos de diferente fórmula, que cada vez va simplificándose mas hasta que por último pasan á formar compuestos minerales, como son, el agua, ácido carbónico y otros análogos que constituye el objeto y el fin del uso de los antisépticos.

Estas consideraciones obligaron á la comision á decidirse por el ácido nítrico, para rociar las sustancias que se hallaban en completa descomposicion, y que su presencia en cualquiera parte siempre es deletérea y altamente nociva á la salud pública.

Pero no solo fueron estas las medidas adoptadas por los vocales que suscriben, sino que consideraban que la atmósfera debia estar infecta por los diferentes focos de putrefaccion, producidos por los diferentes animales muertos, cuyas masas putresibles se



constituían en fermentos, que comunicaban su movimiento de descomposición á cuanto les rodeaba.

Además, las sustancias orgánicas del reino vegetal como legumbres, granos, etc., estando averiadas debían producir en unos por la alteración legúmina y en otros por la diastasa, grandes descomposiciones que determinaba la germinación, ó bien pasado este período por el exceso de humedad, entraban en una completa descomposición, siendo de esta manera el origen de miasmas tan sumamente nocivos, que algunos de ellos en una atmósfera que contenga  $\frac{1}{200}$ , mata como el mas violento veneno á un gran mamífero, al paso que con  $\frac{1}{800}$  hay suficiente para arrebatarse la vida al hombre.

Si con cantidades tan insignificantes se ocasiona la muerte repentina ¿cuán pequeña no habrá de ser la necesaria para alterar el estado de salud de los habitantes? Esta consideración obligó á los que suscriben á decidirse por el empleo del ácido hiponítrico con ventaja á los demás cuerpos que se usan para aniquilar los miasmas.

Sabido es por demás que este ácido, segun las últimas investigaciones, tiene parte de su oxígeno en estado de ozono, el cual se halla ya en circunstancias apropiadas para poder oxidar el carbono, hidrógeno y nitrógeno, que constituye la molécula



miasmática, destruyéndole completamente y consiguiendo de esta manera el objeto que nos proponemos.

Por esta misma razon creimos que se debia abandonar el uso del cloro, pues egerciendo su accion metaléptica no solo deja intacta la molécula miasmática, sino que tal vez hay circunstancias en que la hace mas perjudicial.

Esta comision puso en práctica todos los medios de desinfeccion en la iglesia de San Juan y en algunos corrales y casas particulares, encargando al subdelegado de veterinaria la repitiese cuantas veces fuese necesario; dispuso la inutilizacion de los granos y legumbres averiados; aconsejó que no se bebiesen las aguas del rio; ordenó la limpia de los corrales y cuadras; prohibió las inhumaciones en el cementerio de Alcira, esceptuando de esta disposicion á los que tuviesen nicho ó panteon; se pasó una circular á los pueblos comarcanos para que adoptasen inmediatamente ciertas medidas sanitarias, y terminada su mision en este punto, creyó que su presencia en Cullera, podria ser de alguna utilidad, para tomar conocimiento del número de cadáveres de toda especie que pudieran haberse acumulado allí en razon á su posicion geográfica, y como fácilmente se podria comprender que el escesivo número de



ellos habia de dificultar tanto el enterramiento como la ustion, era de todo punto indispensable que estas cuestiones se tocaran y resolvieran en el seno de la junta de sanidad municipal de Cullera, que precisamente era las que de mas cerca podian experimentar las siempre fatales consecuencias de la putrefaccion animal.

Inspirada la comision por este pensamiento se trasladó en medio de los mayores riesgos y penalidades á dicha villa, examinó el estado y número de los cadáveres que existian en el rio y en la playa, y celebró una sesion con el ayuntamiento y junta municipal de sanidad, en la que se acordó que atendida la dificultad de desenterrar aquellos que habian aparecido antes de la lectura de nuestra circular, se les cubriese con una gruesa capa de cal, y respecto á los demás se procediese á su ustion.

Al terminar esta comision el bosquejo de los trabajos sanitarios que se les han encomendado, no puede menos de hacer presente á V. E. las graves consecuencias que pudieran resultar, asi en esta poblacion como en las demás de la provincia del uso del arroz, del trigo, de las habichuelas y demás granos averiados que se dice se hallan ya circulando en los mercados y se pueden emplear en forma de harinas para adulterar otras de la misma naturaleza,



y para ciertas industrias mezcladas con el chocolate y otros productos alimenticios.

Puestas en práctica todas estas medidas la comisión cree haber dado fin á su cometido, y por demás es manifestar que en ello no ha hecho mas que secundar de la manera que mejor ha comprendido el noble egemplo que V. E. ha sido el primero en dar en momentos tan supremos y aflictivos; é incansable siempre, está dispuesta, si necesario fuera, á continuar prestando sus servicios en obsequio de la salud pública, descansando por ahora en la seguridad de haber acordado cuantos medios la ciencia reconoce, capaces de impedir el desarrollo de alguna epidemia.



## CONCLUSION.



Hemos terminado el bosquejo de los principales cuadros que ha presentado la catástrofe pasada; y dejamos en la oscuridad del hogar doméstico los recuerdos dolorosos, que las familias aisladas y olvidadas pronto, no borrarán jamás de su memoria, pero que no detendrán la marcha precipitada de los acontecimientos, cuyo tumulto sofocará esos dolores, hoy casi ya sin eco. Al dar, empero, por cumplida nuestra misión, llenamos un deber sagrado consignando en la forma, que nos es permitido, la profunda impresión que la catástrofe de Valencia produjo dentro y fuera de la Península. Valencia primero, España después, Europa y América últimamente enviaron á los desgraciados pueblos de la Ribera la expresión sentida de sus simpatías y la ofrenda de su caridad. Desde los monarcas hasta el más humilde de los ciudadanos todas las clases han tendido sus manos al infortunio: ¡No se ha extinguido la caridad! ¡No pasa desapercibida la desgracia! ¡No es tan malvada la



generacion actual, como la suponen los misántropos y los pesimistas! ¿A qué rincon de la tierra no ha llegado con sentimiento universal, la noticia del último cataclismo? En todas partes se escuchó con estupor; porque en todas partes se conocia la celebridad de esa zona tropical, llamada el jardín de España: ¡Providencia de Dios!

Valencia, que mira con cariño verdaderamente paternal á todos sus pueblos, que á la vez la nombran siempre con amor, fué la primera en acudir al socorro de los desgraciados; porque en Valencia encuentran siempre consuelo todos los dolores. Desde el primer dia todas las corporaciones civiles, eclesiásticas y militares, sin escepcion alguna, con laudable emulacion, y á su egemplo todas las clases, desde los palacios al tugurio, se apresuraron á presentar sus ofrendas en aras del infortunio. Los periódicos, interpretando leal, generosa é ilustradamente los sentimientos del pueblo valenciano, no necesitaron hacer esfuerzos para llenar sus columnas con numerosas listas de suscripcion; y toda la ciudad parecia congregada en un solo punto, para dar una completa y unánime muestra de caridad. En los salones destinados al recreo, á la instruccion y aun á las transacciones mercantiles se improvisaron suscripciones, se dieron funciones á beneficio de la desgracia; los teatros ar-



rojaron sus productos, en dias señalados, á los pies de los desvalidos; los niños y las niñas de las escuelas, los brillantes alumnos de la Universidad, de las Escuelas especiales, del Instituto y de los colegios, á egemplo de sus gefes, directores y profesores, enviaron tambien su inapreciable ofrenda con el entusiasmo virginal de unos corazones llenos de vida y de sinceridad. Pocas veces ofrecerá Valencia un espectáculo mas digno, mas poético, mas elevado, ni mas religioso. ¡ Bendita sea mi patria!

Entre las corporaciones se distinguió la *Tertulia*, presidida por el honrado é ilustrado D. José Peris y Valero. En el momento que esta corporacion tuvo conocimiento de las desgracias ocurridas, se reunió la junta general que acudió presurosa á la voz de su presidente y á pesar de lo avanzado de la hora, que eran las nueve de la noche del dia 5, se nombró una comision y con el producto de lo que se recaudó en el instante por suscripcion, se compraron tres mil libras de pan y cien arrobas de bacalao que algunos sócios, á cuyo frente estaba el mismo presidente, llevaron al dia siguiente á la poblacion de Alcira, distribuyendo estos recursos por sí mismos entre todas las personas necesitadas. Cinco dias despues volvia otra vez el Sr. Peris y Valero á distribuir en Alcira otras tres mil libras de pan y otras cien arrobas de bacalao en la



villa de Alcira, y en Carcagente treinta arrobas de bacalao y setecientas libras de pan; veinte arrobas de bacalao en Cárcer, otras veinte con treinta arrobas de harina en Tous, y pan y bacalao en Albalat de la Ribera. El Sr. Peris y Valero no contento con esto escitó con facilidad los sentimientos del comité central progresista y por su medio el de todos los de España, que respondieron á este llamamiento abriendo una suscripcion en todas partes, cuyos productos se reservaron para construccion de viviendas para los pobres.

Cuando el digno citado presidente entró por primera vez en Alcira, nos dice él mismo encontró las calles desiertas y todo tan triste, que le recordó la Jerusalem en tiempo de Jeremías, llenando su corazon de profunda amargura.

Concluyamos por fin. A pesar de la multitud de sucesos que ha atravesado Valencia durante la mitad del siglo actual y á través de los que la Providencia reserva todavía en adelante, creemos que no se perderá en la memoria de las generaciones la inundacion de la Ribera del Júcar, señalando entre los acontecimientos funestos de nuestro siglo los dias 4 y 5 de Noviembre de 1864; pero al lado de las lágrimas, de la muerte y de la destruccion, la posteridad hará justicia al carácter noble, generoso y caritativo de la generacion que los presencié y que los socorrió.



**Relacion** del importe de los perjuicios causados por la inundacion ocurrida en los dias 4 y 5 de Noviembre de 1864, segun los expedientes formados por los ayuntamientos de los pueblos inundados.

PUEBLOS.	Propiedad particular.	Acequias y obras accesorias.	Caminos sostenidos por los ayuntamientos.	Edificios y bienes municipales.	Templos y edificios eclesiásticos.
Partido de Albaida.					
Alfarrasí. . . . .	14,445	6,500	»	»	»
Bélgida. . . . .	38,240	28,400	»	»	»
Beniatjar. . . . .	12,660	»	»	»	»
Beniganim. . . . .	160,738	7,150	21,000	»	»
Benisuera. . . . .	25,250	4,840	1,000	600	»
Cuatretonda. . . . .	13,440	»	»	»	»
Guadasequies. . . . .	66,465	2,000	»	»	»
Montaverner. . . . .	65,736	14,600	»	»	»
Ollería. . . . .	916,356	16,000	72,000	»	»
Otos. . . . .	3,600	1,000	1,050	2,500	»
Palomar. . . . .	39,685	2,000	»	»	»
Sempere. . . . .	25,343	2,160	»	»	»
Terrateig. . . . .	8,559	»	1,800	»	»
Partido de Alberique.					
Alberique. . . . .	2.430,888	48,100	»	14,000	30,000
Alcántara. . . . .	310,350	62,000	»	6,000	»
Antella. . . . .	1.232,437	135,745	»	»	»
Benegida. . . . .	697,943	»	»	2,000	31,000
Benimuslem. . . . .	541,685	16,000	»	»	»
Cárcer. . . . .	904,485	90,500	16,000	4,000	39,608
Cotes. . . . .	187,970	13,000	»	»	12,040
Gabarda. . . . .	781,708	»	»	»	»
Masalavés. . . . .	96,436	»	»	»	»
Puebla Larga. . . . .	10,520	»	»	»	50,000
Señera. . . . .	151,657	»	»	1,280	2,945
Sumacárcel. . . . .	882,077	»	»	584	8,750
Tous. . . . .	2.323,573	»	»	42,724	33,000
Villanueva de Castellon. . . . .	1.562,348	4.199,593	»	»	7,862
Partido de Alcira.					
Alcira. . . . .	7.022,151	59,111	75,697	74,697	23,630
Algemesi. . . . .	1.466,949	237,000	24,800	18,000	16,000



PUEBLOS.	Propiedad particular.	Acequias y obras accesorias.	Caminos sostenidos por los ayuntamientos.	Edificios y bienes municipales.	Templos y edificios eclesiásticos.
Carcagente. . . . .	4.786,431	475,340	79,380	10,500	79,100
Corbera de Alcira..	54,866	»	»	»	»
Fabareta. . . . .	3,160	»	»	»	»
Fortaleny. . . . .	176,803	»	1,500	6,000	5,500
Guadasuar. . . . .	48,897	»	»	»	»
Poliñá. . . . .	686,927	30,000	»	»	2,000
Riola. . . . .	116,127	42,906	4,500	»	»
Partido de Ayora.					
Ayora. . . . .	1.242,391	15,000	72,100	4,000	»
Cofrentes. . . . .	796,063	109,560	113,576	5,500	»
Cortes de Pallás. .	103,915	13,100	162,000	2,000	»
Jalance. . . . .	590,681	52,000	7,320	»	»
Millares. . . . .	75,049	15,000	»	»	»
Teresa. . . . .	1.067,571	269,000	142,000	»	»
Zarra. . . . .	345,521	72,800	34,000	»	»
Jarafuel. . . . .	877,958	107,000	68,600	5,000	»
Partido de Carlet.					
Alcudia de Carlet. .	32,270	»	»	»	»
Alginet. . . . .	»	9,000	»	»	»
Benimodo. . . . .	4,947	»	»	»	»
Carlet. . . . .	158,286	32,300	23,400	»	»
Catadau. . . . .	67,887	»	»	»	»
Llombay. . . . .	28,899	10,000	»	»	»
Monserrat. . . . .	39,750	»	»	»	»
Montroy. . . . .	23,815	»	»	»	»
Real de Montroy. .	76,551	17,000	»	»	»
Partido de Chiva.					
Alborache. . . . .	75,212	»	»	»	»
Buñol. . . . .	93,784	6,500	»	17,700	»
Dos-aguas. . . . .	93,916	»	»	»	»
Yátova. . . . .	107,700	»	11,000	20,000	»
Partido de Enguera.					
Anna. . . . .	1.996,048	85,000	51,500	7,000	20,000
Bicorp. . . . .	182,157	41,300	»	»	»



PUEBLOS.	Propiedad particular.	Acequias y obras accesorias.	Caminos sostenidos por los ayuntamientos.	Edificios y bienes municipales.	Templos y edificios eclesiásticos.
Bolbaite. . . . .	269,456	35,790	24,262	»	»
Chella. . . . .	255,777	17,000	5,400	»	4,200
Enguera.. . . .	1.516,174	»	»	»	»
Estubeny. . . . .	1.413,530	95,000	5,000	»	18,000
Mogente.. . . .	307,343	34,179	9,892	»	»
Montesa.. . . .	455,539	»	4,000	14,500	»
Navarrés. . . . .	303,349	23,380	4,000	2,200	6,500
Quesa. . . . .	744,655	30,000	20,000	3,750	3,500
Sellent. . . . .	196,090	62,900	6,500	»	»
Vallada. . . . .	934,400	21,000	158,000	»	»
Partido de Gandia.					
Almiserat. . . . .	13,185	»	»	»	»
Castellonet. . . . .	6,862	»	560	»	»
Lugar Nuevo de San Gerónimo. . . . .	5,042	»	»	»	»
Partido de Játiva.					
Alcudia de Crespins. . . . .	14,604	»	»	»	»
Anahuir.. . . .	296,696	»	»	»	»
Ayacor. . . . .	119,844	»	»	»	»
Bellús. . . . .	152,734	1,600	»	»	»
Canals. . . . .	283,349	68,200	9,750	»	»
Cerdá. . . . .	8,804	»	»	»	»
Genovés.. . . .	286,944	»	»	»	»
Játiva. . . . .	1.030,663	290,729	59,400	»	»
Llanera. . . . .	1,170	»	»	»	»
Llosa de Ranes. . . . .	8,404	»	»	1,000	»
Manuel. . . . .	88,325	»	»	8,370	»
Novelé. . . . .	8,465	»	»	»	»
Rafelguaraf. . . . .	39,098	2,700	700	»	»
Torre de Cerdá. . . . .	1,800	»	»	»	»
Torrella.. . . .	256,725	»	»	»	»
Vallés. . . . .	13,500	»	»	»	»
Partido de Onteniente.					
Ayelo de Malferit. . . . .	122,376	3,400	»	»	»



PUEBLOS.	Propiedad particular.	Acequias y obras accesorias.	Caminos sostenidos por los ayuntamientos.	Edificios y bienes municipales.	Templos y edificios eclesiásticos.
Partido de Sueca.					
Albalat de Pardines.	359,863	25,000	5,570	8,000	»
Almusafes. . . . .	6,911	»	»	»	»
Cullera. . . . .	1.827,049	96,900	140,000	»	»
Sueca. . . . .	200,956	»	»	»	»
Partido de Torrente.					
Albal. . . . .	17,037	»	»	»	»
Alcácer. . . . .	18,382	»	»	»	»
Alfajar. . . . .	5,140	»	»	»	»
Beniparrell. . . . .	138,810	3,200	»	»	»
Catarroja. . . . .	205,829	17,000	»	20,000	»
Masanasa. . . . .	133,990	26,000	»	18,000	»
Picasent. . . . .	»	50,000	21,700	»	»
Silla. . . . .	19,172	»	»	»	»
Partido de Valencia.					
Alboraya. . . . .	4,600	»	»	4,400	»
Ruzafa. . . . .	56,896	»	»	»	»
Partido del Villar					
Bugarra. . . . .	»	7,640	»	»	»
<b>TOTALES.</b>	<b>48.096,814</b>	<b>7.259,883</b>	<b>1.459,457</b>	<b>324,405</b>	<b>393,725</b>

## RESÚMEN.

Propiedad particular. . . . .	48.096,814
Acequias y obras accesorias. . . . .	7.259,883
Caminos sostenidos por los ayuntamientos. . . . .	1.459,457
Edificios y bienes municipales. . . . .	324,305
Templos y edificios eclesiásticos. . . . .	393,725
<b>TOTAL.</b>	<b>57.534,184</b>

NOTA. No se incluye en este estado el destrozo de la acequia real del Júcar.



**Nota** de los daños ocasionados en las líneas de los ferro-carriles de Valencia á Játiva y de Játiva á Almansa por la inundacion de los dias 3, 4 y 5 de Noviembre de 1864.

N.º	Kilómetro.	
1	476,477 y 478	2830 metros de via y terraplen destruidos. Las aguas se llevaron los rails, traviesa y balasto á largas distancias.
2	467 y 468	Grandes boquetes abiertos en los terraplenes.
3	457,58,595,60	Se llevó el terraplen en grandes estensiones: los rails y traviesas fueron arrastrados mas de medio kilómetro. Fueron destruidos en este trayecto 18 alcantarillas y pontones.
4	451,52 y 53	Las aguas pasaron aqui á una altura de 4 metros sobre los carriles desmoronando toda la via.
5	449 y 450	En estos kilómetros están los puentes del Júcar y Barcheta. El del Júcar tiene 200 pies de luz; sin embargo las aguas pasaron sobre él y abrieron un gran boquete en el terraplen, junto al estribo de la izquierda que quedó aislado. El de Barcheta de 7 tramos quedó semergido en las aguas, pero sin sufrir deterioro.
6	448	En la estacion de Carcagente, lo mismo que en la de Alcira, las aguas llegaron al segundo piso, teniendo que refugiarse los empleados sobre el techo del edificio.
7	445,46 y 47	El agua pasó á gran altura sobre estos kilómetros, ocasionando desprendimientos en los taludes del terraplen.
8	438	En este kilómetro estaba el puente de Albaida, de 8 tramos de hierro, de 66 pies de ley cada uno mantenidos sobre pilas y estribos de sillería. Estas sufrieron algo, en especial los estribos, pero todo



el puente de hierro que pesaba centenares de toneladas, fué destruido en cien pedazos y arrastrados estos á larguísimas distancias.

Lo mismo sucedió con el puente de hierro sobre la acequia de Enova, que estaba junto al Albaida.

El agua pasó 2 metros 80 centímetros sobre los puentes.

9 435

En este kilómetro la confluencia de las aguas del rio Montesa con el Albaida, causó grandes destrozos en el terraplen.

10 434

En este kilómetro estaba el puente segundo de Montesa, arrasado completamente por las aguas. Componíase de 7 tramos de hierro de 60 pies de luz, montados sobre pilas y estribos de sillería. Todo fué destruido. Solo quedó en medio del rio una pila medio aruinada. Los bastidores de hierro rotos y arrastrados por las aguas quedaron sepultados bajo la inmensa capa de arenas y piedras que trajo el rio.

11 431 y 432

Destrozos en los terraplenes.

12 427

Puente grande de Montesa, de 24 metros de altura y un solo tramo de 56 metros. Era sin duda la obra mas notable de la línea. El agua derribó uno de los estribos y partiendo en dos el tramo de hierro, los arrastró á increíbles distancias, atendido su peso inmenso.

13 424

El Terraplen de Alcudia, uno de los mas elevados de la línea ha sido destruido en este sitio.

14 423

Las corrientes se llevaron el ponton de Corcot, y los terraplenes contiguos.

15 421

Puente del Toll. El agua derribó los estribos, destruyó el bastidor de hierro de 60 pies de luz y hundió el terraplen, que tiene en aquel punto 57 pies de altura.



- 16            420            Desmante de Leon : las laderas se han desplomado dentro del desmante, rellenándolo con mas de tres metros de escombros en toda su estension.
- 17            418            Puente de las Huertas : esta obra era de bóveda de silleria de 30 pies de luz. No ha quedado rastro de ella, así como tampoco de un gran trozo de terraplen contiguo.
- 18            416            Desmante de los Vizcainos. Este desmante de 17 méetros de altura, ha caido dentro de la via, cubriéndole en toda su estension.
- 19            411            Barranco de la Murtera : las aguas de este barranco, abandonando el cauce, cayeron sobre el terraplen y la via, destruyéndola en una estension considerable.
- 20            409            Puente de Boquilla. Esta es la obra mas alta de todas las destruidas, pues tiene mas de 26 metros de altura sobre el cauce. Las aguas se llevaron los estribos del arco, todo el puente por completo y unos 270 metros de longitud del terraplen, que tiene allí una elevacion inmensa.
- 21            407            Puente de la Milaria. En este punto las aguas han destrozado parte del terraplen.
- 22            399            Puente del Cañaret. Ha sufrido averias.
- 23            397            Puente de Maladona. Tambien averias considerables.
- 24            391            Puente de Cañoles. Iguales averias que en los anteriores.

La empresa ha calculado en unos once millones, aproximadamente, el valor de las obras destruidas por la inundacion. La reconstruccion definitiva durará un año por lo menos. Hoy se está terminando una larga série de obras provisionales, que la Sociedad ha construido, sin escasear gasto alguno para abrir cuanto antes la esplotacion en toda la antigua línea.

Respecto al personal que sufrió con motivo de la inundacion se cuenta:

EN LA ESTACION DE ALCIRA.

El Gefe de la estacion, señor Soriano.



Factor, Francisco Escorihuela.

Espendedor, José Botella.

Telegrafista, Manuel Pallás.

Meritorio, Vicente Navarro.

Brigadas, Verdejo, Mestre, Navarro, Mouparler y Vidal.

Gefe de tren, Manuel Martinez.

Gefe de Maquinistas, Federico Brechau.

Maquinista, Antonio Moragas.

Fogonero, Mariano Begut.

Engrasador, Ramon Castelló.

El inspector de la via, Isidro Martí, con varios cabos y peones camineros que se habian reunido para la conservacion.

El que principalmente se distinguió fué el gefe señor Soriano dictando órdenes y disposiciones para salvar á todos con la mayor serenidad y energía.

#### EN LA ESTACION DE CARCAGENTE.

El gefe de estacion, D. Ramon Sorribes.

Telegrafista, Serapio Garcia.

Guarda aguja, Domingo Perlasia.

Brigadas, Beltran, Navarro y Vives.

El cabo de conservacion Ramon Marco con su brigada.

Además de los empleados acudió mucha gente á refugiarse en las estaciones de Carcagente y Alcira.

Todos los gefes de los diferentes servicios, los Ingenieros y los Directores de la Sociedad fueron los primeros en recorrer la via con mil peligros, prestando auxilio á todos y facilitando los medios de prestarlo á las poblaciones inundadas.



## GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

---

	PÁG.
Retrato del gobernador , al principio.	
Vista general de Tous. . . . .	71
Vista de la venta de Boquilla. . . . .	103
Vista general de Carcagente. . . . .	123
Vista general de Alcira durante la inundacion.	151
Plazuela de Casasús , despues de la inundacion.	155
Vista de la estacion y almacenes en la noche de la inundacion. . . . .	161
Entrada del gobernador en Alcira. . . . .	187











	Pág.
Circular de nuestro Excmo. Prelado. . . . .	198
Suscripcion en favor de las desgracias causadas por la inundacion de los pueblos de la Ribera del Júcar. . . . .	201
Secretaría de Cámara y gobierno del arzobispado. . . . .	202
Inundaciones. . . . .	203
La diputacion provincial. . . . .	211
Sesion del 7 de Noviembre de 1864. . . . .	212
Sesion del 28 de Noviembre de 1864. . . . .	215
Sesion del 3 de Diciembre de 1864. . . . .	217
Sesion del 13 de Diciembre de 1864. . . . .	218
Sesion del 19 de Diciembre de 1864. . . . .	220
Sesion del 30 de Diciembre de 1864. . . . .	221
Informe de la comision nombrada en sesion del dia 7 de Noviembre de 1864. . . . .	222
La junta provincial de sanidad. . . . .	236
Conclusion. . . . .	249
Relacion del importe de los perjuicios causados por la inundacion ocurrida en los dias 4 y 5 de Noviembre de 1864, segun los expedientes formados por los ayuntamientos de los pueblos inundados. . . . .	253
Nota de los daños ocasionados en la línea de los ferrocarriles de Valencia á Játiva y de Játiva á Almansa por la inundacion de los dias 3, 4 y 5 de Noviembre de 1864. . . . .	257